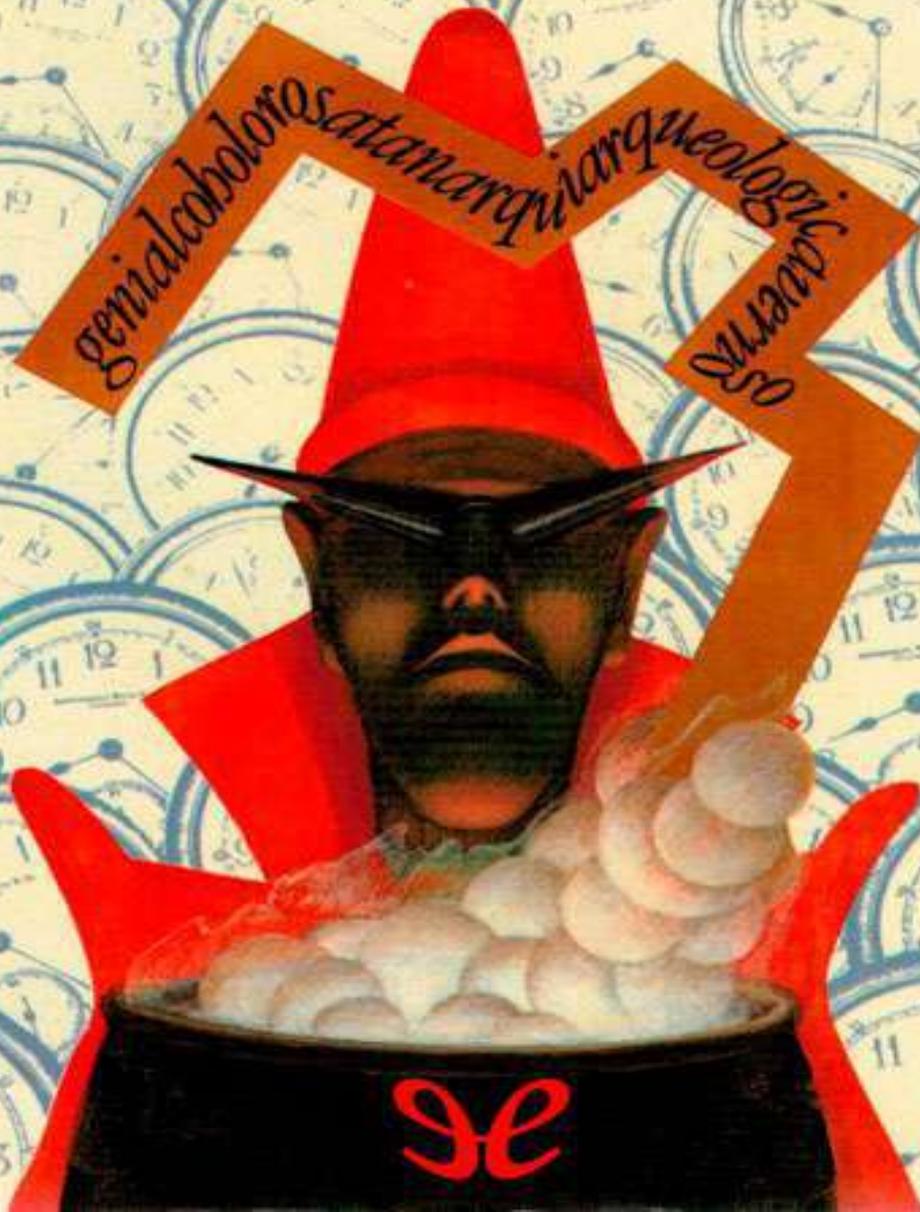


Gran Angular

Michael Ende

El ponche de los deseos



Ha finalizado el año y tanto Belcebú Sarcasmo como su tia Tirania Vampir no han conseguido cumplir con su contrato de maldades con el mismísimo Belcebú. Además tienen en su casa infiltrados dos espías del Consejo de Animales por lo que tienen que actuar a escondidas de ellos. Para conseguir cumplir su contrato y engañar a sus acompañantes ambos recurrirán al genialcoholorosatanarquiarqueologicavernoso ponche de los deseos que cumple todo lo que se pide al revés. ¿Lo conseguirán?



Michael Ende

El ponche de los deseos

Gran angular - 101

ePub r1.1

Titivillus 03.12.2023

Título original: *Der satanarchäolügenialkohöllische Wunschpunsch*

Michael Ende, 1989

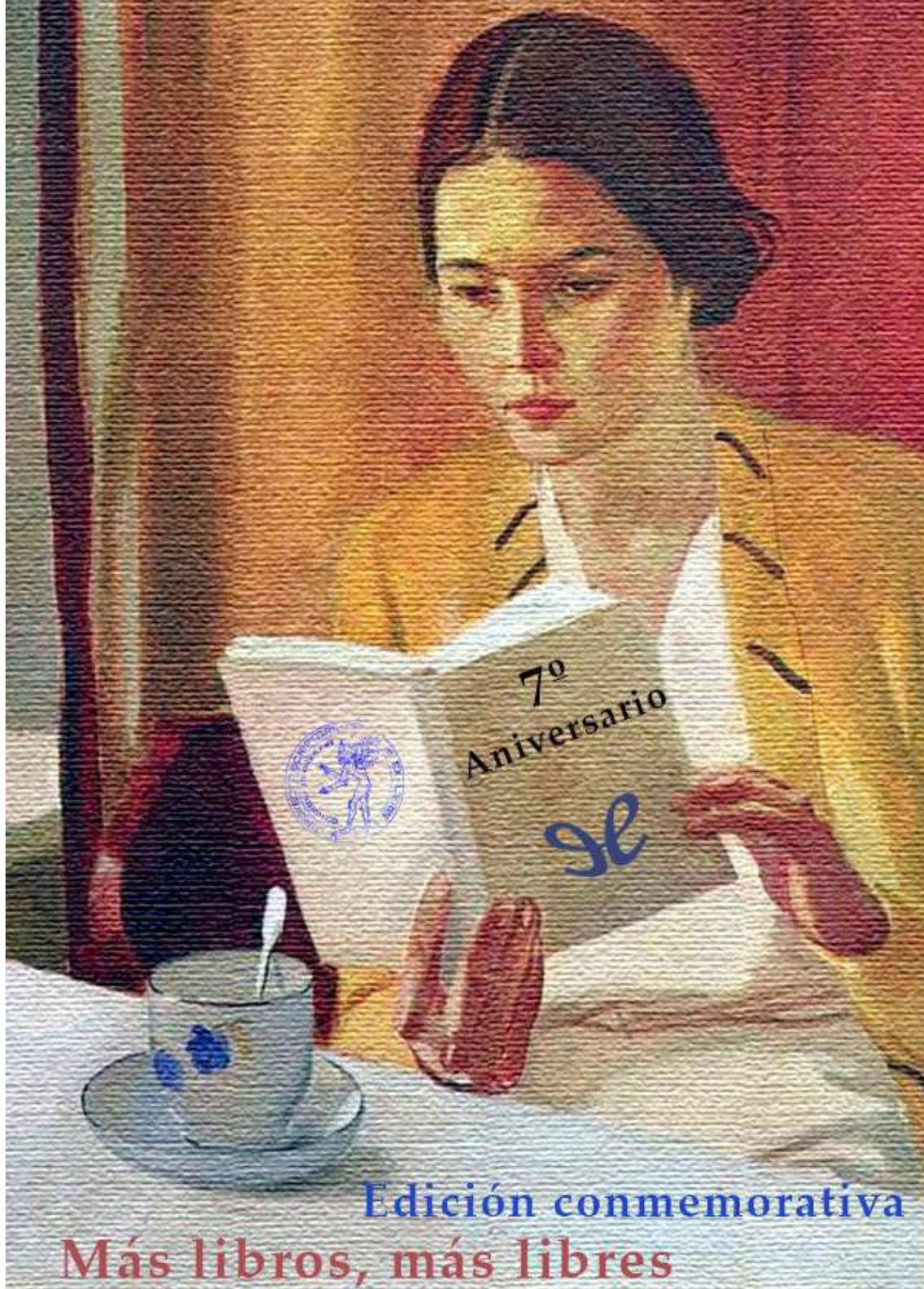
Traducción: Jesús Larriba & Marinella Terzi

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Proyecto Scriptorium



Edición conmemorativa

Más libros, más libres



Era la última tarde del año y había oscurecido demasiado pronto. Nubes negras habían entenebrecido el cielo, y una tempestad de nieve azotaba desde hacía horas el Parque Muerto.

En el interior de Villa Pesadilla no se movía nada, excepto el tembloroso resplandor del fuego que ardía con llamas verdes en la chimenea abierta y sumergía el laboratorio mágico en una luz espectral.

El reloj de péndulo que había sobre la cornisa de la chimenea puso en marcha sus engranajes rechinando. Se trataba de una especie de reloj de cuco, pero su artístico mecanismo representaba un pulgar dolorido sobre el que descargaba sus golpes un martillo.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —gritó.

Así pues, eran las cinco.

De ordinario, Belcebú Sarcasmo, Consejero Secreto de Magia, se ponía de buen humor cuando lo oía dar las horas. Pero aquella tarde de San

Silvestre le echó una mirada más bien pesarosa. Le hizo un gesto de rechazo con un leve movimiento de la mano y se dejó envolver por el humo de su pipa. Con el ceño fruncido, se sumió en sus cavilaciones. Sabía que le esperaba algo muy desagradable y que le iba a llegar muy pronto, a medianoche lo más tarde, al cambiar el año.

El mago estaba sentado en una cómoda butaca de orejas que un vampiro muy dotado para la artesanía había hecho personalmente, muchos años antes, con tablas de ataúdes. Los cojines estaban confeccionados con pieles de ogro que, por el paso del tiempo, se hallaban ya un poco raídas. Este mueble era una herencia familiar y Sarcasmo lo tenía en gran estima, pese a que, por lo demás, era de ideas más bien progresistas y estaba al día, cuando menos en lo que se refería a su actividad profesional.

La pipa en que fumaba representaba una calavera cuyos ojos, de cristal verde, se encendían con cada chupada. Las nubes de humo formaban en el aire figuras extrañas de los más diversos tipos: cifras y fórmulas, serpientes enroscándose, murciélagos y, sobre todo, signos de interrogación.

Belcebú Sarcasmo suspiró profundamente, se levantó y comenzó a ir y venir dentro de su laboratorio. Le iban a pedir cuentas, de eso estaba seguro. Pero ¿con quién tendría que habérselas? ¿Y qué podía aducir en su defensa? Y, sobre todo, ¿aceptarían sus motivos?

Su alta y esquelética figura se hallaba cubierta con una bata plisada de seda verde cardenillo (éste era el color preferido del Consejero Secreto de Magia). Su cabeza, pequeña y calva, parecía apergaminada, como una manzana rugosa. Sobre su nariz aguileña se asentaban unas gafas enormes de armadura negra y con unos cristales, fulgurantes y gruesos como lupas, que agrandaban sus ojos de forma poco natural. Las orejas le colgaban de la cabeza como el asa del cubo. Tenía la boca tan estrecha como si se la hubieran abierto en la cara con una navaja de afeitar. En resumidas cuentas, no era precisamente el tipo en el que se puede confiar a primera vista. Pero eso no le preocupaba lo más mínimo a Sarcasmo. Nunca había sido un personaje muy sociable. Prefería no darse a ver y actuar en secreto.



Interrumpió sus paseos y se rascó la calva, pensativo.

—Al menos el elixir 92 tendría que estar terminado hoy —murmuró—. Al menos eso. Siempre que no venga otra vez a interrumpirme el maldito gato.

Se acercó a la chimenea.

En las llamas verdes había sobre unas trébedes una marmita de vidrio en la que hervía una especie de sopa de aspecto bastante nauseabundo: negra como el alquitrán y viscosa como la baba de un caracol.

Mientras examinaba el mejunje removiéndolo con una varita de cristal de roca, escuchaba, sumido en sus pensamientos, el rugido de la tempestad, que sacudía las persianas. Por desgracia, la sopa tenía que burbujear un buen rato hasta estar perfectamente cocida y convenientemente transformada.

Cuando el elixir estuviera acabado, resultaría una poción totalmente insípida que podría echarse en cualquier comida o bebida. Las personas que

lo tomaran creerían firmemente que todo lo que procedía de manos de Sarcasmo contribuía al progreso de la humanidad. El mago tenía el proyecto de ponerlo a la venta después de Año Nuevo. Lo venderían con la etiqueta «Dieta del hombre sano».

Pero todavía no estaba a punto. La cosa necesitaba su tiempo, y ahí estaba el problema.

El Consejero Secreto guardó la pipa y dejó que su mirada se deslizara por la penumbra del laboratorio. El resplandor del fuego verde danzaba sobre la montaña de libros viejos y nuevos que contenían todas las recetas que Sarcasmo necesitaba para sus experimentos. Desde los oscuros ángulos del salón emitían misteriosos fulgores retortas, vasos, botellas y tubos en forma de alambique en los que subían y bajaban, goteaban y humeaban líquidos de todos los colores. Además, había ordenadores y aparatos eléctricos en los que tremolaban constantemente lámparas minúsculas de las que surgían leves zumbidos y pitidos. En un rincón menos iluminado subían y bajaban, constante y silenciosamente, flotando en el aire, bolas con luces rojas y azules, y en un recipiente de cristal hacía remolinos un humo que, de tiempo en tiempo, se contraía para formar una fantasmagórica flor fosforescente.

Como ya se ha dicho, Sarcasmo estaba a la altura de los nuevos tiempos y, en ciertos aspectos, se hallaba por delante de su época.

Sólo en lo referente a sus plazos se encontraba irremediablemente atrasado.



Una leve tosecilla le hizo estremecerse.

Miró a su alrededor.

En la vieja butaca de orejas había alguien sentado.

«¡Ah! —pensó—. ¡Ha llegado el momento! Ahora lo importante es no achicarse».

Naturalmente, un mago —sobre todo uno de la talla de Sarcasmo— está acostumbrado a que se le presenten todo tipo de criaturas extrañas, a menudo sin anunciarse y sin haber sido invitadas. Pero en esos casos se trata ordinariamente de espíritus que tienen la cabeza debajo del brazo, o de monstruos con tres ojos y seis manos, o de dragones que vomitan fuego, o de cualquier otro tipo de monstruosidades. Una cosa así no habría asustado lo más mínimo al Consejero Secreto: estaba familiarizado con esos seres y trataba con ellos todos los días, o todas las noches.

Pero el visitante recién llegado era completamente distinto. Tenía un aspecto normal, como cualquier hombre de la calle, inquietantemente normal. Y eso fue lo que desconcertó a Sarcasmo.

El tipo llevaba un correcto abrigo negro, un rígido sombrero negro en la cabeza, guantes negros, y tenía sobre las rodillas una cartera negra. Su rostro era totalmente inexpresivo, sólo un poco pálido, casi blanco. Tenía los ojos descoloridos y un poco saltones. Miraba sin pestañear. No tenía párpados.

Sarcasmo hizo un esfuerzo y se acercó al visitante.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

El otro se tomó tiempo. Pasó un rato observando a su oponente con una mirada fría y luego replicó con voz sorda:

—¿Tengo el placer de hablar con el Consejero Secreto Doctor Profesor Belcebú Sarcasmo?

—Tiene usted ese placer. ¿Y...?

—Permítame que me presente.

Sin levantarse de la butaca, el visitante se quitó un momento el sombrero; en ese instante pudieron verse en su tersa y blanca cabeza dos pequeñas protuberancias rojas que parecían tumefacciones purulentas.

—Me llamo Oruga, Maledictus Oruga, si usted me lo permite.

El mago seguía resuelto a no dejarse impresionar.

—¿Qué le da a usted derecho a importunarme?

—¡Oh! —dijo el señor Oruga sin sonreír—. Señor, si me permite la observación, usted no debería hacer una pregunta tan necia.

Sarcasmo se frotó los dedos con tanta fuerza que crujieron.

—¿Acaso viene usted de...?

—Exacto —corroboró el hombre—. De allí.

Y mientras decía eso, señaló con el pulgar hacia abajo.

Sarcasmo tragó saliva y siguió callado.

El otro prosiguió:

—Vengo por encargo personal de Su Excelencia Infernal, su bien amado Protector.

El mago intentó simular una sonrisa de regocijo, pero sus dientes parecieron encasquillarse súbitamente. Sólo con gran esfuerzo logró

murmurar:

—¡Qué honor!

—Lo es, señor mío —respondió el visitante—. Vengo por encargo personal del Ministro de las Tinieblas Supremas, Su Excelencia Belcebú, que le ha otorgado a usted la inmerecida distinción de llevar su mismo nombre. Mi insignificancia es sólo un órgano ejecutor de ínfima categoría. Si cumplo mi encargo de forma satisfactoria para Su Excelencia, podré esperar que me asciendan pronto e incluso que me hagan espíritu maléfico con departamento propio.

—Mis mejores deseos, señor Oruga —balbució Sarcasmo—. ¿Y en qué consiste su encargo? —su rostro adquirió ahora un tinte ligeramente verdoso.

—Yo estoy aquí —explicó el señor Oruga— en misión puramente oficial, como agente ejecutivo, por así decir.

El mago tuvo que carraspear. Luego dijo con voz ronca:

—Pero ¡por todos los agujeros negros del universo! ¿Qué quiere hacer usted en mi casa? ¿Tal vez secuestrarme? Aquí tiene que haber un error.

—Y a se verá —opinó el señor Oruga.

Sacó un documento de su cartera negra y se lo mostró a Sarcasmo.

—Usted conoce, sin duda, este contrato, señor Consejero. En su momento lo cerró personalmente con mi jefe y lo firmó con su propia mano. En él se dice que le son otorgados a usted durante este siglo, por parte de su Protector, poderes extraordinarios, realmente extraordinarios, sobre la naturaleza entera y sobre los hombres. Pero también se dice que usted se compromete a cumplir antes de fin de año, directa o indirectamente, las siguientes misiones: exterminar diez especies de animales, sean mariposas, peces o mamíferos; contaminar cinco ríos, o cinco veces el mismo río; provocar la muerte de diez mil árboles por lo menos, y así sucesivamente, hasta el último punto: desencadenar en el mundo *una* epidemia nueva cada año, como mínimo, que haga sucumbir a hombres o animales, o a unos y otros. Por fin: manipular el clima del país de forma que se alteren las estaciones del año y haya períodos de sequía o inundaciones. Mi querido señor, en el año transcurrido sólo ha cumplido usted la mitad de estas obligaciones. Mi jefe piensa que eso es lamentable,

muy lamentable. Y usted sabe qué significa eso para Su Excelencia. ¿Tiene usted algo que objetar?

Sarcasmo, que ya había intentado repetidas veces interrumpir al visitante, espetó:

—Pero todavía no se ha acabado el año. ¡Por todos los diablos! Aún estamos en la tarde de San Silvestre. Tengo tiempo hasta medianoche.

El señor Oruga lo miró con sus ojos sin párpados.

—Es cierto, ¿y piensa usted... —echó una ojeada al reloj y prosiguió— realizar todo lo que falta en las pocas horas que quedan? ¿Lo piensa realmente?

—¡Naturalmente! —chilló furioso Sarcasmo. Pero luego agachó súbitamente la cabeza y murmuró con voz casi imperceptible—: No, imposible.

El visitante se levantó y se acercó a una pared, contigua a la chimenea, de la que colgaban, esmeradamente enmarcados, todos los diplomas con los títulos del Consejero Secreto de Magia. Como la mayoría de sus colegas, Sarcasmo tenía en gran estima esos títulos. En un diploma podía leerse, por ejemplo, «MANA» (Miembro de la Academia de Negras Artes); en otro, «Dr HC» (Doctor Horroris Causa); en un tercero, «ECIA» (Encargado de la Cátedra de Infamia Aplicada); en un cuarto, «MCSA» (Miembro del Consejo Supremo de Aquelarres), y había muchos más.

—Escúcheme, pues —dijo Sarcasmo—. Intentemos hablar sensatamente. No depende de mi mala voluntad, que la tengo en abundancia, créame.

—¿De verdad? —preguntó el señor Oruga.

El mago se secó con un pañuelo el frío sudor de la calva.

—Haré todo lo que falta tan pronto como pueda. De eso puede estar segura Su Excelencia. Dígaselo, por favor.

—¿Lo hará? —preguntó el señor Oruga.

—¡Maldita sea! —exclamó Sarcasmo—. Han surgido ciertas complicaciones que me han impedido cumplir a tiempo mis obligaciones contractuales. Un pequeño aplazamiento, y volverá a estar todo en orden.

—¿Complicaciones? —repitió el señor Oruga mientras seguía examinando los diplomas sin especial interés.

El mago se situó detrás de él, tan cerca que parecía hablarle al rígido sombrero negro.

—Probablemente, usted mismo está enterado de lo que logré en los últimos años. Era más de lo que mis condiciones contractuales exigían.

El señor Oruga se volvió y dirigió su vidriosa mirada al rostro de Sarcasmo.

—Digamos que era lo suficiente; para ir tirando. Angustiado, el Consejero Secreto parloteaba cada vez más y terminó por enredarse en sus explicaciones: —Nadie puede hacer una guerra de exterminio sin que, más pronto o más tarde, lo advierta el enemigo. Precisamente por mis grandes logros, la naturaleza empieza ahora a defenderse. Se prepara para devolver el golpe, sólo que no sabe exactamente contra quién. Los primeros que empezaron a rebelarse fueron, naturalmente, los espíritus elementales: los gnomos, los enanos, las ondinas y los elfos, que son los más avispados. Me ha costado mucho trabajo y mucho tiempo capturar y neutralizar a todos los que habían averiguado algo sobre nosotros y podían ser peligrosos para nuestros planes. Por desgracia, no es posible matarlos, ya que son inmortales. Pero yo conseguí encerrarlos y paralizarlos por completo con mis poderes mágicos. Por otra parte, es una colección digna de verse. Está expuesta en el pasillo, si es que usted quiere convencerse por sus propios ojos, señor Gusano...

—Oruga —dijo el visitante sin aceptar la invitación.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Señor Oruga, naturalmente. Disculpe.

El mago logró mostrar una sonrisa nerviosa.

—Los otros espíritus elementales se han atemorizado y han huido a los rincones más apartados del mundo. Así que nos hemos librado de ellos. Pero, entretanto, han empezado a sospechar los animales. Han convocado un Consejo Supremo, el cual ha decidido enviar observadores secretos en todas las direcciones de la rosa de los vientos para descubrir la causa del mal. Y desgraciadamente también yo tengo en casa un espía de éstos desde hace cerca de un año. Se trata de un gato pequeño. Por fortuna, no es precisamente uno de los más avispados. Si quiere usted verlo, ahora está durmiendo. Además, duerme muchísimo, y no sólo por naturaleza.

El mago sonrió sarcásticamente.

—Me he ocupado de que no advierta cuál es mi verdadera actividad. Ni siquiera sospecha que yo sé para qué está aquí. Lo he alimentado espléndidamente y lo he colmado de mimos; por eso cree que soy un gran amigo de los animales. ¡El pobre imbécil me adora! Pero usted comprenderá, señor Gusano...

—¡Oruga! —dijo el otro, esta vez con bastante aspereza. Su macilento rostro sólo estaba iluminado por las oscilantes llamas del fuego de la chimenea y ofrecía un aspecto sumamente huraño.

El mago inclinó ceremoniosamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Perdón, perdón —se pasó la mano por la frente—. Estoy un poco distraído. Es por el estrés. Ha sido agotador cumplir mis obligaciones contractuales y, al mismo tiempo, engañar constantemente al espía que tengo en mi propia casa. Porque, aunque es un infeliz, ve y oye muy bien, como todos los gatos. He tenido que trabajar en circunstancias sumamente difíciles. No creo que se atreva usted a negarlo. Sobre todo, me ha costado mucho tiempo, por desgracia, querido señor... Ummm...

—Es triste —le interrumpió el señor Oruga—, realmente triste. Pero todo eso es *su* problema, amigo mío. Y no altera el contrato. ¿O me equivoco?

Sarcasmo bajó la cabeza.

—Créame, señor: yo habría disecado hace tiempo ese gato, lo habría asado vivo en el horno o lo habría enviado a la Luna. Pero eso habría alarmado al Consejo Supremo de los Animales. Porque allí saben que el gato está en mi casa. Y es mucho más difícil dejar fuera de combate a los animales que a los gnomos y a otros seres de la misma calaña; más difícil, incluso, que neutralizar a los hombres. Con los hombres apenas hay dificultades. Pero ¿ha intentado usted hipnotizar a un saltamontes o a un jabalí? No hay nada que hacer. Y si se reunieran todos los animales del mundo, desde los más grandes hasta los más pequeños, y se lanzaran juntos contra nosotros, no serviría de nada ningún recurso mágico. Tenga la bondad de explicarle esto a Su Excelencia Infernal, su querido jefe.

El señor Oruga cogió su cartera de la butaca y se acercó nuevamente al mago.

—Transmitir explicaciones no es cosa de mi incumbencia.

—¿Qué significa eso? —gritó Sarcasmo—. Su Excelencia tiene que reconocer lo que acabo de decir y tiene que reconocerlo por su propio interés. A fin de cuentas, yo no puedo hechizar. Es decir, sí puedo, pero hay ciertos límites, sobre todo de tiempo, incluso para mí. Y además, ¿por qué esa terrible prisa? De todos modos, el mundo va a perecer enseguida, porque estamos en el mejor camino para lograrlo. Así que poco importa que sea un par de años antes o después.

—Eso significa —dijo el señor Oruga respondiendo a la primera pregunta de Sarcasmo en tono glacialmente cortés— que ahora está usted advertido. Volveré aquí a medianoche en punto. Así reza el encargo que se me ha dado. Si usted no ha saldado hasta entonces su pasivo contractual en materia de maldades...

—¿Qué ocurrirá?

—Será usted secuestrado por orden de la autoridad, señor Sarcasmo —dijo el señor Oruga—. Le deseo una placentera noche de San Silvestre.

—¡Espere! —gritó Sarcasmo—. Sólo una palabra. Por favor, señor Gusano, ¡uy!, señor Oruga...

Pero el visitante había desaparecido.

El mago se dejó caer en la butaca de orejas, se quitó las gruesas gafas y se cubrió el rostro con las dos manos. Si los nigromantes pudieran llorar, él lo habría hecho. Pero de sus ojos sólo brotaron dos secos granos de sal.

—¿Y ahora qué? —rezongó—. ¿Ahora qué, por todas las pruebas y torturas?



La magia —lo mismo la buena que la mala— no es cosa fácil. Los profanos suelen creer que basta recitar cualquier fórmula secreta como «abra-cadabra» y, quizá, tener una varita mágica con la que uno acciona un poco como un director de orquesta. Con eso se lograría la transformación, la aparición o cualquier otra cosa.

Pero no es así. En realidad, *cualquier* clase de acción mágica es enormemente complicada: requiere conocimientos ingentes, gran cantidad de accesorios, materiales difíciles de conseguir y una preparación que puede durar días e incluso meses. Además, el trabajo es *siempre* sumamente peligroso, pues el más pequeño error puede tener consecuencias totalmente imprevisibles.

Belcebú corrió por las habitaciones y los pasillos de su casa buscando desesperadamente un medio para salvarse. Pero estaba convencido de que

ya era demasiado tarde para todo. Gimió y suspiró como un alma en pena. Sus pasos retumbaban en el silencio de la casa.

Sarcasmo no podía cumplir el contrato; por eso, ahora lo único que le preocupaba era salvar la piel, esconderse del ejecutor de la sentencia infernal en alguna parte o de algún modo.

Sin duda, podía transformarse, por ejemplo, en una rata, o en un perfecto monigote de nieve, o en un campo de ondas electromagnéticas (si bien en este caso podrían verlo en todas las pantallas de televisión de la ciudad como una alteración de la imagen). Pero sabía muy bien que así no engañaría al enviado de Su Excelencia Infernal. Él lo reconocería bajo cualquier figura.

También era inútil huir a alguna parte, por remota que fuera: al Sahara, o al Polo Norte, o a los picos del Tíbet, pues las distancias geográficas carecían de importancia para aquel visitante. Por un instante, el mago pensó esconderse en la catedral de la ciudad, detrás del altar o en lo alto de la torre; pero desechó esa idea inmediatamente porque no estaba seguro de que los funcionarios infernales tengan hoy dificultades para entrar y salir de allí a su antojo.

Sarcasmo recorrió apresuradamente la biblioteca, donde se apilaban unos junto a otros mamotretos antiquísimos y libros de consulta recién salidos de la imprenta. Ojeó los títulos que figuraban en el lomo de los volúmenes. Allí había obras como *Eliminación de la conciencia. Manual para adelantados*, o *Directrices para envenenar fuentes*, o *Léxico enciclopédico de maldiciones y execraciones*, pero nada que pudiera serle útil en su apurada situación.

Siguió pasando apresuradamente de una habitación a otra.

Villa Pesadilla era un caserón gigantesco y tenebroso. Por fuera estaba llena de torrecillas y torreones oblicuos. Por dentro, llena de cuartos con múltiples rincones, de pasillos sinuosos, de escaleras desvencijadas, de bóvedas cubiertas de telarañas. Era tal como uno se imagina la casa de un auténtico brujo. El propio Sarcasmo había hecho en otro tiempo los planos de la vivienda, porque en el aspecto arquitectónico su gusto era más bien conservador. En los ratos de buen humor solía llamar a la villa su «pequeño y acogedor hogar». Pero, de momento, no estaba para esas bromas.

Ahora se encontraba en un largo y tenebroso pasillo en cuyas paredes había cientos y miles de grandes tarros colocados en altas estanterías. Era la colección que había querido enseñar al señor Oruga y a la que él llamaba su «Museo de Ciencias Naturales». En cada uno de los tarros se hallaba uno de los espíritus elementales capturados. Había enanos, duendes, trasgos y elfos de todas las clases; además, ondinas y espíritus acuáticos con colas de pez de muchos colores, geniecillos del agua y sílfides, y hasta un par de espíritus del fuego, llamados salamandras, que se habían ocultado en la chimenea de Sarcasmo. Todos los recipientes estaban cuidadosamente etiquetados y rotulados con la denominación del contenido y la fecha de la captura.

Todas estas criaturas se hallaban absolutamente inmóviles en su prisión, porque el mago las había sometido a una hipnosis duradera. Sólo las despertaba para hacer con ellas sus crueles experimentos.

Además, había entre ellas un pequeño monstruo particularmente repugnante: el llamado juzgalibros, que en lenguaje popular recibe también el nombre de sabidillo y quisquilla. Estos espíritus pequeños suelen pasar su vida poniendo reparos a los libros. Todavía no se ha logrado establecer con certeza para qué existen tales criaturas, y el mago conservaba aquel ejemplar con el propósito de descifrar el enigma mediante una observación prolongada. En un momento determinado, Sarcasmo tuvo la seguridad de que, de algún modo, podría serle útil para sus fines. Pero ahora ya no le interesaba. Por mera costumbre, al pasar golpeaba aquí y allá con los nudillos la pared de un recipiente de cristal. Nunca se movía nada.

Por fin, llegó a un pequeño gabinete con un saledizo, en cuya puerta podía leerse:

MAURIZIO DI MAURO
CANTOR DE CÁMARA

La pequeña habitación estaba equipada con todo lo que en materia de lujo puede desear un gato mimado. Había muebles viejos donde afilar las uñas, ovillos de lana y otros juguetes. Sobre una mesita baja había un plato con nata azucarada y bastantes más con diferentes bocados apetitosos. Había, incluso, un espejo de la altura de un gato, ante el que uno podía

admirar su propia figura mientras se aseaba. El conjunto culminaba en una coqueta cestita en forma de cama con dosel, tapizada de terciopelo azul y con cortinas también azules.

En esa camita dormía acurrucado un gato pequeño y gordo. La palabra gordo se queda, quizá, un poco corta. En realidad, el gato estaba rechoncho como una bola. Y como tenía la piel de tres colores —parda, negra y blanca—, parecía un cojín repleto y ridículamente estampado, con cuatro patitas cortas y una cola birriosa.

Hacía más de un año que Maurizio estaba allí en misión secreta por encargo del Consejo Supremo de los Animales. Cuando llegó, estaba enfermo y desmedrado, y tan flaco que se le podían contar las costillas.

Al principio se comportó ante el mago como si simplemente hubiera buscado refugio en su casa, y le pareció que ese proceder era muy inteligente. Pero cuando advirtió que el mago no lo echaba de casa, sino que lo colmaba de mimos, se olvidó rápidamente de su misión. Y pronto llegó a sentir verdadero entusiasmo por el hombre. De todos modos, se entusiasmaba con bastante facilidad, particularmente por todo lo que constituía un halago para él o respondía a su concepción de un estilo de vida elegante.

—Las personas del mundo elegante —había dicho repetidas veces al mago— sabemos qué es lo que importa. Conservamos nuestra categoría incluso en las desgracias.

Ésta era una de sus frases favoritas, aunque no sabía muy bien qué significaba realmente.

Un par de semanas más tarde, había contado al mago lo siguiente:

—Es posible que al principio me tomara usted por un gato callejero cualquiera. No se lo reprocho. Porque usted no podía imaginar que desciendo de un distinguido linaje de caballeros. En la familia di Mauro ha habido cantores famosos. Aunque usted tal vez no me crea, porque de momento tengo la voz un poco cascada —en realidad su sonido parecía más propio de una rana que de un gato—, yo también lo fui en otro tiempo y enternecí con mis canciones de amor los corazones más altivos. De hecho, mis antepasados eran de Nápoles, de donde, como es sabido, proceden todos los grandes cantores. El lema de nuestro escudo es «Belleza e

intrepidez», y todos los de mi estirpe estuvieron al servicio de la una o de la otra. Pero luego me puse enfermo. Casi todos los gatos de la región en que yo vivía enfermaron repentinamente. Al menos, todos los que habían comido pescado. Y a los gatos distinguidos les gusta comer pescado. Pero los peces tenían veneno porque el río del que procedían estaba contaminado. Entonces perdí mi maravillosa voz. Los otros murieron casi todos. Mi familia se encuentra ahora junto al Gran Gato del cielo.

Sarcasmo se había comportado como si la cosa le hubiera causado una profunda conmoción, aunque demasiado bien sabía por qué estaba contaminado el río. Mostró a Maurizio una compasión inmensa y llegó a llamarle «héroe trágico». Eso le agradó sobremanera al pequeño gato.

—Si tú quieres y confías en mí —le había dicho el mago—, me cuidaré de tu salud y te devolveré la voz. Encontraré una medicina adecuada para ti. Pero has de tener paciencia, pues esas cosas requieren su tiempo. Y sobre todo deberás hacer lo que te diga. ¿De acuerdo?

Como es natural, Maurizio estuvo de acuerdo. Y a partir de aquel día siempre llamó a Sarcasmo «querido maestro». De la misión del Consejo Supremo de los Animales apenas volvió a acordarse.

Naturalmente, él no sospechaba que Belcebú Sarcasmo, por su espejo negro y por otros medios mágicos de información, había descubierto ya para qué le habían enviado el gato a casa. Y el Consejero Secreto de Magia había decidido inmediatamente aprovechar las pequeñas debilidades de Maurizio para neutralizarlo de una forma que, con toda seguridad, no levantaría sus sospechas. De hecho, el pequeño gato se sentía como en Jauja. Comía y dormía, y dormía y comía, y engordaba cada vez más y se hacía cada vez más comodón, hasta el extremo de que ahora ya era demasiado perezoso incluso para cazar ratones.

Pero ni siquiera un gato puede dormir ininterrumpidamente durante semanas y meses. Y así Maurizio se había levantado de cuando en cuando y había vagado por la casa sobre sus minúsculas patas y con una barriga que ahora casi rozaba el suelo. Sarcasmo había tenido que estar siempre alerta para que el gato no lo sorprendiera en una de sus perversas brujerías. Y eso lo había llevado a la desesperada situación en que ahora se encontraba.

Frente a la camita con dosel, contempló con deseos asesinos la estampada bola peluda que respiraba acurrucada en los cojines de terciopelo.

—¡Maldito bastardo —musitó—, todo es culpa tuya!

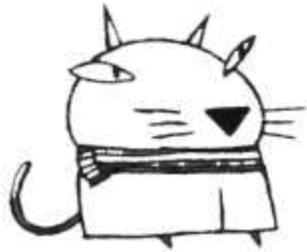
El gato comenzó a ronronear entre sueños.

—Como de todas formas estoy perdido —murmuró Sarcasmo—, voy a darme el gusto de retorcerte el pescuezo.

Sus largos y nudosos dedos se acercaron al cuello de Maurizio, el cual dio media vuelta sin despertarse, quedó echado sobre su lomo, separó del cuerpo las cuatro patas y ofreció tentadoramente su garganta.

El mago dio un paso atrás.

—No —dijo en voz baja—. No me serviría de nada. Además, para eso siempre hay tiempo.



Poco después, el mago se hallaba otra vez en el laboratorio. Estaba sentado junto a la mesa, iluminada por una lámpara, y escribía.

Había decidido redactar su testamento.

Con su churrigueresca y caprichosa caligrafía, ya había escrito en una hoja lo siguiente:

MI ÚLTIMA VOLUNTAD

En plena posesión de mis facultades mentales, yo, Belcebú Sarcasmo, Consejero Secreto de Magia, Profesor, Doctor, etcétera, etcétera, en el día de hoy, a la edad de ciento ochenta y siete años, un mes y dos semanas...

Se detuvo y mordió su estilográfica, que contenía ácido cianhídrico en lugar de tinta.

—Una buena edad realmente —murmuró—. Pero demasiado joven todavía para gentes como yo. En todo caso, demasiado joven para ir al infierno.

Su tía la bruja, por ejemplo, sumaba ya casi trescientas primaveras y seguía desarrollando una gran actividad profesional.

Se asustó un poco, porque el pequeño gato saltó inesperadamente a la mesa, se colocó junto a él, bostezó arqueando grácilmente la lengua, se estiró concienzudamente hacia delante y hacia atrás y estornudó con energía un par de veces.

—¡Uff! —maulló—. ¿Qué huele aquí tan apestosamente?

Se sentó en el testamento y empezó a limpiarse.

—¿Ha dormido bien el señor cantor de cámara? —preguntó el mago irritado, y lo apartó de un manotazo.

—No lo sé —respondió Maurizio lamentándose—. ¡Estoy siempre tan terriblemente cansado...! Y no sé por qué. ¿Quién ha estado aquí?

—Nadie —rezongó el mago en tono poco amistoso—. No me molestes ahora, por favor. Tengo trabajo, y es muy urgente.

Maurizio olfateó el aire.

—Pero hay un olor muy raro. Aquí ha estado algún extraño.

—¿Qué dices? —replicó Sarcasmo—. Son imaginaciones tuyas. Y ahora cierra la boca.

El gato comenzó a lavarse la cara con las patas; pero, de pronto, se detuvo y observó al mago con asombro.

—¿Qué pasa, querido maestro? Parece usted terriblemente deprimido.

Sarcasmo negó con un gesto nervioso.

—No pasa nada. Y ahora déjame en paz de una vez. ¿Entendido?

Pero Maurizio no hizo caso; al contrario. Se sentó nuevamente encima del testamento, frotó su cabeza contra la mano del mago y ronroneó quedamente:

—Ya me imagino por qué está usted triste, maestro. Hoy, cuando todo el mundo celebra en alegre compañía la noche de San Silvestre, usted está aquí solo y abandonado. ¡No sabe cuánto lo siento!

—Yo no soy como todo el mundo —refunfuñó Sarcasmo.

—Eso es cierto —admitió el pequeño gato—. Usted es un genio y un gran benefactor de los hombres y de los animales. Yo lo sé muy bien. Pero ¿no quiere usted hacer una excepción y salir a divertirse un poco? Estoy seguro de que le sentaría bien.

—¡Una idea típica de un gato! —respondió el mago, más irritado cada vez—. A mí no me gusta la alegre compañía.

—Pero, maestro —prosiguió Maurizio con vehemencia—, ¿no dicen que la alegría compartida es doble alegría?

Sarcasmo dio un puñetazo en la mesa.

—Está demostrado científicamente —dijo en tono cortante— que la parte de algo es siempre menor que el todo. ¡Yo no comparto con nadie! ¡Tenlo presente!

—Está bien —respondió el gato, asustado. Luego añadió con voz insinuante—: En último término, me tiene a mí.

—Sí —estalló el mago—. ¡Tú eres precisamente lo que me faltaba!

—¿De verdad? —preguntó aliviado Maurizio—. ¿Me ha echado realmente en falta?

Sarcasmo resopló con impaciencia.

—¡Desaparece de una vez! ¡Lárgate! ¡Vete a tu habitación! Yo tengo que pensar. Tengo problemas.

—¿Puedo serle de alguna ayuda, querido maestro? —preguntó obsequioso el gato.

El mago suspiró y puso los ojos en blanco.

—Bueno —prosiguió al cabo de un rato—. Si te empeñas, puedes remover la esencia número 92. Está en la caldera que hay al fuego en la chimenea. Pero ten cuidado de no dormirte otra vez porque, si te duermes, puede pasar cualquier cosa.

Maurizio saltó de la mesa, corrió hacia la chimenea brincando con sus cortas patas y agarró la varita de cristal de roca con las zarpas delanteras.

—Seguro que es una pócima importante —conjeturó mientras comenzaba a remover cuidadosamente—. ¿Es la medicina para mi voz que usted anda buscando desde hace tiempo?

—¿Serás capaz de callarte alguna vez? —replicó el mago con aspereza.

—¡Sí, sí, maestro! —respondió sumisamente Maurizio.

Durante un largo rato hubo silencio. Sólo se oía el ulular de la tempestad de nieve en tomo a la casa.



—Maestro —dijo finalmente el gato, casi musitando—, maestro, desearía decirle una cosa.

Como Sarcasmo no contestó, sino que se limitó a apoyar la cabeza en las manos con un gesto de agotamiento, Maurizio prosiguió en voz más alta:

—Tengo que contarle algo que me tortura la conciencia desde hace tiempo.

—La conciencia... —repitió Sarcasmo con una mueca—. ¡Mira, hasta los gatos tienen eso!

—¡Oh, y mucho! —aseguró Maurizio muy serio—. Quizá no todos, pero yo sí. No en vano desciendo de una familia de rancio abolengo.

El mago se recostó y cerró los ojos con un rictus de dolor.

—Lo que quiero decirle —explicó Maurizio tartamudeando— es que yo no soy lo que parezco.

—¡Y quién lo es! —replicó ambiguamente Sarcasmo.

El gato se apartó para remover y fijó la mirada en el líquido negro.

—Maestro, le he ocultado una cosa durante todo el tiempo que he pasado aquí. Ahora me avergüenzo mucho de ello. Por eso he tomado la decisión de confesarle todo esta tarde, que es una tarde especial.

El mago abrió los ojos y observó a Maurizio a través de los gruesos cristales de sus gafas. Sus labios se contrajeron sarcásticamente. Pero el pequeño gato no lo advirtió.

—Maestro, usted sabe mejor que nadie que en el mundo está ocurriendo algo horrible. Cada vez hay más criaturas enfermas y mueren más árboles; los ríos y los mares están más contaminados cada día. Por eso, los animales convocaron hace tiempo una gran asamblea —en secreto, naturalmente—, y en ella se decidió averiguar quién o qué era la causa de esta calamidad. Para ello, nuestro Consejo Supremo envió a todas partes agentes secretos que debían observar qué ocurre realmente, y así llegué yo a su casa, querido maestro, para espiarle a usted.

Hizo una pausa y miró al mago con los ojos enrojecidos.

—Créame, maestro —prosiguió luego—, me resultó muy difícil, pues esta actividad no está de acuerdo con mis nobles sentimientos. Lo hice porque tenía que hacerlo. Era mi deber para con los otros animales.

Volvió a hacer otra pausa y añadió en voz más baja:

—¿Está usted ahora enojado conmigo?

—¡No te olvides de remover! —dijo el mago, que a pesar de su triste estado de ánimo tuvo que esforzarse para contener una sonrisa.

—¿Puede perdonarme, maestro?

—Está bien, Maurizio, te perdono. Corramos un tupido velo.

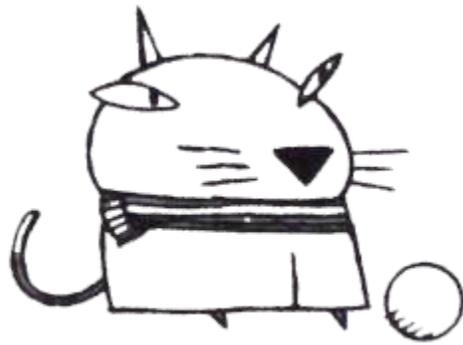
—¡Oh, qué nobleza de corazón! —musitó conmovido el pequeño gato—. Tan pronto como recobre la salud y no esté tan cansado, me dirigiré al Consejo Supremo de los Animales y explicaré allí que usted es un alma de Dios. Se lo prometo solemnemente para el nuevo año.

Esta última mención volvió a poner súbitamente al mago de mal humor.

—Deja esa cháchara lacrimógena —balbució—. Me ataca los nervios.

Maurizio se quedó perplejo y guardó silencio. No podía comprender el repentino desabrimiento de su maestro.

En ese momento llamaron a la puerta.





El mago se levantó y se quedó tieso como una vela.

Llamaron por segunda vez; en esta ocasión los golpes fueron fuertes y claros.

Maurizio había dejado de remover y observó ingenuamente:

—Maestro, creo que han llamado.

—¡Psiss! —siseó el mago—. ¡Silencio!

El viento sacudió las persianas.

—¡Todavía no! —chilló Sarcasmo—. ¡Por todas las armas químicas, esto no es un juego limpio!

Llamaron por tercera vez, ahora con bastante impaciencia.

El mago se tapó los oídos con las manos.

—Tienen que dejarme en paz. No estoy en casa.

Los golpes se transformaron en martillazos, y a través del silbido de la tempestad se oyó confusamente una voz ronca que parecía bastante irritada.

—Maurizio —susurró el mago—, mi querido gatito, ¿tendrías la bondad de abrir y decir que he salido de viaje inesperadamente? Di sencillamente que he ido a casa de mi anciana tía Tirania Vampir para celebrar con ella la fiesta de San Silvestre.

—Pero, maestro —dijo sorprendido el gato—, eso sería lisa y llanamente una mentira. ¿Me pide realmente eso?

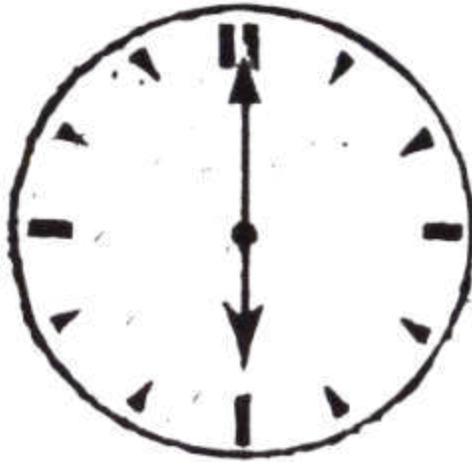
El mago levantó los ojos hacia el cielo y suspiró.

—¡Mal puedo decirlo yo mismo!

—Está bien, maestro, está bien. Por usted, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa.

Maurizio saltó hacia la puerta; haciendo acopio de sus escasas fuerzas, colocó un taburete debajo del picaporte, se subió a él, giró la gigantesca llave, hasta que se abrió la cerradura, y se quedó colgado del picaporte. Una ráfaga de viento abrió la puerta y sopló por las habitaciones, inclinó las llamas de la chimenea e hizo que los papeles del laboratorio giraran en torbellino.

Pero allí no había nadie.



El gato cruzó la puerta y dio un par de pasos con precaución. Escrutó la oscuridad en todas las direcciones, volvió a entrar y se sacudió la nieve de la piel.

—Nada —dijo—. Tiene que haber sido un error. ¿Dónde está usted, maestro?

Sarcasmo emergió de detrás de la butaca de orejas.

—¿Es cierto que no hay nadie?

—Absolutamente cierto —aseguró Maurizio.

El mago salió corriendo al vestíbulo, cerró la puerta dando un portazo y la aseguró con todos los cerrojos.

—No pueden esperar. Quieren volverme loco ahora mismo.

—¿Quiénes? —preguntó Maurizio sorprendido.

Volvieron a llamar, esta vez con verdadera rabia.

El rostro de Sarcasmo se transformó en una caricatura que expresaba a la vez miedo e ira. Su aspecto no era precisamente bello.

—¡Conmigo no! —balbució—. ¡No, conmigo no! ¡Tendremos que vérmolas!

Salió cauteloso al vestíbulo y el gato lo siguió solícitamente.

El mago llevaba en la mano izquierda un anillo adornado con un gran rubí. Obviamente, se trataba de una piedra mágica. Podía absorber y almacenar una ingente cantidad de luz. Y cuando estaba debidamente cargada, constituía un arma aniquiladora.

Sarcasmo levantó lentamente la mano, cerró un ojo, apuntó y un rayo láser rojo cruzó silbando el corredor y dejó en la puerta de la calle una hendidura humeante del tamaño de un ojo de aguja. El mago disparó una segunda vez y una tercera, y siguió disparando y disparando hasta que quedaron totalmente acribillados los tablones de la puerta y se agotó la energía del rubí.

—Así que era eso —dijo, y respiró profundamente—. Ahora no se oye nada.

El mago volvió al laboratorio y se sentó nuevamente junto a la mesa para seguir escribiendo.

—Pero, maestro —tartamudeó el gato, horrorizado—, ¿y si le ha dado usted a alguien?

—Le estaría bien empleado —masculló Sarcasmo—. ¿Por qué anda merodeando junto a mi casa?

—Pero ni siquiera sabe usted quién era. A lo mejor era un amigo suyo.

—Yo no tengo amigos.

—O alguien que necesitaba ayuda.

El mago sonrió un instante con amargura.

—Tú no conoces el mundo, pequeño. El que da primero, da dos veces. No lo olvides.

En ese momento volvieron a llamar.



Sarcasmo apretó las mandíbulas en silencio.

—¡La ventana! —exclamó Maurizio—. Creo que es en la ventana, maestro.

Saltó a la repisa, abrió una hoja y miró por una rendija de la persiana.

—Aquí hay alguien —susurró—. Parece que es un pájaro, una especie de cuervo o algo así, creo yo.

Sarcasmo seguía sin decir nada. Se limitó a hacer con las manos un ademán de rechazo.

—Puede tratarse de un caso de emergencia —opinó el gato y, sin esperar las instrucciones del mago, subió la persiana.

Junto con una nube de nieve, entró volando en el laboratorio un ave tan desplumada que más bien parecía una patata grande e informe en la que alguien había clavado aquí y allá un par de plumas negras.

Aterrizó en el suelo y, antes de detenerse, se deslizó un trecho sobre las patas. Extendió las plumas, que ofrecían un aspecto lastimero, y abrió su vistoso pico.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! —chilló en tono impresionante—. ¡Os tomáis vuestro tiempo para abrir! Aquí puede uno desangrarse mientras espera. Y encima recibís las visitas a tiros. La última pluma de mi cola está hecha trizas, acribillada por los disparos. ¡Vaya modales! ¿En qué país vivimos?

De repente se dio cuenta de que había un gato que lo miraba con los ojos muy abiertos y chispeantes. Metió la cabeza entre las alas, formando una especie de joroba, y graznó casi imperceptiblemente:

—¡Oh, un devorapájaros! ¡Lo que faltaba! ¡Ya está bien, caramba! ¡Esto va a tener un mal *endesenlace*!

Maurizio, que durante su corta vida no había cazado ni un solo pájaro —y mucho menos uno tan grande e inquietante como aquél— no comprendió al principio que era él el aludido.

—¡Hola! —maulló muy digno—. ¡Bienvenido, forastero!

El mago seguía mirando en silencio y con desconfianza a aquel extraño pájaro. El cuervo se sentía cada vez más molesto. Con la cabeza ladeada, observaba alternativamente al gato y al mago. Finalmente graznó:

—Si no les importa a los señores, yo aconsejaría que alguien cierre la ventana, porque no viene nadie detrás de mí. Pero entra un frío de perros y yo tengo ya en el ala izquierda *reumaticismo*, o como se diga.

El gato cerró la ventana, saltó de la repisa y comenzó a caminar con paso lento, trazando un círculo en torno al recién llegado. Sólo quería saber si le pasaba algo al cuervo, pero éste pareció interpretar de otra manera el interés de Maurizio.

Entretanto, Sarcasmo había conseguido recuperar el habla.

—Maurizio —ordenó—, pregúntale a ese bellaco quién es y qué busca aquí.

—Mi maestro desea saber —dijo el gato con la mayor delicadeza posible— cómo te llamas y qué esperas de nosotros.

Mientras hablaba, fue estrechando sus círculos.

El cuervo giraba la cabeza y no perdía de vista a Maurizio.

—Dale a tu maestro un cordial saludo de mi parte —y mientras hablaba le guiñaba desesperadamente un ojo al gato—. Mi nombre es Jacobo Osadías y soy, por así decir, el recadero aéreo de su distinguida tía *madam* Tirania Vampir —ahora guiñó el otro ojo—. Además, no soy un bellaco, si se me permite, sino un cuervo viejo y duramente probado por la vida, el cuervo de las desgracias, se podría decir sin rodeos.

—¡Un cuervo! —dijo Sarcasmo despectivamente—. Pero tienes que advertirlo; si no, no te reconoce nadie.

—¡Muy gracioso! —murmuró Jacobo Osadías a media voz.

—¿Desgracias? —preguntó solícito Maurizio—. ¿A qué desgracias te refieres? Habla sin miedo. Mi buen maestro te ayudará.

—Yo hablo de mala suerte siempre que la tengo —respondió sombríamente Jacobo—. Ahora, por ejemplo, he tenido que encontrarme con un terrible devorapájaros; y un día se me cayeron las plumas cuando me vi envuelto en una nube contaminada. Esas nubes son más frecuentes cada día, y nadie sabe por qué —volvió a hacer otro guiño al gato y prosiguió—: Y a tu buen maestro puedes comunicarle de mi parte que no tiene necesidad de mirarme, si tanto le importan mis harapos. No tengo nada mejor.

Maurizio levantó los ojos para mirar a Sarcasmo.

—Ya lo ve, maestro. Es un caso de emergencia.

—Pregúntale a ese cuervo —dijo el mago— por qué te ha guiñado disimuladamente los ojos varias veces.

Jacobo Osadías se adelantó al gato:

—Lo he hecho sin darme cuenta, señor Consejero de Magia. Eso no significa absolutamente nada. Son los nervios.

—¡Ya! —respondió Sarcasmo arrastrando la palabra—. ¿Y por qué estamos tan nerviosos?

—Porque no me gustan nada los tipos engreídos que, como ese que hay ahí, hablan con palabras altisonantes, tienen las uñas afiladas y faros en el rostro.

Maurizio terminó por advertir que las injurias iban dirigidas contra él. Como es natural, no podía dejar impune la ofensa. Adoptó su aspecto más amenazador, erizó la piel, echó las orejas hacia atrás y bufó:

—Maestro, ¿me permite que le arranque su infame pico a ese desvergonzado?

El mago cogió al gato en brazos y lo acarició.

—Todavía no, mi pequeño héroe. Tranquilízate. Dice que viene de parte de mi muy apreciada tía. Veamos qué es lo que tiene que comunicarnos. Aunque me pregunto si podemos creerle algo. ¿Qué opinas tú?

—Modales, desde luego, no tiene —rezongó Maurizio.

El cuervo extendió las alas y graznó airado:

—¡Bien! ¡Picoteadme la rabadilla los dos!

—Es sorprendente —dijo Sarcasmo mientras seguía rascando cariñosamente al gato—, es realmente sorprendente que mi tía, antes tan aristocrática, se rodee últimamente de un personal tan ordinario.

—¡Qué...! —chilló el cuervo—. Me habéis hecho estallar y van a saltar chispas. ¿Quién es ordinario aquí? No es un placer volar de noche en mi estado y en medio de una tempestad para anunciar la visita de la jefa y llegar justo en el momento de la cena, pero a un lugar donde, en vez de darle a uno algo que llevarse al pico, figura él mismo en el menú. Ahora me gustaría preguntar con toda claridad quién es ordinario aquí.

—¿Qué acabas de decir, cuervo? —preguntó alarmado Sarcasmo—. ¿Piensa venir la tía Tirania? ¿Cuándo?

Jacobo Osadías seguía enojado y daba pequeños brincos en el suelo.

—¡Ahora! ¡Enseguida! ¡Inmediatamente! ¡En un instante! ¡En cualquier momento! ¡Ya casi está aquí!

Sarcasmo se recostó en la butaca y suspiró:

—¡Maldita verruga! ¡No faltaba más que esto!

El cuervo lo observó de soslayo y gangueó satisfecho:

—¡Vaya! Una mala noticia, por lo que se ve. ¡Cosa típicamente mía!

—No he visto personalmente a la tía Titi desde hace medio siglo —gimió el mago—. ¿Qué busca aquí con tanta urgencia? Su visita es hoy particularmente inoportuna para mí.

El cuervo se encogió de alas.

—Ella dice que, a toda costa, tiene que pasar la noche de San Silvestre de este año con su muy querido sobrino, dice ella, porque el sobrino, dice

ella, tiene una receta especial para un ponche o algo así, dice ella, que necesita urgentemente, ha dicho ella.

Sarcasmo arrojó el gato al suelo y se levantó de un salto.

—Está enterada de todo —bramó—. ¡Por todos los tumores diabólicos, lo único que quiere es aprovecharse de mi situación! Bajo el pretexto de los sentimientos familiares, quiere introducirse en mi casa para cometer un robo intelectual. ¡La conozco bien, oh, la conozco muy bien!

Luego barbotó una interminable maldición babilónica o egipcia, tras la cual comenzaron a tintinear y resonar todos los aparatos de vidrio del recinto y chisporrotearon en zigzag por el suelo una docena de relámpagos esféricos.

Maurizio, que no conocía aún este aspecto de su maestro, se asustó tanto que, dando un salto gigantesco, buscó la salvación en la cabeza de un tiburón disecado que colgaba de una pared junto a otros trofeos también disecados.

Con gran sobresalto, el gato tuvo que comprobar allí que el cuervo había hecho lo mismo y que los dos, sin advertirlo, se habían abrazado mutuamente. Penosamente impresionados, se separaron inmediatamente.

El Consejero Secreto rebuscó con manos temblorosas entre las montañas de papeles que había en su escritorio, revolvió todo y bramó:

—¡Por la lluvia ácida, ésa no va a conocer ni una coma de mis valiosísimos cálculos! Esa pérfida hiena cree que ahora puede hacerse con los resultados de mis investigaciones *sin pagar un céntimo*. Pero está muy equivocada. ¡No va a heredar nada, absolutamente nada! Depositare inmediatamente las actas con las fórmulas más importantes en mi sótano secreto, que está cerrado por procedimientos mágicos absolutamente seguros. Ella nunca entrará allí, ni ella ni ningún otro.

Iba a salir corriendo, pero se detuvo y escrutó el laboratorio con ojos furiosos.

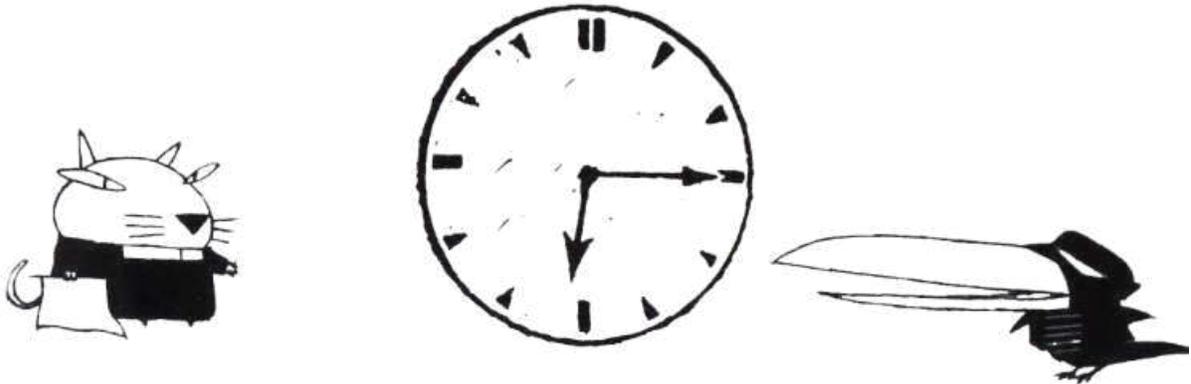
—¿Dónde te has metido, Maurizio, por todos los pesticidas?

—Estoy aquí —contestó Maurizio desde la cabeza del tiburón.

—Escúchame bien —le gritó el mago—. Mientras yo esté fuera, vigila atentamente a ese impertinente carroñero. ¿Entendido? Y no te duermas otra vez. Cuida de que no meta el pico en cosas que no le importan. Lo

mejor es que lo lleves a tu habitación y te sientes delante de la puerta. No te fíes de él, no entables conversación ni aceptes sus intentos de congraciarse contigo. No olvides que te pediré cuentas.

Salió con paso apresurado, y su bata verde cardenillo flotó en el aire.



Los dos animales estaban solos, sentados frente a frente. El cuervo observaba al gato, y el gato observaba al cuervo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jacobo al cabo de un rato.

—¿Qué va a pasar? —bufó Maurizio.

El cuervo volvió a hacerle un guiño.

—¿No has cogido onda, colega?

Maurizio estaba desconcertado, pero no quería admitirlo. Por eso dijo:

—Cierra el pico. ¡Nada de chácharas! Así lo ha ordenado mi maestro.

—Pero ahora no está aquí —insistió Jacobo—. Ahora podemos hablar con franqueza.

—No intentes congraciarte conmigo —respondió Maurizio muy serio—. No te esfuerces. Eres un insolente y no tienes categoría. Me caes mal.

—Yo no caigo bien a nadie; a eso ya estoy acostumbrado —respondió Jacobo—. Pero ahora tenemos que ayudarnos mutuamente. ¡Esa es nuestra misión!

—Cállate —refunfuñó el gato con voz ronca, y trató de adoptar un aspecto amenazador—. Ahora vamos a mi habitación. Salta, y no intentes escaparte. ¡Vamos!

Jacobo Osadías contempló a Maurizio con un expresivo movimiento de cabeza y preguntó:

—¿Eres tan imbécil, o sólo finges serlo?

Maurizio no sabía cómo actuar. Desde que estaba solo con Jacobo, el cuervo le parecía mucho más grande, y su pico, más puntiagudo y más peligroso. Involuntariamente, arqueó el lomo y erizó el bigote. El pobre Jacobo, que tomó esto por una amenaza seria, sintió en las sienes los latidos del corazón. Voló sumisamente al suelo.

El pequeño gato, sorprendido por el efecto de su gesto, saltó tras el cuervo.

—Si no me haces nada, yo tampoco te hago nada —cloqueó Jacobo, y se acurrucó.

Maurizio adoptó una actitud arrogante.

—¡Adelante, forastero! —ordenó.

—¡Está bien! ¡Se acabó! —graznó Jacobo con resignación—. ¡Ojalá me hubiera quedado en el nido con mi Clara!

—¿Quién es Clara?

—¡Ah! —exclamó Jacobo—. Mi pobre esposa.

Y comenzó a caminar sobre sus frágiles patas. El gato lo siguió.

Cuando llegaron al largo y oscuro pasillo en que se hallaban los tarros, Maurizio, que había reflexionado entretanto, preguntó:

—¿Por qué me llamas colega?

—¡Maldita sea la sogá del ahorcado! Porque somos colegas o, al menos, lo fuimos un día, creo yo.

—Un gato y un pájaro nunca son colegas —declaró Maurizio con altivez—. No sueñes, cuervo. Los gatos y los pájaros son enemigos naturales.

—Naturalmente —corroboró Jacobo—. Quiero decir que naturalmente eso sería propiamente natural. Pero, naturalmente, sólo cuando la situación es natural. En situaciones no naturales, los enemigos naturales son a veces colegas.

—¡Alto! —dijo Maurizio—. No entiendo una palabra. Expíciate con más claridad.

Jacobo se detuvo y miró a su alrededor.

—También tú estás aquí como agente secreto para observar a tu maestro, ¿o tal vez no?

—¿Cómo? —preguntó Maurizio, ahora totalmente desconcertado—. ¿Lo eres tú también? Pero ¿por qué envía el Consejo Supremo otro agente a esta casa?

—No, a esta casa no —respondió Jacobo—. A mí no me han enviado aquí. ¡Ah! Tus malas entendederas me están sacando de mis casillas. En suma: yo soy espía en casa de mi *madam* bruja, igual que tú en casa de tu *mousiur* mago. ¿Lo has entendido ahora?

Maurizio se sentó, pasmado de asombro.

—¿Es eso cierto?

—Tan cierto como que yo soy un ave de mala suerte —suspiró Jacobo—. Y hablando de otra cosa: ¿tendrías algo que objetar si me rascara? Me pica desde hace un rato.

—¡Por favor! —respondió Maurizio moviendo una pata con gesto magnánimo—. No en vano somos colegas.



Colocó elegantemente la cola alrededor de su cuerpo y contempló cómo Jacobo se rascaba plácidamente la cabeza con una de sus garras.

De repente sintió gran simpatía por aquel cuervo viejo.

—¿Por qué no te has dado a conocer en cuanto has llegado?

—Lo he hecho —graznó Jacobo—. He estado haciéndote guiños constantemente.

—¡Así que era eso! —exclamó Maurizio—. Podrías haberlo dicho en voz alta con toda tranquilidad.

Ahora era Jacobo el que no entendía nada.

—¿Decirlo en voz alta? —respondió con voz ronca—. Para que oyera todo tu jefe. No estás en tus cabales.

—Mi maestro está enterado de todo.

—¿Cómo? —jadeó el cuervo—. ¿Lo ha averiguado?

—No —respondió Maurizio—. Lo he puesto yo al corriente del asunto.

Al cuervo se le quedó el pico abierto.

—No puede ser verdad —balbució al cabo de un rato—. No me cabe en la cabeza. Repítelo.

—No tuve más remedio que hacerlo —declaró Maurizio con gesto grave—. Hubiera sido poco caballeroso seguir engañándole. Lo observé y examiné durante mucho tiempo y comprobé que es un hombre noble y un verdadero genio y que merece nuestra confianza. Aunque hoy se comporta de forma un tanto extraña, lo reconozco. Pero a mí me ha tratado siempre como a un príncipe. Y eso demuestra que es un hombre bondadoso y un benefactor de los animales.

Jacobo contempló a Maurizio, consternado.

—¡No es posible! Tanta imbecilidad no cabe en un solo gato. Quizá en dos o tres juntos, pero no en uno solo. Has estropeado todo, muchacho. Ya no hay nada que hacer. Ahora todo el plan de los animales terminará mal, en una catástrofe. Yo lo veía venir, ¡lo vi venir desde el principio!

—Tú no conoces a mi maestro —maulló ofendido el gato—. De ordinario es totalmente distinto que hoy.

—Contigo, quizá —gritó Jacobo—. Te ha envuelto por completo; en grasa, como cualquiera puede ver.

—¿Por quién te tienes? —bufó Maurizio—. ¿Por qué has de estar tú mejor enterado de todo que yo?

—¿No tienes ojos en la cara? —gritó Jacobo—. Basta que eches una mirada a tu alrededor. ¿Qué crees que es lo que hay ahí?

Y señaló con un ala las estanterías repletas de tarros.

—¿Eso? Es una enfermería —respondió Maurizio—. Me lo ha dicho mi maestro en persona. Trata de curar a los pobres gnomos y elfos. ¿Qué sabes tú de eso?

—¿Que qué sé yo? —Jacobo Osadías estaba cada vez más fuera de sí—. ¿Quieres que te diga qué es? ¡Eso es una prisión, una cámara de tortura! Tu buen maestro es en realidad uno de los seres más abyectos que hay en el mundo. ¡Eso es lo que es! ¡Así están las cosas, mentecato! ¡Oh, un genio, un benefactor! ¡Sí, tos ferina! ¿Sabes cuál es su especialidad? Contaminar el aire, envenenar el agua, hacer enfermar a los hombres y los animales,

destruir los bosques y los campos. En eso es grande tu maestro; en lo demás, nada.

Maurizio estaba tan indignado que casi no podía respirar.

—Re... re... tira inmediatamente lo que acabas de decir, detractor. De lo contrario..., de lo contrario...

Se le erizó tanto la piel que parecía el doble de gordo de lo que ya era.

Pero Jacobo estaba lanzado y ya no podía detenerse.

—¡Ven aquí! —vociferó—, ¡panzudo niño mimado, perezoso saco de bienestar! Tú no sirves para otra cosa que para jugar con ovillos de lana y para estar tumbado en el sofá. Lárgate, lameplatos; si no, haré de ti un paquete y te enviaré a tu casa, junto a tu elegante familia de gatitos zalameros.

Los ojos de Maurizio comenzaron a brillar con un fulgor salvaje.

—Yo desciendo de una antigua familia noble de caballeros napolitanos. Mis antepasados se remontan hasta Mioderico el Grande. Y no permito que nadie injurie a mi familia. Y mucho menos un truhán advenedizo como tú.

—¡Ah, ya! —chilló Jacobo—. Tus antepasados agotaron todo su cerebro y no pudieron legarte a ti nada de él.

Maurizio encogió las uñas.

—¿Sabes con quién estás hablando, miserable ave de corral? Tienes delante de ti a un gran artista. Yo soy un minnesínger famoso y, antes de perder la voz, he enternecido los corazones más altivos.

El viejo cuervo soltó una carcajada impertinente.

—Estoy seguro de que tú, con tu miniestatura y tu minicerebro, eres un minnesínger. ¡Pero no te pavonees tanto, fatuo escobón!

—Pueblerino iletrado —bufó Maurizio con el mayor desprecio—, ni siquiera sabes qué es un minnesínger. ¡Y tu lenguaje es barriobajero, miserable vagabundo!

—Me importa un pepino —replicó Jacobo—. Yo hablo como me sale del pico, porque tengo uno, y tú no, piojoso barón gatuno...

Y súbitamente, sin que ninguno de los dos supiera exactamente cómo surgió ni quién empezó, formaron juntos un manojo de pelos y plumas que rodaban por el suelo. El gato mordía y arañaba, y el cuervo daba picotazos y clavaba las garras. Pero como el tamaño y las fuerzas de los dos eran

bastante parecidos, ninguno de los dos lograba vencer al otro. Unas veces volaba el cuervo, y el gato lo perseguía; otras veces ocurría lo contrario. De este modo llegaron sin darse cuenta al laboratorio. Jacobo picoteaba con saña la cola de Maurizio, y eso le producía al pequeño gato un dolor insoportable; pero al mismo tiempo Maurizio le había hecho al cuervo una llave que estaba a punto de asfixiarlo.

—Ríndete o eres cuervo muerto —balbució Maurizio.

—Ríndete tú primero —jadeó Jacobo— o te arranco la cola.

Y al fin se soltaron los dos al mismo tiempo y se sentaron frente a frente sin aliento.

El gato intentó, con lágrimas en los ojos, enderezar la cola, que ahora ya no ofrecía un aspecto elegante, sino que había tomado una forma de zigzag. Y el cuervo contemplaba con melancolía las plumas esparcidas por el suelo, que en realidad le eran muy necesarias.

Pero, como suele ocurrir tras estas peleas, los dos se sentían bastante pacíficos y dispuestos a reconciliarse. Jacobo pensaba que no debería haber sido tan rudo con el pequeño gato, y Maurizio meditaba si no habría sido, tal vez, injusto con el desventurado cuervo.

—Perdóname, por favor —maulló.

—Lo siento —graznó Jacobo.

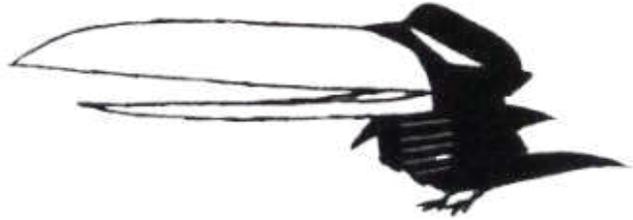
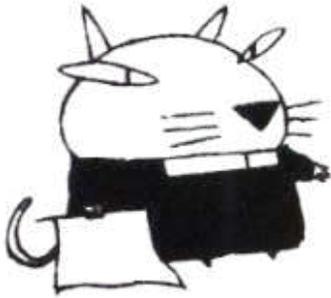
—¿Sabes? —prosiguió Maurizio con voz temblorosa al cabo de un rato—, yo no puedo creer lo que has dicho hace un momento. Porque ¿cómo puede uno tratar tan bien a un gato-artista tan grande como yo y, al mismo tiempo, ser un vulgar truhán? Eso no es posible.

—Sí, sí —respondió Jacobo, gesticulando con energía—. Desgraciadamente, es posible. Lo que pasa es que no te ha tratado bien. Te ha *domesticado* para engañarte. También mi jefa, *madam* Tirania lo ha intentado conmigo. Sin embargo, yo no me he dejado domesticar. Me he limitado a comportarme como si me dejara. Pero ella no se ha dado cuenta. Yo sí la he engañado *a ella*.

Rió ladinamente.

—En todo caso, así he averiguado muchas cosas sobre ella y también sobre tu curioso maestro. Pero ¿dónde estará desde hace tanto tiempo?

Los dos se pusieron a escuchar. Pero no se oía nada. Sólo el viento de la tempestad gemía y silbaba fuera de la casa.





Para llegar a su sótano secreto, fortificado por procedimientos mágicos absolutamente seguros, Sarcasmo tenía que recorrer un verdadero laberinto de pasadizos subterráneos, cada uno de los cuales estaba cerrado con varias puertas mágicas que sólo podían abrirse y cerrarse de forma muy complicada. Era un proceso que exigía mucho tiempo.

Jacobo se acercó a Maurizio y le susurró con voz misteriosa:

—Escúchame atentamente, gatito. Mi *madam* no sólo es la tía de tu maestro, sino que también le paga. Él le proporciona lo que ella le pide, y ella hace grandes negocios con los brebajes venenosos que él prepara. Mi *madam* es una bruja multiplicadineros, ¿entiendes?

—No —respondió Maurizio—. ¿Qué es una bruja multiplicadineros?

—Tampoco yo lo sé muy bien —admitió Jacobo—. Ella sabe hechizar con dinero. Logra de algún modo que el dinero aumente por sí mismo. Cada uno de los dos es perverso por sí solo. Pero cuando se unen una bruja

multiplicadineros y un mago de laboratorio, ¡adiós!, se ciernen las tinieblas sobre el mundo.

De pronto, Maurizio se sintió terriblemente cansado. Aquello era demasiado para él, y comenzó a añorar su camita con dosel.

—Si estás tan enterado de todo —preguntó con voz lastimera—, ¿por qué no te has dirigido a nuestro Consejo Supremo y se lo has comunicado?

—Yo contaba contigo —respondió Jacobo con cierta aspereza—, porque hasta ahora no tengo ninguna prueba de que están confabulados los dos. Entre los hombres, te lo aseguro, el dinero es el punto capital, especialmente en el caso de tu maestro y mi *madam*. Hacen todo por dinero, y con dinero pueden hacer todo. Es el peor instrumento mágico que existe. Pero eso no lo hemos descubierto hasta ahora los animales, porque entre nosotros no hay nada semejante. Yo sólo me enteré de que también en casa de Sarcasmo había uno de nuestros agentes, pero no sabía quién. Bueno, pensé, con la ayuda del colega lograré reunir pruebas. Particularmente, esta noche.

—¿Por qué particularmente esta noche? —quiso saber Maurizio.

Inesperadamente, el cuervo emitió un prolongado graznido, cargado de presagios, que resonó por todas las habitaciones y conmovió hasta los tuétanos al gato.

—¡Perdona! —prosiguió el cuervo en voz baja—. Es nuestra forma de reaccionar cuando se avecina una tormenta. Porque nosotros presentimos esas cosas. Todavía no sé qué se proponen éstos, pero me apuesto mis últimas plumas a que se trata de una inaudita humanada.

—Una... ¿qué?

—Bueno, no se puede decir cerdada, porque los cerdos no hacen nada malo. Por eso he venido volando de noche y en plena tempestad. Mi *madam* no sabe nada de esto. Yo contaba contigo. Pero ahora has puesto a tu maestro al corriente, y hemos perdido la ocasión. ¡Ojalá me hubiera quedado en el nido con mi Amalia!

—Creí que tu esposa se llamaba Clara.

—Ésta es otra —graznó involuntariamente Jacobo—. Pero ahora no se trata de cómo se llama mi esposa, sino de que tú lo has estropeado todo.

Maurizio miró desconcertado al cuervo.

—Me parece que lo ves todo demasiado negro. Eres un pesimista.

—Es cierto —asintió secamente Jacobo Osadías—. Por eso tengo razón casi siempre. ¿Nos apostamos algo?

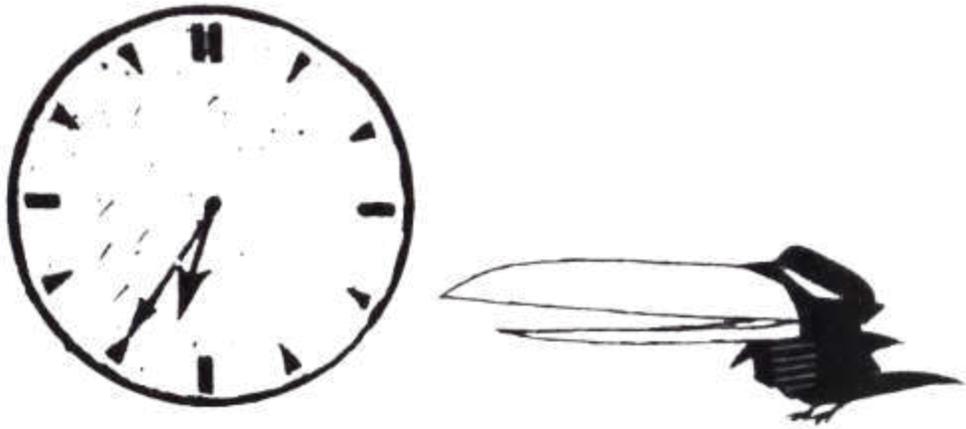
El gato le dirigió una mirada altiva.

—Está bien. ¿Y cuál será la apuesta?

—Si tienes tú la razón, yo me trago un clavo oxidado; si la tengo yo, te lo tragas tú. ¿De acuerdo?

Maurizio procuró mostrarse tranquilo, pero le temblaba un poco la voz cuando contestó:

—¡De acuerdo! Acepto la apuesta.



Jacobo Osadías asintió y comenzó inmediatamente a inspeccionar el laboratorio. Maurizio lo siguió.

—¿Estás buscando ya el clavo?

—No —respondió el cuervo—. Busco un escondite adecuado para nosotros.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que escuchar a los señores sin que se den cuenta.

El gato se detuvo y dijo indignado:

—No. Yo no hago una cosa así. No es propio de mi categoría.

—¿De qué?

—Quiero decir que eso es poco caballeroso. Eso no se hace. A fin de cuentas, yo no soy un cualquiera.

—Yo sí —dijo el cuervo.

—Pero no se debe escuchar furtivamente —afirmó Maurizio—. No está bien.

—Entonces, ¿qué harías tú?

—¿Yo? —meditó Maurizio—. Yo le preguntaría directamente al maestro, cara a cara.

El cuervo miró al gato de soslayo y graznó:

—¡Bravo, señor conde! ¡Cara a cara! Sería una escena digna de verse.

Entretanto habían llegado a un rincón oscuro y se hallaban junto a un contenedor de hojalata que tenía la tapa abierta. Sobre él había esta inscripción: RESIDUOS ESPECIALES.

Los dos animales echaron una ojeada a la inscripción.

—¿Sabes leer? —preguntó Jacobo.

—¿Acaso tú no? —respondió Maurizio con aire de suficiencia.

—No me han enseñado —admitió el cuervo—. ¿Qué dice ahí?

Maurizio no pudo resistir la tentación de dárse las de sabio delante del cuervo.

—Dice RESTOS DE COMIDA, o, ¡ah, no!, dice PRODUCTOS INFLAMABLES, aunque en realidad comienza con una zeta...

En ese instante se oyó entre el fragor de la tempestad un ruido que resonaba como el zumbido de una sirena y se acercaba rápidamente a la casa.

—Es mi *madam* —susurró Jacobo—. Siempre hace ese ruido infernal porque piensa que es de buen tono. Vamos. En ningún sitio estaremos mejor que en el contenedor.

Dio un vuelo y se posó encima de la pared del contenedor. El gato seguía dudando.

Entonces se oyó una voz chillona que salía de la chimenea:

*¡Tratará, tralarí!
La visita ya está aquí.
¿No sabes quién es?
Pues ¡ven y lo ves!*

Al mismo tiempo bajó ululando por el tubo de la chimenea una ráfaga de viento, de suerte que las llamas de fuego verde se inclinaron y el recinto se llenó de densas nubes de humo.

—¡Oh...! —tosió Jacobo Osadías—. Es ella. Rápido, gatito. ¡Apresúrate!

La voz de la chimenea se acercaba cada vez más. Sonaba como si alguien silbara por un tubo muy largo:

*¡Al negocio, al negocio!
¡Sacadle provecho!
Ni descanso ni ocio:
¡al negocio derechos!*

Luego se oyó de pronto un lamento procedente del tubo de la chimenea y una voz murmuró confusamente:

—Un momento..., me parece... que me he quedado enganchada... Bueno... sí... ahora... puedo seguir.

El cuervo comenzó a saltar encima del contenedor y graznó:

—¡Ven de una vez! ¡Vamos! ¡Arriba!

El gato saltó junto a él. El cuervo le dio un empujón con el pico para que se metiera y entró tras él.

En el último instante lograron cerrar la tapa uniendo sus fuerzas.

La estridente voz salida de la chimenea estaba ahora muy cerca:

*¿Qué cuesta el mundo entero?
¡Dinero! ¡Dinero!
Si la bolsa se vacía,
¿qué hacer con la mercancía?
Pero somos millonarios
y cobramos honorarios.*

En ese momento cayó por el tubo de la chimenea una verdadera granizada de monedas. Luego se oyó un golpe seco, se volcó la marmita con la esencia número 92, su contenido hizo que las ascuas chisporrotearan

(así pues, de momento no podía salir al mercado la «Dieta del hombre sano») y Tirania Vampir chilló, sentada sobre las llamaradas:

Vamos, vamos...

¡Aplausos, aplausos!



La gente suele imaginarse a las brujas como mujeres apergaminadas, flacas y viejas que tienen una enorme joroba en la espalda, muchas verrugas con pelos en la cara y un solo diente en la boca. Pero la mayoría de las brujas tienen hoy día un aspecto muy diferente. En cualquier caso, Tirania Vampir era el polo opuesto de todo eso. Es cierto que era relativamente pequeña, al menos en comparación con la estatura de Sarcasmo. En cambio, era increíblemente gorda.

Su vestuario consistía en un traje de noche amarillo azufre, con muchas rayas negras, de modo que parecía una enorme avispa. (De hecho, el amarillo azufre era su color preferido).

Iba cubierta de joyas, e incluso sus dientes eran de oro macizo y estaban empastados con brillantes. Llevaba un anillo en cada uno de sus regordetes dedos y hasta las uñas estaban lacadas en oro. Se cubría la cabeza con un

sombrero que era tan grande como una rueda de coche, y en cuya ala tintineaban centenares de monedas.

Cuando salió de la chimenea y se levantó, parecía una especie de lámpara de pie, pero muy cara.

A diferencia de las brujas de otras épocas, era inmune al fuego, que no le causaba ningún daño. Así que se limitó a apagar con gesto de fastidio las llamas que aún chisporroteaban en su traje de noche.

Su achatado rostro, con grandes ojeras y mejillas flácidas, estaba tan maquillado que parecía un escaparate de cosméticos. Como bolso llevaba debajo del brazo una pequeña caja de caudales con cerradura digital.

—¡Hola! —exclamó, e intentó dar a su estridente voz un tono amable, mientras miraba en todas las direcciones—. ¿Hay alguien aquí? ¡Cucu! ¡Muchachito!

No hubo respuesta.

Tirania Vampir no podía soportar que no se le prestara atención. Sobre todo, en lo que se refería a sus espectaculares apariciones. El hecho de que Sarcasmo no estuviera presente en el momento de su exhibición la irritó ya contra él.

Inmediatamente empezó a husmear entre los papeles de la mesa. Pero no pudo llegar muy lejos, pues pronto oyó unos pasos que se acercaban. Era Sarcasmo, que por fin se daba a ver. Con los brazos abiertos, la bruja corrió al encuentro de su sobrino.

—¡Belcebú! —gorjeó—. ¡Belcebucito! ¡Deja que te vea! ¿Eres tú o no eres tú?

—Soy yo, soy yo, tía Titi —respondió, y contrajo el rostro esbozando una sonrisa amarga.

Tirania trató de abrazarlo; pero, por el volumen de su cuerpo, no lo logró sin gran esfuerzo.

—Eres tú, mi *muy* caro sobrino —graznó—. Desde el principio he pensado que eras tú. No podía ser ningún otro, ¿no es cierto?

Tembló tanto de risa que tintinearón todas las monedas.

Sarcasmo intentó librarse del abrazo y rezongó:

—También yo he supuesto enseguida que eras tú, tía.

Tirania se puso de puntillas para darle un pellizco en la mejilla.

—Espero que mi visita sea para ti una grata sorpresa. ¿O tal vez esperabas que viniera a verte alguna brujita mona?

—En absoluto, tía —replicó huraño Sarcasmo—. Mi trabajo no me deja tiempo para esas cosas. Ya me conoces.

—Claro que te conozco, muchachito. No en vano te he criado y he financiado tu formación. Y por lo que veo, no vives mal en la actualidad, a mi costa.

A Sarcasmo no pareció agradaarle que le recordaran aquello.

—Tampoco tú vives mal a costa mía, según creo —respondió malhumorado.

Tirania se separó de él, dio un paso atrás y preguntó en tono de amenaza:

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Oh, nada! —respondió evasivamente el sobrino—. Tú no has cambiado nada en el medio siglo que ha pasado desde que nos vimos personalmente la última vez, querida tía.

—Tú, en cambio —dijo ella—, has envejecido terriblemente, muchacho.

—¿Ah, sí? —replicó él—. Entonces tengo que decirte que has engordado horriblemente, anciana.

Durante un segundo se miraron los dos muy enojados. Luego dijo Sarcasmo, cambiando de tono:

—En cualquier caso, es maravilloso que los dos seamos los de siempre.

—Al cien por cien —asintió Tirania—. Entre nosotros sigue habiendo la misma armonía que ha habido siempre.



Los animales del contenedor estaban tan apretados el uno contra el otro que cada cual podía percibir los latidos de su compañero.

Apenas se atrevían a respirar.

La conversación entre el mago y la bruja siguió desarrollándose en ese tono insulso. Estaba claro que se acechaban mutuamente y que ninguno se fiaba del otro. Pero al fin se agotaron sus reservas de frases vacías. Entretanto, los dos se habían sentado en sillas y se examinaban con los ojos semicerrados como dos jugadores de *poker* antes de la partida. Un silencio helado llenaba el recinto. En el punto, equidistante de ambos, en que se cruzaban sus miradas, surgió en el aire un grueso témpano que cayó al suelo con gran estrépito.

—Y ahora, a los negocios —dijo Tirania.

El rostro de Sarcasmo era impenetrable.

—Ya me imaginaba que no venías sólo para beber conmigo un ponche cualquiera de San Silvestre.

La bruja se levantó.

—¿Por qué se te ha ocurrido semejante idea?

—Por ese cuervo tuyo, Jacobo Osadías, o como se llame.

—¿Ha estado aquí?

—Claro, lo has enviado tú.

—Yo *no* he hecho tal cosa. Quería que mi visita fuera una sorpresa.

Sarcasmo sonrió sin alegría.

—No le des tanta importancia, querida tía. Así he podido prepararme para tu amable visita.

—¡Ese cuervo se toma demasiadas libertades! —exclamó la bruja.

—La misma impresión tengo yo —respondió Sarcasmo—. Es provocativamente desvergonzado.

La tía asintió.

—Está en mi casa desde hace medio año, y ha tenido desde siempre un carácter rebelde.

El mago y la bruja volvieron a observarse en silencio.

—¿Qué sabe él de ti y de tus negocios? —preguntó finalmente Sarcasmo.

—Absolutamente nada —dijo Tirania—. Lo que ocurre es que es un plebeyo. Por lo demás, nada.

—¿Estás completamente segura?

—No tengo ninguna duda.

Jacobo sonrió en silencio y dijo al gato en voz baja:

—¡Hasta ese punto puede engañarse uno!

—¿Por qué soportas en tu casa a esa impertinente ave de corral? —siguió preguntando Sarcasmo.

—Porque yo sé mucho de él.

—¿Y qué sabes de él?

A la bruja le fulguraron los empastes de brillantes.

—Todo.

—Explícate.

—En realidad es un espía que el Consejo Supremo de los Animales ha enviado a mi casa para que me vigile. Ese bellaco se cree muy listo. Está convencido de que yo no me he dado cuenta de nada.

Jacobo cerró bruscamente el pico.

Maurizio le dio un empujón y susurró:

—¡Hasta ese punto puede engañarse uno, colega!

El mago alzó las cejas y asintió pensativo:

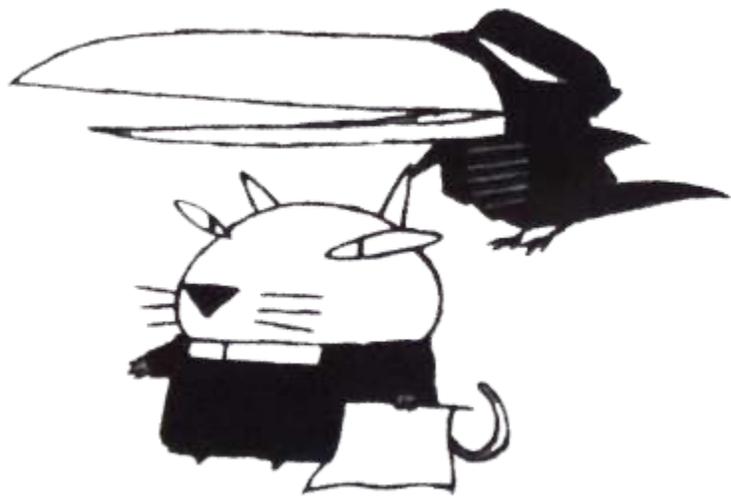
—Ya ves —dijo—. También yo tengo desde hace algún tiempo un espía en casa, un gato totalmente alelado que cree ser un cantante. Es crédulo, glotón y fatuo; en suma, un carácter muy agradable, al menos para mí. Fue juego de niños neutralizarlo desde el principio. Le llené la barriga de comida y de somníferos. Anda siempre medio adormilado, pero está contento y es feliz, el pequeño idiota. A mí me adora.

—¿Y no sospecha nada?

—Confía ciegamente en mí —respondió Sarcasmo—. ¿Sabes qué ha hecho hoy? Me ha confesado todo: por qué está aquí y quién lo ha enviado. Hasta me ha pedido perdón por haberme engañado durante todo el tiempo. ¿Puedes imaginarte un imbécil como ése?

La tensión entre el mago y la bruja estalló en una sonora carcajada. Aunque rieron a dúo, la carcajada no fue precisamente armónica.

En el contenedor, Maurizio no pudo reprimir un suspiro silencioso. Jacobo, que estaba a punto de decir algo sarcástico, lo advirtió y, por delicadeza, se abstuvo de cualquier comentario.





—De todos modos —dijo Tirania, nuevamente seria—, se impone la máxima cautela, amigo. Si nos han enviado espías a casa es porque el Consejo Supremo de los Animales sospecha de nosotros. Sólo me pregunto por culpa de quién, jovenzuelo.

Sarcasmo aguantó la mirada de la tía y replicó:

—¿Y tú me lo preguntas a mí? A lo mejor has sido *tú* un poco imprudente, Titi. ¡Quién sabe lo que puede imaginar el cerebro de un cuervo como ése! Esperemos que ese tipo no contagie a mi estúpido gato y le meta en la cabeza ideas peligrosas.

Tirania echó una ojeada al laboratorio.

—Tendríamos que interrogar a los dos. ¿Dónde están?

—En la habitación del gato —respondió el mago—. Le he ordenado a Maurizio que encerrara allí al cuervo y lo vigilara.

—¿Y cumplirás tus órdenes?

—De eso puedes estar segura.

—Entonces dejemos ese asunto, de momento —decidió la bruja—. Si es preciso, les pediremos cuentas a los dos más tarde. Ahora tengo que discutir contigo algo más urgente.

Sarcasmo volvió a ponerse en guardia inmediatamente.

—¿De qué se trata, querida tía?

—Todavía no me has preguntado *por qué* he venido a verte.

—Pues entonces te lo pregunto ahora.

La bruja se recostó y, durante un rato, observó a su sobrino con expresión adusta. Sarcasmo sabía que la tía le iba a echar uno de sus sermones. Él los odiaba porque tras ellos se ocultaban siempre intenciones distintas. Tamborileó nerviosamente en el respaldo de la silla, miró al techo y silbó.

—Bien, escúchame atentamente, Belcebú Sarcasmo —comenzó la bruja—. En el fondo, todo lo que hoy eres me lo debes a mí. ¿Estás de acuerdo? Cuando tus buenos padres, mi cuñado Asmodeo y mi bella hermana Lilit, perecieron trágicamente en la catástrofe naval que ellos mismos habían provocado, yo te recogí en mi casa y te crié. Me ocupé de que no te faltara nada. Yo misma te enseñé los rudimentos del rentable arte de torturar a los animales cuando aún estabas en la tierna edad infantil. Más tarde te envié a las escuelas más diabólicas, al Instituto de Sodoma y Gomorra y al Colegio Ahrimán. Pero tú fuiste siempre un tipo difícil de educar, muchachito. Cuando todavía estudiabas en la Universidad de Técnicas Mágicas de Hediondburgo, tuve que encubrir tus arbitrariedades y ocultar tu incapacidad, porque los dos somos los últimos miembros de nuestra familia. Todo esto me costó una buena suma de dinero, como bien sabes. Tus buenas notas en Diabólica Superior me las debes también a mí porque, como presidenta de la Sociedad Internacional de Níquel Corrosivo, hice valer mis influencias. Yo me ocupé de que te admitieran en la Academia de Negras Artes, y yo te introduje en los Círculos Abismales, donde pudiste conocer personalmente al que es protector tuyo y patrón de tu nombre. En suma, creo que estás tan en deuda conmigo como para no desoír una pequeña petición mía, cuyo cumplimiento no va a costarte absolutamente nada.

Sarcasmo tenía el rostro contraído. Cuando ella le hablaba así, casi siempre quería engañarlo de alguna manera.

—¿Que no me va a costar absolutamente nada? —preguntó pausadamente—. ¡Me gustaría estar seguro!

—Está bien —dijo la bruja—. Casi no vale la pena hablar de ello. Entre las cosas que te legó tu abuelo Belial Sarcasmo figura, si mal no recuerdo, un antiquísimo pergamino de unos dos metros y medio de longitud.

Sarcasmo asintió vacilante:

—Está en algún rincón de mi almacén. Tendría que buscarlo. Lo arrojé allí porque no sirve para nada. Al parecer, originariamente era mucho más largo. Pero el abuelito Belial lo rasgó en dos trozos en uno de sus célebres ataques de rabia. Malvado como era, a mí sólo me dejó la segunda mitad. La otra nadie sabe dónde se encuentra. Probablemente se trata de alguna receta que, desgraciadamente, no tiene ningún valor, ni siquiera para ti, querida tía.

—¡Exactamente! —dijo Tirania, y sonrió como si su dentadura fuera de azúcar cande—. Y puesto que tú, como es de suponer, seguirás teniendo en el futuro interés por mi financiación, podrías regalarme ese trozo de pergamino, que en realidad carece de valor.

El súbito interés de la tía por ese legado puso en alerta al mago.

—¿Regalar? —dijo escupiendo literalmente la palabra, como si se tratara de algo nauseabundo—. Yo no regalo nada. ¿Quién me hace regalos a mí?

Tirania suspiró.

—Está bien. Me lo suponía. Espera un momento.

Comenzó a manosear con sus uñas doradas la cerradura digital de su bolso-caja de caudales. Y mientras lo hacía, recitó mecánicamente:

*¡Oh, Mammón, príncipe del mundo entero,
tú nos das poder sobre hombres y cosas!
De cero sacas a espuestas el dinero
y con dinero todo es agua de rosas.*

Luego abrió de un tirón la pequeña puerta blindada, sacó un grueso fajo de billetes y se lo mostró a Sarcasmo.



—¡Mira! —dijo—. Quizá esto te convenza de que, una vez más, yo no busco otra cosa que tu bien. Mil, dos mil, tres, cuatro, ¿cuánto quieres?

Sarcasmo sonrió como una calavera. La anciana tía acababa de cometer un error capital. El mago sabía que la bruja tenía el poder de producir tanto dinero como quisiera —especialidad nigromántica que él no dominaba porque era de otra rama—, pero también sabía que Tirania era la avaricia en persona y jamás daba un solo céntimo sin algún motivo. Si ahora le ofrecía una suma tan grande, debía de ser *muy importante* para ella aquel trozo de pergamino.

—Querida tía Titi —dijo, aparentemente tranquilo—, tengo la impresión de que me ocultas algo. Y no estaría bien.

—¡No tolero que me digas eso! —replicó la bruja, indignada—. Así no podemos hacer negocios en común.

Se levantó, se acercó a la chimenea e hizo como si contemplara ofendida las llamas.

—Eh, garito —musitó Jacobo a su compañero de fatigas—, no te duermas precisamente ahora.

Maurizio se estremeció.

—¡Perdón! —dijo quedamente—. Es por los somníferos... ¿Podrías darme un pellizco fuerte?

Jacobo lo hizo.

—¡Otro más fuerte!

Jacobo lo pellizcó con tanta fuerza que Maurizio estuvo a punto de maullar, pero se contuvo heroicamente.

—Gracias —murmuró con lágrimas en los ojos—. Ahora estoy de nuevo en forma.



—Sabes, Belcebú —comenzó la bruja en tono sentimental—, en tardes como la de hoy recuerdo siempre los viejos tiempos en que todavía estábamos todos juntos: el tío Cerbero y su encantadora esposa Medusa; Pequeño Nerón y su hermana Ghulgia; mi primo Viraso, que siempre me hacía la corte; tus padres y el abuelito Belial, que te tenía sobre sus rodillas. ¿Te acuerdas que durante una merienda quemamos un bosque entero? Fue una época muy divertida.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Sarcasmo, displicente.

—Quiero comprarte ese rollo de pergamino simplemente como un pequeño recuerdo del abuelo Belial. Lo hago por amor a la familia.

—¡No digas tonterías! —replicó él.

—Está bien —dijo la vieja, ahora con su voz habitual, y revolvió de nuevo su bolso-caja de caudales—. ¿Cuánto quieres? Te ofrezco cinco mil más.

Sacó otros fajos de billetes y los tiró delante del mago, esta vez bastante irritada. Ahora había ya un montón considerable, en todo caso mucho más de lo que cabía en su bolso-caja de caudales, relativamente pequeño.

—¿Qué? —preguntó expectante—. Diez mil. Es mi última oferta. Acéptala o no hay trato.

Las arrugas del rostro de Sarcasmo se hicieron más profundas. Contempló la ingente cantidad de dinero a través de los gruesos cristales de sus gafas. Sus manos se movieron convulsivamente hacia los billetes; pero las detuvo. En su desesperada situación, el dinero no podía servirle de nada. Pero cuanto más le ofrecía la bruja, más seguro estaba de que le ofrecía poco. Tenía que descubrir sus intenciones ocultas.

Probó con la táctica del golpe de mano y, por así decir, lanzó un disparo al bulto.

—Vamos, vamos, muchachita —dijo con la mayor tranquilidad posible—. Yo sé que *tú* tienes la primera parte del rollo.

A la tía se le cambió el color de la cara, por debajo del grueso maquillaje.

—¿Cómo..., digo..., por qué...? Eso no es más que una sucia treta tuya. Sarcasmo sonrió triunfante.

—Bueno, cada uno de nosotros tiene sus pequeños medios de información.

Tirania tragó saliva y luego admitió en voz baja:

—Está bien. Puesto que estás enterado... Yo sabía desde hace tiempo quién había heredado la primera parte: tu prima en tercer grado, la estrella de cine Megara Momia, de Hollywood. Por su lujoso estilo de vida, necesitaba siempre ingentes sumas de dinero; por eso pude comprarle el pergamino, aunque me costó una fortuna.

—¡Vaya! —dijo Sarcasmo—. Ahora ya se va aclarando el asunto. De todos modos, me temo que te han timado a fondo. Lo que viene de esa región rara vez es auténtico.

—¿Qué quieres decir?

—Que muy probablemente no es el original, sino alguna de esas imitaciones comunes.

—Es el original. Estoy absolutamente segura.

—¿Se lo has mostrado a algún experto? Déjame examinarlo.

La mirada del brujo reflejaba una actitud expectante.

Frunciendo la boca, la tía replicó:

—Enséñame el tuyo, y luego te enseño yo el mío.

—¡Bah! ¿Sabes? —respondió Sarcasmo con gesto de desinterés—. En el fondo, a mí me es indiferente. Quédate con tu parte y yo me quedo con la mía.

Estas palabras surtieron efecto.

La tía se quitó de la cabeza su gigantesco sombrero y comenzó a sacar del interior de la enorme ala un largo rollo de pergamino. ¡Para eso se había cubierto la cabeza con una pabela tan estafalaria! Además, ahora se podía ver que sólo le quedaban algunos mechones teñidos de rojo chillón que, en la parte superior del cráneo, estaban enroscados en un raquítrico moño con forma de cebolla.

—Es *el* original —dijo, nuevamente irritada, y le tendió al sobrino el extremo rasgado.

Sarcasmo se inclinó, se ajustó las gafas y, por las peculiaridades de la letra y por otras características, advirtió inmediatamente que su tía tenía razón.

Sarcasmo intentó cogerlo, pero la tía se lo quitó.

—¡Las manos quietas, muchacho! Ya es suficiente.

—¡Hummm! —murmuró Sarcasmo, y se frotó la barbilla—. Parece que es realmente la primera parte de la receta. Pero ¿para qué es la receta?

Tirania se movió inquieta en su silla.

—No te entiendo, Belcebú. ¿Por qué haces tantas preguntas? A fin de cuentas, diez mil táleros no son una bagatela. ¿O pretendes elevar el precio, viejo estafador? Bien, ¿cuánto? Dilo de una vez.

Y la bruja comenzó a sacar de su bolsito-caja de caudales más fajos de billetes.

A Sarcasmo le sudaba la calva.

—Me pregunto —murmuró— quién estafa aquí a quién, querida tía. Así que habla de una vez. ¿Qué clase de receta es ésa?

Tirania cerró sus puños, pequeños y regordetes.

—¡Oh, al viernes negro tu curiosidad! Es sencillamente una antigua receta de un ponche. Me apetece tomarlo esta noche porque, al parecer, es exquisito. Los buenos degustadores somos así: pagamos cualquier suma por esos placeres especiales.

—No es cierto, tía —replicó Sarcasmo moviendo la cabeza—. Los dos sabemos que, al menos desde hace cien años, has perdido el sentido del gusto. No puedes distinguir el zumo de frambuesa del ácido sulfúrico. ¿A quién pretendes ocultar algo?

Tirania se levantó temblando de ira y caminó a grandes zancadas por el laboratorio. Durante la conversación había estado cada vez más inquieta y, en varias ocasiones, había mirado disimuladamente al reloj.



—Está bien —le gritó súbitamente—. Te lo diré, maldito calavera dura. Pero antes tienes que jurar por el Tenebroso Banco-Palacio de Plutón que luego me venderás tu parte del rollo de pergamino.

El mago rezongó algo e hizo un ambiguo movimiento de cabeza que podía interpretarse como un asentimiento.

La bruja acercó su silla a la de su sobrino, se sentó jadeando y dijo con voz apagada:

—Ahora escúchame: se trata de la receta para el fabuloso ponche genialcoholosatanarquiarqueologicavernoso de los deseos. Es uno de los más antiguos y poderosos hechizos negros del universo. Sólo funciona la noche de San Silvestre, porque entonces el deseo tiene una virtud muy especial. Hoy nos encontramos precisamente a mitad de las doce noches que hay entre Navidad y Reyes, durante las cuales, como es sabido, andan sueltas todas las fuerzas de las tinieblas. Por cada vaso de esta bebida

mágica que uno toma de un trago se le cumple un deseo, si lo formula en voz alta.

Explicación de la palabra
GENIALCOHOLOROSATANA
RQUIARQUEOLOGICAVERN
OSO

Ésta es una de esas palabras que se usan mucho en los libros de magia y a las que se da el nombre de *palabras-catalejo*, quizá porque pueden estirarse y encogerse como aquellos viejos anteojos de latón que recibían el nombre de catalejos.

Hay palabras-catalejo que ocupan varias líneas, o incluso una página entera. En casos muy especiales forman todo un capítulo. Al parecer, hubo un libro que constaba de una única palabra gigante de este tipo.

Los magos y las brujas creen que las palabras-catalejo gozan de una eficacia especial. Las normas a que debe ajustarse su formación son sencillas. Su creación, en cambio, es muy difícil. De hecho, las letras iniciales o finales de una palabra pueden superponerse a las letras

finales o iniciales de otra palabra. Así pues, las palabras centrales de una palabra-catalejo larga tienen que encajar tanto en la anterior como en la siguiente.

En el caso presente se trata de los siguientes componentes básicos:

1. 1. Genial
2. 2. Alcohol
3. 3. Oloroso
4. 4. Satán
5. 5. Anarquía
6. 6. Arqueológico
7. 7. Cavernoso

Con ellos se forman seis palabras-catalejo «sencillas» (con una sola articulación):

1. 1. Geni alcohólico
2. 2. Alcoholoroso
3. 3. Olorosatánico
4. 4. Satanárquico
5. 5. Anarquiarqueológico
6. 6. Arqueologicavernoso

De ellas resultan cinco palabras-catalejo «dobles» (con dos articulaciones cada una):

1. 1. Genialcoholoroso
2. 2. Alcoholorosatánico
3. 3. Olorosatanárquico
4. 4. Satanarquiarqueológico

5. 5.

Anarquiarqueologicavernoso

Con ellas se forman a su vez cuatro palabras-catalejo «triples» (con tres articulaciones cada una):

1. 1. Genialcoholosatónico
2. 2. Alcoholosatanárquico
3. 3. Olorosatanarquiarqueológico
4. 4. Satanarquiarqueologicavernoso

De ellas resultan nuevamente tres palabras-catalejo «doblemente-dobles» (con cuatro articulaciones cada una):

1. 1. Geni
ALCOHOLOROSATANÁR
QUICO
2. 2. Alcoholosatanarquiarqueológico
3. 3. Olorosatanarquiarqueologicavernoso

De ellas se derivan estas dos palabras-catalejo «quíntuples» (con cinco articulaciones cada una):

1. 1. GENIALCOHOLOROSATANARQUIARQUEOLÓGICO

2. 2.Alcoholorosatanarquiarque
ologicavernoso

Y finalmente la última palabra-
catalejo «doblemente-triple»
(con seis articulaciones):

1. Genialcoholorosatanarquiarq
ueologicavernoso

Sarcasmo había escuchado la explicación de la tía con los ojos extraviados. Su cerebro estaba trabajando. Súbitamente preguntó con gran excitación:

—Por el Giga-Gamma-Super-Gao, ¿cómo puedes estar segura de eso?

—El modo de empleo se halla al comienzo de la receta, en la parte del pergamino que tengo yo.

Por el cerebro del mago cruzaban como relámpagos mil pensamientos distintos. De pronto había descubierto que ese ponche de los deseos le permitiría subsanar en un abrir y cerrar de ojos todas sus omisiones en materia de maldades. Lo que tan repentina e inesperadamente estaba a su alcance era su salvación. Aún podía darle un chasco al alguacil infernal. Pero, naturalmente, tenía que conseguir ser el dueño exclusivo de aquella fabulosa bebida. En ningún caso le daría ahora a la tía su parte del pergamino, por mucho que le ofreciera a cambio. Al contrario, tenía que hacerse con la parte de la bruja a cualquier precio, aunque tuviera que quitarle la vida o enviarla a una galaxia lejana mediante un conjuro. Pero eso no era tan fácil de hacer como de imaginar. Él conocía demasiado bien los poderes de la bruja y tenía poderosas razones para guardarse de ella.

Para que no se notara que le temblaban las manos, se levantó y deambuló con los brazos cruzados a la espalda. Cuando llegó al contenedor con la inscripción RESIDUOS ESPECIALES se detuvo, absorto en sus pensamientos, tamborileó en la tapa con las uñas de los dedos el ritmo de la canción infernal de moda y canturreó:

*«Calma, sangre, calma», cantó Drácula
cuando vio a la señorita Rosa...*

Dentro del contenedor, el cuervo y el gato se acurrucaron, se abrazaron el uno al otro y contuvieron el aliento. Habían escuchado, palabra por palabra, toda la conversación.



De repente, Sarcasmo dio media vuelta y dijo:

—Me temo, Titi, que no vamos a sacar nada en claro, aunque lo siento por ti. Te has olvidado de un detalle o, más exactamente, de dos: del gato y del cuervo. Ellos querrán estar presentes. Y como tienes que formular tus deseos en voz alta, se enterarán de todo. Y entonces se te echará encima el Consejo Supremo de los Animales. Si los encerramos a los dos o los expulsamos de casa, también seremos sospechosos. Sería un irresponsable si te diera mi parte de la receta. No puedo permitir que te expongas a semejante peligro, querida tía.

Tirania sonrió, y sus dientes de oro volvieron a brillar.

—Eres muy amable conmigo, muchachito. Me alegra que te preocupes tanto de mí. Pero estás muy equivocado. ¡El gato y el cuervo *tienen* que estar presentes! Y es muy importante tenerlos como testigos. En eso está precisamente la gracia del asunto.

El mago preguntó:

—¿Cómo es eso?

—A fin de cuentas —explicó la bruja— no se trata de una pócima cualquiera. El ponche genialcoholosatanarquiarqueologicavemoso tiene una propiedad que es ideal. Transforma en lo *contrario* lo que uno desea. Desea uno salud, y surge una epidemia; habla uno de bienestar general, y en realidad provoca la miseria; habla uno de paz, y el resultado es la guerra. ¿Has comprendido ya que se trata de una poción maravillosa?

Tirania sonrió de placer y prosiguió:

—Ya sabes cuánto me gustan los actos benéficos. Son mi pasión. Pues bien, hoy voy a organizar una fiesta, ¿qué digo?, ¡una *orgía* benéfica!

Los ojos de Sarcasmo comenzaron a brillar tras los gruesos cristales de sus gafas.

—¡Por el estroncio radiactivo! —exclamó—. Y los espías serán los testigos de que sólo hemos hecho obras buenas, actos de caridad en favor del pobre mundo doliente.

—Será una velada de San Silvestre —gorjeó Tirania— como la vengo imaginando desde que aprendí el abecé de las brujas multiplicadineros.

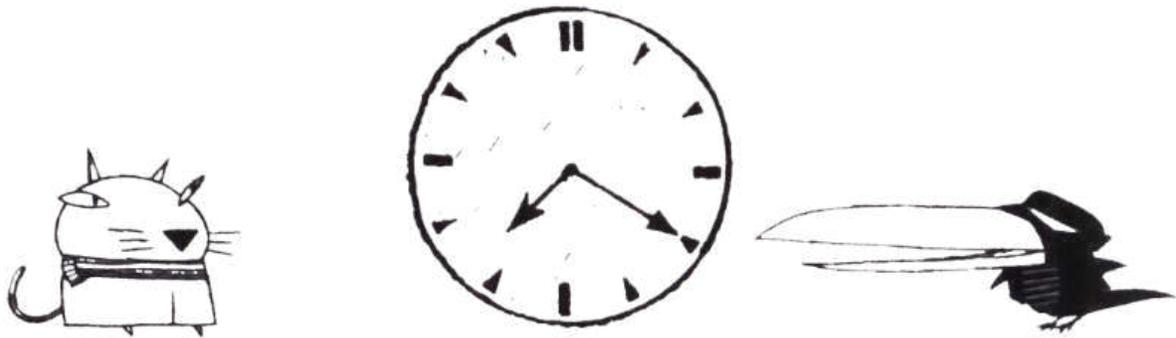
El sobrino la interrumpió con voz ronca:

—El mundo recordará durante siglos esta noche, la noche en que estalló la gran catástrofe.

—Y nadie sabrá —chilló ella— cuál fue el origen de la hecatombe.

—No, nadie —jaleó él—. Pues nosotros dos, tú, Titi, y yo, estamos aquí, limpios como corderos inocentes.

Se abrazaron y comenzaron a bailar. Todos los tarros y marmitas del recinto empezaron a tocar una chirriante y desentonada danza de la muerte con aire de vals, los muebles golpearon el suelo con las patas, el fuego verde de la chimenea llameó rítmicamente y el tiburón disecado de la pared siguió el ritmo abriendo y cerrando su impresionante dentadura.



—¡Eh, gatito! —musitó Jacobo—. No me encuentro bien. Se me va la cabeza.

—A mí me pasa lo mismo —respondió Maurizio, también en voz baja—. Es por esa música. Porque los músicos tenemos un oído muy sensible.

—Los gatos, quizá —dijo Jacobo—. Pero a nosotros no nos afecta nada la música.

—Quizá es también por los somníferos —conjeturó el gato.

—En tu caso, tal vez; pero en el mío no —precisó el cuervo.

—¿Estás completamente seguro de que has leído bien lo que hay escrito en el contenedor?

—¿Por qué? —preguntó con miedo Maurizio.

—Quizá es venenoso el producto en que nos encontramos.

—¿Qué? ¿Crees que estamos ya contaminados?

El gato estaba tan asustado que quiso saltar inmediatamente del contenedor.

—¡Alto! ¡Ahora no! Tenemos que esperar hasta que se marchen los dos. De lo contrario, ¡se acabó!

—¿Y si no se marchan?

—Entonces —rezongó sombríamente el cuervo—, tendremos un mal *endesnlace*.

—¡Perdóname! —suspiró compungido el gato.

—¿Qué tengo que perdonarte?

—No sé leer.

Hubo un largo silencio. Luego, el cuervo graznó:

—¡Ojalá me hubiera quedado en el nido con Támara!

—¿Es otra más? —preguntó Maurizio.

Pero el cuervo no contestó.



El mago y la bruja se habían dejado caer en sus sillas e intentaban recobrar el aliento. De cuando en cuando se le escapaba a uno de los dos una sonrisa maligna. Sarcasmo limpió las gafas, que tenían los cristales empañados, con la manga de la bata. Tirania se secó el sudor del labio superior con un pañuelito, procurando conservar intacto el maquillaje.

—¡Ah, muchachito! —dijo como de pasada—. Tú has hablado varias veces de «nos» y de «nosotros». Pero entendámonos bien: yo necesito tu parte del pergamino y tu ayuda de experto; pero ya te las he pagado bien, ¿no es cierto? Naturalmente, sólo yo beberé y formularé deseos. Llegado ese momento, tú te mantendrás al margen.

—Te equivocas, querida tía —respondió Sarcasmo—. Tú no conseguirías otra cosa que achisparte e incluso ponerte enferma. Ten en cuenta que ya no eres una jovencita. Déjame tranquilamente eso a mí. Tú

puedes decirme los deseos que debo formular para ti. Sin esta condición, no colaboro.

Tirania se enfureció.

—¿He oído bien? —gritó—. ¡Has jurado por el Tenebroso Banco-Palacio de Plutón venderme tu parte!

Sarcasmo se frotó las manos.

—¿Sí? No lo recuerdo.

—¡Por amor del diablo, muchachito! —jadeó ella—. ¡No pensarás violar un juramento como ése!

—Yo no he jurado nada —respondió él sonriendo sarcásticamente—. Habrás oído mal.

—¿Adónde ha ido a parar nuestro antiguo sentido de la familia? —dijo, y se tapó la cara con las manos cubiertas de anillos—. ¡Ni siquiera una tía anciana y candorosa se puede fiar de su sobrino preferido!

—Por favor, Titi —dijo él—, no comiences otra vez con esas bobadas.

Durante un rato se miraron los dos con ojos hostiles.

—Si no cambias de actitud —dijo al fin la bruja—, estaremos sentados aquí hasta el próximo año.



Miró otra vez al reloj, y era evidente que le costaba dominarse. Le temblaban las mejillas, y su doble papada vibraba.

Sarcasmo saboreaba secretamente la situación, pese a que sus perspectivas no eran mucho mejores. Había dependido durante tantos y tan largos años de la bruja, y ella se lo había hecho sentir tan claramente, que ahora le causaba verdadero placer tenerla, al fin, una vez en sus manos.

Le hubiera gustado prolongar más aquel juego, pero también para él faltaban pocas horas hasta la medianoche.

—El próximo año —murmuró un poco ausente— va a empezar enseguida.

—Exactamente —saltó Tirania—. ¿Sabes lo que ocurrirá entonces, imbécil? El ponche de los deseos pierde su poder de inversión al primer toque de las campanas de San Silvestre.

—Estás exagerando, como de costumbre, Titi —afirmó Sarcasmo, un tanto inseguro—. Yo odio las campanadas porque me ponen los pelos de punta. Pero no pretenderás convencerme de que un solo toque de campana puede destruir todo el poder mágico infernal de una poción tan eficaz.

—El poder mágico, no; pero sí el *poder de inversión*, ¡y eso es mucho peor! Entonces, la mentira se transforma en verdad, ¿entiendes? Entonces se cumple literalmente todo lo que se ha formulado.

—Un momento —dijo irritado el mago—. ¿Qué significa eso?

—Eso significa que el ponche debe estar preparado antes de la medianoche, y cuanto antes mejor. Porque yo tengo que beberme hasta la última gota y formular todos mis deseos antes de que suene el primer toque de las campanadas de Año Nuevo. Si queda algún resto, por pequeño que sea, se irá todo a pique. Imagínate lo que pasaría en ese caso: todos mis deseos, aparentemente buenos, incluidos los que he expresado antes, no se transformarían en lo contrario, sino que se cumplirían al pie de la letra.

—¡Horrible! —gimió Sarcasmo—. ¡Espantoso! ¡Aterrador! ¡Monstruoso!

—Así es —corroboró la tía—. Pero si nos apresuramos, saldrá todo bien.

—¿Bien? —preguntó Sarcasmo, perplejo.

—Quiero decir mal, naturalmente —lo tranquilizó ella—. Bien para nosotros, pero mal en realidad. Todo lo mal que podemos desear.

—¡Maravilloso! —exclamó Sarcasmo—. ¡Grandioso! ¡Fabuloso! ¡Embriagador!

—¡Tú lo has dicho, muchacho! —respondió Tirania, e intentó animarlo dándole unas palmadas en la rodilla—. Así que da el paso de una vez.

Al ver que su sobrino seguía observándola indeciso, sacó otra vez de su bolso-caja de caudales fajos y fajos de billetes y los amontonó delante de él.

—A ver si esto sirve para poner en movimiento tu entumecido cerebro. Aquí tienes veinte mil, cincuenta, ochenta, cien mil. Pero ésta es realmente mi última palabra. ¡Ve de una vez, y tráeme tu parte del rollo! ¡Rápido! ¡Corre! Si no, cambiaré de opinión.

Pero Sarcasmo no se movió.

Temía que las amenazas de la tía fueran en serio y sabía que con este último envite se jugaba todo, pero tenía que arriesgarse.

Con el rostro petrificado, dijo:

—Quédate con tu dinero, tía Titi. No me interesa.

La bruja perdió los nervios. Jadeante, le tiró a la cara nuevos fajos de billetes y gritó fuera de sí:

—¡Toma, toma, toma...! ¿Qué más puedo ofrecerte? ¿Cuánto pides, hiena? ¿Un millón? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Diez?

Metió las dos manos en la montaña de billetes y comenzó a tirarlos al aire como una loca, con lo que pareció que caían por el laboratorio un montón de copos de nieve.

Finalmente se dejó caer, agotada, en una silla y jadeó:

—¿Qué te ha pasado, Belcebucito? Antes eras venal y avaricioso, un muchacho simpático y sumiso. ¿Por qué has cambiado tanto?

—No hay nada que hacer —repuso él—. O me das tu parte del pergamino o me dices claramente por qué te interesa tanto la mía.

—¿A quién? ¿A mí? —preguntó la bruja en voz baja y en un último intento de hacerse la tonta—. ¿Por qué dices eso? ¿Qué interés puedo tener yo en semejante cosa? Se trata sólo de una broma de San Silvestre.

—Eso —dijo fríamente Sarcasmo— ni siquiera me hace reír. Nuestro sentido del humor es muy diferente, querida tía. Será mejor que olvidemos el asunto. Así pues, pasemos la hoja. ¿Te apetece tomar una infusión de cicuta?

Pero, en vez de agradecer el ofrecimiento, Tirania cayó en un ataque de ira. Palideció bajo su maquillaje amarillo azufre, lanzó un grito inarticulado que resonó como la señal de una boya silbante, se levantó de un salto y comenzó a dar pataletas como un niño enrabiado.

Pero ya se sabe que, tratándose de brujas y magos, tales ataques tienen consecuencias completamente distintas que en el caso de los niños enrabiados.

Con un crujido estruendoso, se reventó el suelo del piso; de la grieta brotaron llamas y humo. Y un gigantesco camello rojo sacó la cabeza, que se asentaba sobre un cuello en forma de serpiente, abrió la boca y lanzó al Consejero Secreto un rugido ensordecedor.

Pero el mago no se dejó impresionar por eso.

—Por favor, tía —dijo con gesto cansado—. Me estás destrozando el pavimento, ¡y el tímpano!

Tirania le indicó al camello que desapareciera, el suelo del piso se cerró sin que quedara ninguna huella, y la bruja dejó perplejo al mago con algo inesperado:

Lloró.

Es decir, hizo como si llorara, porque, naturalmente, las brujas no pueden derramar verdaderas lágrimas. De todos modos, arrugó el rostro como un limón reseco, se secó los ojos con el pañuelito y gimió:

—¡Oh, muchachito, joven perverso y cruel! ¿Por qué tienes que enojarme siempre de esta manera? Ya sabes que soy muy temperamental.

Sarcasmo la contempló con gesto de fastidio.

—Penoso —se limitó a decir—, realmente penoso. —La bruja fingió un par de sollozos por si surtían efecto, pero luego renunció a seguir haciendo el número y declaró con voz quebrada:

—Está bien. Si te lo digo, me tienes totalmente en tus manos. Y, naturalmente, te aprovecharás sin pudor de la situación, ¡te conozco bien! Pero qué voy a hacer. De todos modos, estoy perdida. Hoy ha estado en mi casa un funcionario infernal, un tal Maledictus Oruga, por encargo de mi protector Mammón, ministro de Finanzas Infernales. Me ha comunicado que esta misma noche, al finalizar el año, seré secuestrada personalmente. ¡Y tú eres el único culpable de esto, Belcebú Sarcasmo! Por ser diente tuya, estoy en un gravísimo aprieto. Porque *tú* nunca has cumplido a tiempo, yo me he retrasado en mis negocios y no he podido hacer tantas maldades como debía, según mi contrato. Por eso me piden cuentas los Círculos Abismales. ¡Me hacen a mí responsable de eso! ¡Ésa es mi recompensa por haber financiado a un sobrino incompetente y perezoso, dejándome llevar por el apego a la familia! Si tienes un ápice de conciencia de culpabilidad, dame inmediatamente tu parte de la receta para poder beberme el ponche de los deseos. Es mi única salvación. Si no, te maldeciré con la maldición más terrible que existe: con la maldición de una tía rica soltera.

Sarcasmo se había levantado cuan alto y esquelético era. Durante la perorata de Tirania, la punta de su nariz había ido adquiriendo un color cada

vez más verduoso.

—¡Detente! —exclamó, y levantó la mano en ademán de parar un golpe—. Detente y no hagas algo que luego te pesaría. Si es como tú dices, no nos queda otro remedio que hacer causa común. Porque cada uno de nosotros tiene en sus manos al otro. También aquí ha estado ese alguacil infernal, y yo seré secuestrado personalmente a medianoche si no saldo mi deuda en materia de maldades. Navegamos en el mismo barco, querida, y nos salvaremos juntos o juntos nos iremos a pique.

Tirania, que se había levantado mientras hablaba el mago, miró a su sobrino y abrió los brazos.

—¡Muchachito —balbució—, déjame darte un beso!

—Luego, luego —respondió evasivo Sarcasmo—. Ahora tenemos que hacer algo más urgente. Tenemos que proceder inmediatamente y en común a la preparación del fabuloso ponche genialcoholorosatanarquiarqueologicavernoso. Luego lo beberemos alternándonos, un vaso yo, un vaso tú, y formularemos juntos nuestros deseos, primero yo, luego tú, luego otra vez yo...

—No —le interrumpió la tía—. Mejor, primero yo, después tú...

—Podemos echarlo a suertes —propuso él.

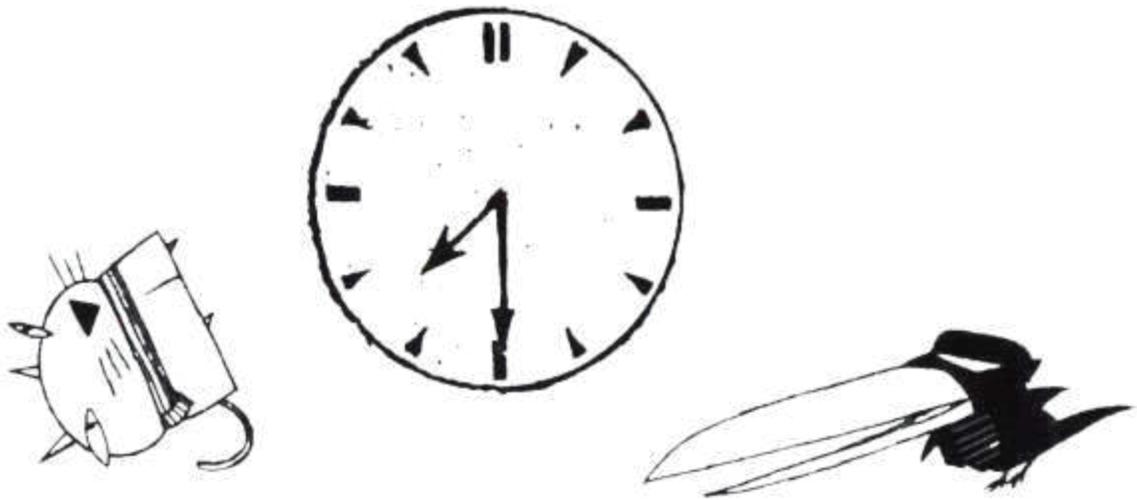
—De acuerdo —respondió ella.

Y los dos pensaban que más tarde podrían encontrar alguna treta para burlar al otro. Y los dos sabían que el otro pensaba eso. No en vano eran de la misma familia.

—Entonces voy a buscar mi parte de la receta —dijo él.

—Te acompaño, muchachito —respondió ella—. Confiar es bueno, pero controlar es mejor, ¿no te parece?

Sarcasmo salió presuroso, y Tirania le siguió con sorprendente agilidad.



En cuanto se extinguieron los pasos de ambos, el gato saltó del contenedor y rodó por el pavimento. Estaba mareado y se sentía mal. El cuervo, que no se encontraba mejor, lo siguió aleteando.

—Bien —graznó—. ¿Has oído todo?

—Sí —dijo Maurizio.

—¿Y has comprendido todo?

—No —respondió Maurizio.

—Pues yo sí —declaró el cuervo—. ¿Y quién ha ganado la apuesta?

—Tú —dijo Maurizio.

—¿Y qué hay del clavo oxidado, colega? ¿Quién tiene que tragárselo?

—Yo —dijo Maurizio. Y un poco atropelladamente añadió—: ¡Qué le vamos a hacer! De todas formas, ¡quiero morirme!

—¡Bobadas! —rezongó Jacobo—. Era una broma. ¡Olvídalo! Lo importante es que te hayas convencido de que yo tenía razón.

—Por eso quiero morir —respondió Maurizio con gesto trágico—. Ningún caballero minnesinger sobrevive a una vergüenza como ésta. Tú no comprendes eso.

—¡Bah! Deja de hablar en ese tono altisonante —dijo Jacobo, irritado—. Para morir no te faltará tiempo. Ahora tenemos algo más importante que hacer.

Y recorrió el laboratorio saltando sobre sus débiles patas.

—Tienes razón. Lo aplazaré un poco —afirmó Maurizio—, porque primero quiero decirle lo que pienso a ese infame sin escrúpulos al que antes llamaba maestro. Le escupiré mi desprecio a la cara. Tiene que enterarse de...

—No harás nada —cacareó Jacobo—. ¿O es que quieres echar todo a rodar otra vez?

Los ojos de Maurizio brillaban furiosamente resueltos.

—Yo no le temo. Tengo que mostrarle mi indignación. De lo contrario, ni yo mismo podría mirarme a la cara. Debe saber qué opina de él Maurizio di Mauro.

—Sí, claro —dijo secamente Jacobo—. Eso le importará mucho. ¡Ahora, haz el favor de escucharme de una vez, fatuo tenor dramático! Esos dos no deben advertir que sabemos qué se proponen.

—¿Por qué no? —preguntó el gato.

—Porque mientras no sepan que lo sabemos, tendremos alguna posibilidad de impedir todo. ¿Entiendes?

—¿Impedir? ¿Cómo?

—Por ejemplo, con... ¡Uf, no lo sé todavía! Tendríamos que planear algo para que no terminen a tiempo su ponche mágico. Podemos hacernos el loco y tirar el recipiente en que tienen el brebaje o..., bueno, ya se nos ocurrirá algo. Tenemos que estar en guardia.

—¿Estar en qué?

—No entiendes nada, muchacho. Tenemos que estar muy atentos, ¿comprendes? Hemos de observar cuidadosamente todo lo que hacen. Por eso es preciso que ellos no adviertan que nos hemos enterado de todo. Ésta es nuestra única ventaja, colega. ¿Tienes ya clara la dirección del vuelo?

Voló y se posó sobre la mesa.

—¡Ah! —dijo Maurizio—. Eso significa que el futuro del mundo está ahora en nuestras zarpas.

—Más o menos —respondió el cuervo mientras revolvía con las patas los papeles de la mesa—. Pero yo no diría zarpas.

Maurizio se engalló y murmuró como quien habla consigo mismo:

—¡Oh, una gran proeza!... El destino me llama... Un noble caballero como yo no se arredra ante el peligro...

Trataba de recordar cómo seguía la famosa *Aria de los gatos*, cuando Jacobo graznó súbitamente:

—¡Oye, ven aquí!

Había descubierto el pergamino de Tirania, que seguía encima de la mesa, y lo examinó primero con un ojo y luego con el otro.

El gato se colocó a su lado de un salto.

—¡Mira, mira! —susurró el cuervo—. Si lo arrojáramos al fuego, se acabaría toda esta historia del ponche mágico. Tu mismo maestro ha dicho que con la segunda parte sólo no puede conseguir nada.

—¡Lo sabía! —exclamó Maurizio—. Estaba seguro de que se nos ocurriría una idea fabulosa. ¡Rápido! ¡Al fuego con él! Y cuando los dos truhanes lo estén buscando, nos presentamos nosotros y les decimos...

—Que ha sido el viento —lo interrumpió Jacobo—. Les diremos eso si no nos queda otra salida. O, mejor, que no sabemos nada de nada. ¿Crees que estoy dispuesto a dejar que esos dos acaben conmigo retorciéndome el pescuezo?

—Eres un plebeyo —afirmó Maurizio, decepcionado—. No tienes ningún sentido de la grandeza.

—Es cierto —asintió Jacobo—. Por eso estoy aún vivo. Ven. Échame una mano.

Cuando los dos iban a ponerse manos a la obra, la serpiente de pergamino se desenrolló súbitamente por sí misma y su parte delantera se irguió como una cobra gigantesca danzando ante el encantador.

A los dos héroes se les heló inmediatamente la sangre, al uno debajo de las plumas, al otro debajo del pellejo. Se abrazaron y contemplaron el final del pergamino, que, balanceándose, parecía mirarlos amenazadoramente desde arriba.

—¿Morderá? —musitó Maurizio temblando.

—Ni idea —respondió Jacobo, y castañeteó levemente.

Antes de que comprendieran lo que ocurría, el rollo de pergamino se enroscó alrededor de ellos en un movimiento fulminante y los fue envolviendo cada vez más, hasta que se asemejaron a un paquete desde cuya parte superior miraban atónitas una cabeza de gato y una cabeza de cuervo. Los dos estaban inmovilizados y apenas podían respirar. La envoltura se iba apretando más y más.

El gato y el cuervo luchaban con todas sus débiles fuerzas, pero el pergamino no se rasgaba.

—¡Ay! ¡Oh! ¡Uf! —era lo único que lograban proferir.

De pronto, resonó la voz ronca de Sarcasmo:

*¡Espíritu maligno!
¡Fantasma enmascarado,
a la orden del maestro,
retrocede presto!*

En ese mismo momento, la serpiente de pergamino se desenroscó, dio algunos respingos y quedó tendida, inerte como una larga tira escrita.



—Mis más rendidas gracias, excelencia —jadeó Jacobo—. ¡Ha faltado poco!

Maurizio ni siquiera pudo hablar, primero porque le dolían todos los huesos, pero también porque lo dejó sin habla el hecho de que les hubiera salvado la vida precisamente Sarcasmo, del que quería vengarse con su más profundo desprecio. Su corto entendimiento era incapaz de afrontar semejantes complicaciones.

Entonces apareció Tirania detrás del mago.

—¡Por todos los tributos! —exclamó—. Pobrecitos, ¿os habéis hecho daño?

Le acarició la cabeza al cuervo.

También el mago le pasó al gato la mano por el lomo y le dijo en tono bondadoso:

—Escucha. Lo que hay aquí no son juguetes. En realidad, tú deberías saberlo, Maurizio di Mauro. No podéis tocar nada sin mi permiso. Son cosas muy peligrosas. Podría pasaros algo, y eso pondría muy, muy triste a tu buen maestro.

—Blablablá —musitó el cuervo con un graznido casi imperceptible.

El mago y la bruja intercambiaron una mirada rápida. Luego, ella preguntó:

—Jacobito, mi querido cuervo, ¿cómo es que estás aquí?

—¡Oh, *madam!* —respondió Jacobo con gesto de inocencia—. He querido anunciar su visita.

—¿Sí? Pero yo no recuerdo habértelo ordenado,avecilla.

—Lo he hecho por mi propia cuenta. He creído que usted quería ahorrarme esa molestia por el mal tiempo y por mi *reumaticismo*, pero yo quería tener esta amabilidad con usted.

—Está bien, está bien. Has sido muy amable, Jacobito. Pero en el futuro será mejor que me preguntes antes.

—¿He metido la pata otra vez? —preguntó Jacobo, compungido—. ¡Oh, soy realmente un cuervo calamitoso!

—Dime —preguntó el mago dirigiéndose al gato—, ¿dónde habéis estado metidos todo el tiempo, pillines?

Maurizio iba a contestar, pero el cuervo se le anticipó rápidamente:

—El repugnante devorapájaros ha querido enchiquerarme en su habitación, excelencia; pero yo me he escapado y he bajado corriendo al sótano. Luego ha logrado atraparme y me ha encerrado en un cajón queapestaba. Yo he protestado allí durante horas, porque eso no son modales, y así no se trata a ningún huésped, y entonces él ha abierto y me ha dicho que cerrara el pico porque, si no, me metería al horno como a un pollo de asador, y entonces yo le he dado una torta, y luego se ha armado una trifulca, y de repente estábamos otra vez aquí, no sé cómo, y entonces esa estúpida serpiente de papel nos ha envuelto durante la riña y entonces ha llegado usted, por suerte. Pero ese gato, perdonen que lo diga, ese gato debería estar en una jaula, allí es donde debería estar, porque es muy peligroso, una bestia sangrienta, eso es lo que es.

Maurizio había escuchado el torrente de palabras del cuervo con los ojos como platos. Había intentado interrumpirlo un par de veces, pero afortunadamente no había tomado la palabra. Ahora le dijo Sarcasmo sonriendo:

—¡Bravo, bravo, mi valiente caballero! Pero en adelante tenéis que llevaros bien. ¿Me lo prometéis?

—¡Hasta ahí podíamos llegar! —graznó el cuervo, y le volvió la espalda al gato—. Yo no puedo llevarme bien con uno que me llama pollo de asador. Antes tiene que retirar esa palabra.

—Pero... —objetó Maurizio.

Sin embargo, la bruja lo interrumpió:

—¡No hay peros que valgan! —dijo con voz meliflua—. Tenéis que ser amigos los dos, pillines. Mi famoso sobrino y yo hemos ideado algo exquisito para vosotros. Si os estáis quietecitos y os lleváis bien, podréis celebrar con nosotros la fiesta de San Silvestre. Será muy divertido, ¿verdad, muchachito? Sí, sí, lo será.

—Sin duda —respondió Sarcasmo con una sonrisa ambigua—. Habrá sorpresas magníficas, siempre que os portéis bien.

—Si no hay más remedio —rezongó Jacobo—, haremos las paces, señor barón. ¿De acuerdo?

Rozó con el ala a Maurizio y éste asintió con cierto aire de necesidad.



Entretanto, la bruja había enrollado otra vez la serpiente de pergamino. Ahora, el mago sacó de la manga de su bata un rollo que parecía exactamente igual.

—Ante todo, Titi —declaró—, tenemos que comprobar a título de ejemplo si las dos partes estaban originariamente unidas. ¿Conoces la fórmula y sabes qué tienes que hacer?

—Está todo claro —respondió ella.

Luego, dijeron a dúo:

*Por la fuerza de sesenta y seis
pentagramas del revés
se muestran falsas o reales
partes que del conjunto nacen.
¡Fórmula de la oscura noche,*

enséñame tu poder sin límite!
Bajo el rayo y las llamas, ¡únete!
¡Preparados... Listos... Ya!

En el mismo instante lanzaron los dos al aire su rollo de pergamino. Un relámpago terrible y cegador cruzó el recinto, y el aire de la habitación centelleó con millares de estrellitas como si hubiera estallado una bengala. Pero esta vez no se oyó ningún ruido.

Como atraídos por una increíble fuerza magnética, los extremos de las dos partes chocaron el uno con el otro y se unieron tan perfectamente y sin rastros de adhesivos como si nunca hubieran estado separados.

Bajo el techo del laboratorio flotaba una serpiente de pergamino que medía unos cinco metros y descendía lentamente hacia el suelo con amplios y pausados movimientos ondulatorios.

El mago y la bruja asintieron, satisfechos.

—Y ahora —dijo Sarcasmo dirigiéndose a los animales— tenéis que dejarnos solos un momento. Vamos a preparar la fiesta de San Silvestre y no os necesitamos.

Con la secreta intención de impedir que el ponche de los deseos estuviera a punto antes de las doce, Jacobo pidió y suplicó que se le permitiera quedarse allí y prometió que no molestaría lo más mínimo. Maurizio se unió a su petición.

—Aquí no tenéis nada que hacer, bribonzuelos curiosos —dijo Tirania—. Nos estáis importunando constantemente con vuestras preguntas. Además, tiene que ser una sorpresa para vosotros.

Como las súplicas y los consejos no servían de nada, la bruja cogió al cuervo y el mago al gato. Los llevaron a la habitación de Maurizio y los dejaron allí.

—Podéis echar una siestecita —sugirió Sarcasmo— para que luego no os canséis durante la fiesta. Sobre todo tú, gatito.

—O podéis jugar un rato al ovillobol para matar el tiempo —añadió Tirania—. Lo importante es que os portéis bien y no volváis a reñir. Cuando esté todo listo, vendremos a llamaros.

—Y para que no miréis antes de tiempo y nos agüéis la fiesta a nosotros y a vosotros —prosiguió Sarcasmo—, os vamos a encerrar hasta que llegue la hora.

Cerró la puerta y dio la vuelta a la llave desde fuera. Sus pasos se alejaron.



Jacobo Osadías revoloteaba sobre el respaldo del sofá de felpa, de cuya tapicería salían algunos muelles, porque el gato había afilado allí sus uñas muchas veces.

—¡Ya ves! —graznó irritado—. Los dos superespías estamos aquí sentados esperando cándidamente.

Maurizio había corrido inicialmente hacia su lujosa cama con dosel; pero luego, aunque se sentía más enfermo y cansado que nunca, había tomado la heroica decisión de no meterse en ella. La situación era demasiado grave como para pensar en dar una cabezadita.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, perplejo.

—¿Que qué hacemos ahora? ¡Una impresión penosa, eso es lo que hacemos! ¡Pasó la oportunidad de evitar la catástrofe! Por algo digo yo que:

En el futuro las cosas irán a peor

y el desastre será aún mucho mayor.

Y es verdad, porque rima. Esto va a tener un mal *endesenlace*.

—¿Por qué repites eso constantemente? —se lamentó Maurizio.

—Ésa es mi *fielosophia* —declaró Jacobo—. Hay que contar siempre con lo peor, y luego hay que hacer contra ello todo lo que se pueda.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Maurizio.

—Nada —admitió Jacobo.

Maurizio se hallaba delante de la mesita baja, y desde ella lo atraían la nata dulce y otros bocados exquisitos. Le costó un esfuerzo enorme, pero logró vencer la tentación porque conocía muy bien los perniciosos efectos que ese alimento ejercía sobre él.

Hubo un largo silencio. Sólo la tempestad de nieve silbaba alrededor de la casa.

—Te voy a confesar una cosa, gatito —dijo por fin el cuervo—. Estoy harto de ser agente secreto. Nadie puede exigirme que ejerza esa profesión. Es superior a mis fuerzas de cuervo. Lo dejo. Abandono.

—¿Precisamente ahora? —preguntó Maurizio—. No puedes hacer eso.

—Claro que puedo —respondió Jacobo—. No quiero seguir. Quiero volver a llevar una vida normal de vagabundo como antes. ¡Ojalá estuviera ahora al calor del nido con mi Ramona!

Maurizio se sentó y levantó la vista hacia él.

—¿Ramona? ¿Por qué precisamente Ramona?

—Porque es la que más lejos está —dijo Jacobo apesadumbrado—, y eso es lo que yo querría ahora.

—Mira —replicó Maurizio tras un breve silencio—, también yo preferiría recorrer países lejanos y enternecer con mis canciones todos los corazones. Pero si esos dos truhanes destruyen esta noche el mundo con su magia, ¿qué vida de minnesinger habría luego, si es que queda vida?

—¿Y qué? —graznó airado Jacobo—. ¿Qué podemos hacer nosotros frente a eso? ¿Por qué no se preocupa ningún otro, por ejemplo, allá arriba, en el cielo? Me gustaría saber una cosa: ¿por qué tienen los malos tanto poder en el mundo y los buenos nunca tienen nada más que, a lo sumo, *reumaticismo*? Eso no es justo, gatito. Ahora me declaro en huelga.

Y metió la cabeza debajo del ala para no ver ni oír nada.

Esta vez hubo un silencio tan prolongado que el cuervo miró por debajo del ala y dijo:

—Al menos podrías contradecirme.

—Tengo que reflexionar sobre lo que has dicho —respondió Maurizio—. Porque mi postura es completamente distinta. Mi bisabuela Mía, que era una anciana gata muy sabia, decía siempre: «Si puedes entusiasmarte por algo, hazlo; si no puedes, duerme». Yo tengo que poder entusiasmarme; por eso procuro siempre imaginarme la mejor de todas las posibilidades y, luego, hacer todo lo posible por alcanzarla. Pero, desgraciadamente, yo no tengo tanta experiencia de la vida ni tanto talento práctico como tú. En otro caso, se me ocurriría algo que pudiéramos hacer.

El cuervo sacó la cabeza de debajo del ala, abrió el pico y volvió a cerrarlo. Este inesperado reconocimiento por parte de un artista famoso perteneciente a una antiquísima estirpe de caballeros nobles lo dejó sin habla. En toda su casquivana vida de cuervo no le había ocurrido nada semejante.

Carraspeó.

—¡Hummm...! Bueno —cacareó—. En todo caso, una cosa es segura: mientras estemos sentados aquí, no se arreglará nada. Tenemos que salir. Pero ¿cómo? La puerta está cerrada. ¿Se te ocurre algo?

—Tal vez pueda abrir la ventana —propuso Maurizio, solícito.

—¡Inténtalo!

—¿Para qué?

—Tenemos que ponernos en camino, en un largo camino, probablemente.

—¿Hacia dónde?

—En busca de ayuda.

—¿Ayuda? ¿Del Consejo Supremo?

—No. Para eso es ya demasiado tarde. Cuando llegásemos allí y el Consejo pudiera tomar alguna medida, habría pasado ya la medianoche. Eso no tiene ningún objeto.

—¿Quién otro puede ayudarnos?

Jacobo se rascó pensativamente la cabeza con la garra.

—Ni idea. Quizá ahora sólo pueda salvarnos un pequeño milagro. Es posible que el destino tenga compasión, aunque, según mi experiencia, no hay que confiar mucho en eso. De todos modos, podemos probar.

—Eso es poco —dijo Maurizio lúgubrementemente—. Por eso no puedo entusiasmarme yo.

Jacobo asintió sombríamente.

—Tienes razón. Aquí no hace frío. Pero mientras sigamos acurrucados aquí, no tenemos ninguna oportunidad.

Maurizio reflexionó un instante, tomó impulso, saltó a la repisa y abrió la ventana con algún esfuerzo.

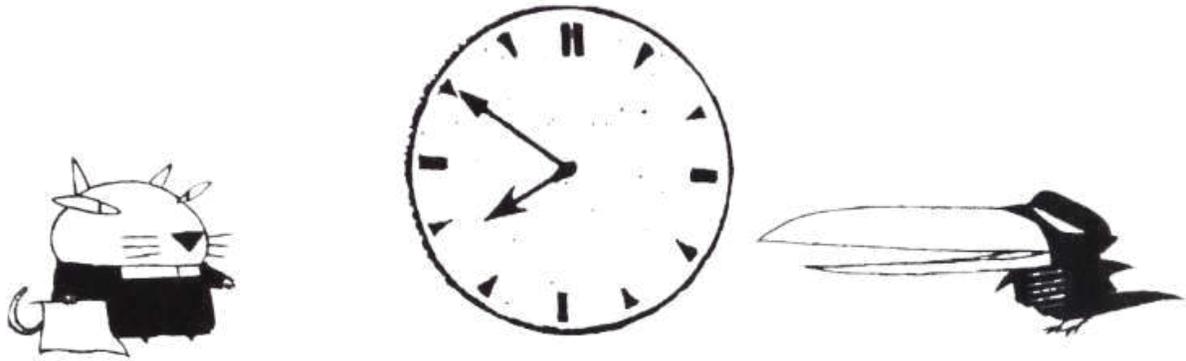
Entró un torbellino de nieve.

—¡Vamos! —graznó el cuervo, y salió volando. Atrapado por una ráfaga de viento, desapareció inmediatamente en la oscuridad.

El pequeño y barrigudo gato hizo acopio de todo su valor y saltó detrás de él. Cayó desde bastante altura y chocó contra un ventisquero, que se cerró por encima de él. Con grandes fatigas, logró salir pataleando.

—Jacobo Osadías, ¿dónde estás? —maulló angustiado.

—¡Aquí! —oyó que decía cerca la voz del cuervo.



En cualquier tipo de magia es importante conocer las fórmulas adecuadas, disponer de los accesorios adecuados y llevar a cabo la acción adecuada en el momento adecuado; pero también es importante que uno se halle en la actitud interior adecuada. El estado de ánimo en que se encuentra uno ha de estar en consonancia con la obra que se propone. Además, esto rige tanto para la magia mala como para la buena (que también se da, aunque quizá con menos frecuencia en nuestros días). Para obtener algo bueno por procedimientos mágicos se precisa una disposición de ánimo entrañable y armónica, mientras que para hacer algo malo se requiere una actitud de odio y confusión.

Y precisamente de eso se habían ocupado entretanto el mago y la bruja.

El laboratorio brillaba con el frío resplandor de innumerables proyectores eléctricos, lámparas y tubos fluorescentes, que relampagueaban y centelleaban desde todos los rincones. El recinto estaba lleno de vapores, pues de varias palanganas humeantes surgían nubes densas de distintos colores que se arrastraban por el suelo y luego ascendían junto a las

paredes, formando figuras grotescas y rostros de todos los tipos, grandes y pequeños, que luego se deshacían para adoptar inmediatamente una forma nueva.

Sarcasmo estaba sentado junto a su armonio y pulsaba las teclas con gestos ampulosos. Los tubos del instrumento estaban hechos con huesos de animales torturados hasta la muerte. Los más pequeños eran de patas de gallinas; los mayores, de patas de focas, perros y monos; los más grandes, de patas de elefantes y ballenas.

La tía Tirania se hallaba junto a él y pasaba las páginas. Cuando cantaron juntos la coral CO₂ del Cancionero de Satanás el efecto fue bastante escalofriante:

*La octava campanada
desata el nudo del mal.
¡Verdad, razón, sentido,
hacia el abismo marchad!*

*Caóticas mis palabras
mendaces fluyen ya:
Mentira es el futuro
y falso lo real.*

*Espíritu y Natura
desorden conocerán.
Capricho es el sentido;
capricho la libertad.*

*Quien mate su conciencia
tendrá el poder total.
¡Gran enseñanza es ésta
del arte de hechizar!*

*Rompamos las cadenas.
Juremos conjurar.
¡Arriba la locura!*

¡Viva lo irracional!

Y a cada estrofa seguía el estribillo:

¡Ponche embrujado, bulle, bulle!

¡Mágico hechizo, fluye, fluye!

Ése era el coro. No es extraño que el mago y la bruja no quisieran permitir que los animales fueran testigos del acto. En todo caso, ellos se hallaban en la disposición adecuada para su obra.

—En primer lugar —declaró Sarcasmo—, tenemos que hacer un recipiente idóneo para el ponche.

—¿Hacer? —preguntó Tirania—. ¿No tienes una mala ponchera en tu vajilla de soltero?

—Querida tía —dijo despectivamente Sarcasmo—, no tienes ni idea de bebidas alcoholorosatánicas. Ninguna ponchera del mundo, aunque estuviera tallada de un solo diamante, podría resistir el proceso necesario para nuestra obra. Saltaría en pedazos, o se fundiría, o se evaporaría sin más.

—¿Qué hacemos entonces?

El mago sonrió con aire de superioridad.

—¿Has oído alguna vez hablar del *fuego frío*?

Tirania negó con un movimiento de cabeza.

—Entonces, presta atención. Ahora puedes aprender algo, Titi.

Fue a una alacena y sacó una especie de gigantesco tubo de *spray* y se acercó con él a la chimenea, en la que en ese momento ardía el fuego en grandes llamaradas.

Mientras hacía que el algo invisible siseara en las llamas, dijo:

Aire, brasas, llamas
en el tiempo danzan.
Su salvaje titilar
resplandece en el hogar.

¡Piel de salamandra!

Por la fuerza del pasado,
aire, brasas, llamas,
¡quedaos rígidos, helados!

Al instante, el fuego dejó de llamear, se quedó parado, absolutamente inmóvil, y adquirió el aspecto de una extraña planta con muchas hojas dentadas que emitían fulgores verdes.

Sarcasmo metió las manos sin protección alguna y fue cogiendo una hoja tras otra hasta que reunió un brazado. Apenas había acabado de realizar esta operación cuando se encendió en la chimenea un fuego nuevo y comenzó a danzar como antes.

El mago se dirigió a la mesa que había en el centro del laboratorio y colocó allí las rígidas hojas cristalino-verdes como las piezas de un *puzzle*. Donde los bordes dentados encajaban perfectamente, las hojas se fundieron al instante en un solo bloque. (En *cualquier* fuego, las diferentes formas de las llamas, si se ensamblaran, constituirían siempre un todo, sólo que cambian constantemente y con tanta rapidez que es imposible observarlo a simple vista).

Bajo las expertas manos de Sarcasmo surgió rápidamente una bandeja plana, a la que luego le puso paredes laterales, hasta que por fin apareció un recipiente redondo y dorado que podía tener un metro de altura y de diámetro. El recipiente brillaba con una luz verdosa y, de algún modo, parecía irreal.

—Bueno —dijo el mago, y se limpió los dedos en la bata—. Esto ya está. Tiene buena pinta. ¿No te parece?

—¿Y crees que no se romperá? —preguntó la bruja.

—De eso puedes estar segura.

—Belcebú Sarcasmo —dijo la vieja con una mezcla de envidia y admiración—, ¿cómo lo has hecho?

—Es difícil que comprendas estos procesos científicos, querida tía —respondió él—. El calor y el movimiento no se dan sólo en el tiempo que discurre positivamente. Si se esparcen sobre ellos momentos negativos o partículas antitiempo, se anulan recíprocamente, y el fuego pasa a ser rígido y frío, como has visto.

—¿Y es posible cogerlo?

—Naturalmente.

La bruja pasó cautelosamente la mano por la superficie del enorme recipiente y preguntó:

—¿Podrías enseñarme a mí todo eso?

Sarcasmo sacudió la cabeza.

—¡Secreto empresarial!



El Parque Muerto, que rodeaba Villa Pesadilla, no era especialmente grande. Aunque se hallaba en el centro de la ciudad, casi ninguno de los vecinos de los alrededores lo había visto, porque estaba circundado por un muro de piedra de tres metros de altura.

Pero los magos pueden poner también obstáculos invisibles, hechos, por ejemplo, de olvido, aflicción o confusión. Así, Sarcasmo había levantado alrededor de su finca una barrera invisible de angustia y temor que discurría por fuera del muro de piedra y que impulsaba a los curiosos a alejarse rápidamente de allí y a no ocuparse de lo que había al otro lado del muro.

Sólo en un punto había una puerta alta de rejas oxidadas. Pero desde allí no se podía curiosear el interior del parque, porque impedía la visión un espeso y enmarañado seto de gigantescos espinos negros. Esta era la puerta que usaba Sarcasmo cuando salía en su magomóvil, cosa que ocurría pocas veces.

El Parque Muerto había estado poblado en otro tiempo —cuando todavía no se llamaba así— por multitud de árboles maravillosamente bellos y arbustos pintorescos; pero ahora estaban todos sin hojas, y no sólo porque era invierno. Durante decenios, el mago había hecho con ellos experimentos científicos, había manipulado su crecimiento, había atrofiado su capacidad de reproducción, les había extraído las sustancias vitales y había terminado por someterlos uno tras otro al martirio definitivo. Ahora sólo se levantaban hacia el cielo algunas ramas secas y deformes que parecían pedir ayuda con gesto doloroso antes de su final, sin que nadie hubiera escuchado sus gritos silenciosos. En el parque no había pájaros desde hacía tiempo, ni siquiera en verano.

El gato avanzaba hundiéndose en la nieve, y el cuervo lo seguía a saltitos y con vuelos cortos, pero cuando volaba el viento lo derribaba de cuando en cuando. Los dos recorrían el camino en silencio porque necesitaban todas sus fuerzas para seguir adelante.

El alto muro de piedra no habría constituido un problema para Jacobo, pero sí para Maurizio. Pero el gato se acordó de la puerta de rejas, por la que había entrado en su momento. Los dos se deslizaron por entre los barrotes forjados en espiral.

La barrera invisible de angustia no les planteó especiales dificultades, pues estaba construida específicamente contra los hombres y formada por el miedo a los fantasmas. Es decir: cuando entraban en esa zona, hasta los escépticos más recalcitrantes creían súbitamente en los fantasmas y tomaban las de Villadiego.

También muchos animales creen en los fantasmas; pero los gatos y los cuervos son los que menos creen en ellos.

—Dime, Jacobo —preguntó Maurizio en voz baja—, ¿crees que hay espíritus?

—Claro —respondió Jacobo.

—¿Has visto alguno en alguna ocasión?

—Yo, personalmente, no —dijo Jacobo—. Pero, en tiempos antiguos, toda mi parentela se acurrucaba en los patíbulos en que se balanceaban los ahorcados. O anidaba en los castillos encantados. Y allí había cantidad de

espíritus, muchos espíritus había allí. Y nadie tuvo nunca problemas con ellos. Al contrario, con algunos tuvieron mis gentes una buena amistad.

—Ya —dijo Maurizio armándose de valor—. Lo mismo les ocurrió a mis antepasados.

Así, cruzaron la barrera y llegaron a la carretera.

Las ventanas de las casas estaban festivamente iluminadas, pues todas las familias celebraban la tarde de San Silvestre o se preparaban para la divertida fiesta. Apenas pasaban coches, y aún eran menos los peatones que, con paso apresurado y el sombrero metido hasta las orejas, se dirigían a alguna parte.

En la ciudad nadie barruntaba la hecatombe que se estaba preparando en Villa Pesadilla. Y nadie observó al barrigudo gato y al maltrecho cuervo que se habían puesto en camino hacia un lugar impreciso para buscar la salvación.

Al principio meditaron si debían dirigirse simplemente a alguno de los transeúntes. Pero inmediatamente rechazaron semejante idea porque, en primer lugar, era poco probable que una persona normal entendiera sus maullidos y graznidos (quizá se limitaría a cogerlos y encerrarlos en una jaula) y, en segundo lugar, sabían que había pocas esperanzas de éxito si los animales pedían ayuda a los hombres. Eso estaba más que comprobado. Incluso en los casos en que escuchar los gritos de socorro de la naturaleza habría redundado en beneficio de los propios hombres, éstos se habían hecho los sordos. Habían contemplado las lágrimas de sangre de muchos animales, y se habían limitado a seguir comportándose como antes.

No, de los hombres no cabía esperar una salvación rápida y decidida. Pero, entonces, ¿de quién? Jacobo y Maurizio no lo sabían. Simplemente, seguían caminando. Por la carretera, sin tráfico ni capa de nieve, les resultaba un poco más fácil; sin embargo, avanzaban muy lentamente contra la tempestad de nieve y aire, que les soplaban de frente. Pero quien no sabe adónde va tampoco suele tener mucha prisa.

Tras caminar un buen rato en silencio, Maurizio dijo en voz baja:

—Jacobo, tal vez sean éstas las últimas horas de nuestras vidas. Por eso tengo que decirte algo. Jamás hubiera creído que un día llegaría a hacerme amigo de un pájaro, y mucho menos de un cuervo. Pero ahora estoy

orgullosa de haber encontrado un amigo tan perspicaz y con tanta experiencia de la vida como tú. Sinceramente, te admiro.

El cuervo carraspeó, un poco violento, y luego respondió con voz ronca:

—Tampoco yo habría pensado nunca que un día tendría un auténtico compinche que es un artista famoso y, además, un pollo pera. No puedo expresarlo bien. Nadie me ha enseñado buenas maneras ni palabras elegantes. ¿Sabes? Yo sólo soy un vagabundo corriente, un día aquí y otro día allí, y así me he ido abriendo camino en la vida. Yo no tengo tantas letras como tú. El desvencijado nido en que salí del cascarón era un nido de cuervo muy corriente, y mis padres eran unos padres de cuervo muy corrientes, demasiado corrientes tal vez. A mí nadie me ha tenido un cariño especial, ni siquiera yo mismo. Y en música no soy nadie. Yo no he aprendido ninguna canción hermosa. Pero a mí me parece maravilloso que alguien sea capaz de eso.

—¡Oh, Jacobo, Jacobo! —exclamó el pequeño gato, y a duras penas pudo disimular que estaban a punto de saltársele las lágrimas—. Yo no desciendo de una antigua estirpe de caballeros nobles, y mis antepasados tampoco eran de Nápoles. A decir verdad, ni siquiera sé dónde está esa ciudad. Y tampoco me llamo Maurizio di Mauro. Eso me lo he inventado yo. En realidad, me llamo simplemente Félix. Tú sabes al menos quiénes fueron tus padres. Yo ni siquiera sé eso porque crecí en un húmedo agujero de un sótano entre gatos callejeros asilvestrados. Allí hacía de madre a veces una y a veces otra, según venía o según quién quería en cada momento. Los otros gatitos eran siempre mucho más fuertes que yo cuando luchábamos por la comida. Por eso me he quedado tan pequeño y tengo un apetito tan grande. Y tampoco he sido nunca un minnesínger famoso. Jamás he tenido buena voz.

Hubo un largo silencio.

—Entonces, ¿por qué contabas todo eso? —preguntó Jacobo, pensativo.

El gato reflexionó.

—No lo sé muy bien —reconoció—. Era el sueño de mi vida. ¿Entiendes? ¡Me hubiera gustado tanto ser un artista famoso, esbelto, guapo y elegante, de piel blanca y sedosa, y con una maravillosa voz! Uno de esos a quienes todos aman y admiran.

—¡Hummm! —murmuró Jacobo.

—Era sólo un sueño —prosiguió el gato—, y en el fondo yo siempre sabía que nunca podría hacerse realidad. Por eso me he comportado como si fuera todo eso. ¿Crees que ha sido un pecado grave?

—Ni idea —graznó el cuervo—. De pecados y pamplinas pías no entiendo nada.

—Pero ¿estás enfadado ahora conmigo por eso?

—¿Enfadado? ¡Qué tontería! Un poco chiflado sí que me parece que estás. Pero no importa. A pesar de eso, eres un tipo excelente.

Durante un momento, el cuervo posó su maltrecha ala sobre los lomos del amigo.

—Y pensándolo bien —prosiguió luego—, tu nombre no me desagrada; al contrario.

—No, yo me refiero a que no soy un cantor famoso.

—¡Quién sabe! —dijo el cuervo pensativo—. He conocido casos en que ciertas mentiras se hicieron verdaderas y, entonces, dejaron de ser mentiras.

Félix miró de soslayo a su compañero con gesto de inseguridad porque no había comprendido bien lo que el cuervo acababa de decir.

—¿Crees que aún puedo llegar a serlo? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Si vivimos el tiempo suficiente... —respondió Jacobo, más bien para sí mismo.

El gato prosiguió, excitado:

—Ya te he hablado de mi abuela Mía, la anciana gata sabia que tantas cosas misteriosas sabía. Vivía con nosotros en el agujero del sótano. Ahora está ya con el Gran Gato del cielo como todos los demás, excepto yo. Poco antes de morir me dijo algo: «Félix, si realmente quieres ser un día un gran artista, tienes que conocer todos los abismos y cumbres de la vida, pues sólo quien los conoce puede enternecer todos los corazones». Eso me dijo ella. Pero ¿puedes explicarme tú a qué se refería?

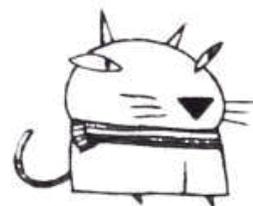
—Bueno —respondió secamente el cuervo—. Los abismos ya los has vivido bastante en tu propia carne.

—¿Tú crees? —preguntó aliviado Félix.

—Claro —graznó el cuervo—. No es fácil descender a abismos más profundos. Ahora sólo te faltan las cumbres.

Y siguieron avanzando en silencio entre la nieve y el viento.

Lejos, al final de la carretera, se recortaba sobre el cielo nocturno la torre de la gran catedral.





Entretanto, en el laboratorio el trabajo estaba en plena marcha.

El primer paso que había que dar era reunir las diferentes sustancias necesarias para elaborar el ponche genialcoholorosatanarquiarqueologicavernoso. Las largas tiras de pergamino estaban desenrolladas sobre el pavimento y sujetas con libros para que no se enrollaran de nuevo.

Tras estudiar detenidamente, una vez más, el modo de empleo, Sarcasmo y Tirania comenzaron con la receta propiamente dicha. Los dos estaban inclinados sobre el texto y descifrabán lo que allí había escrito. Para un no-mago, la empresa habría sido absolutamente imposible, pues se trataba de una escritura cifrada enormemente complicada, del llamado «código infernal». Pero los dos conocían de pe a pa el modo de descifrarlo. Además, las indicaciones sobre las sustancias básicas necesarias eran bastante inteligibles al principio.

Escrito en nuestro código, el comienzo de la receta decía así:

*Cuatro dañinos elementos
manan de las fuentes del infierno:
el cocitus, el axerón,
el stix y el pirifligitón.
Hielo y fuego, veneno y cieno,
de cada uno cien gramos al menos.
Remuévase y agítese con rabia
y se obtendrá una mezcla extraordinaria.*

Como cualquier mago de laboratorio bien equipado, Sarcasmo tenía provisiones suficientes de los cuatro elementos básicos. Mientras los reunía y, luego, los mezclaba cuidadosamente en una coctelera especial, Tirania leyó en voz alta el punto siguiente:

*A continuación, dinero licuado:
más de diez mil táleros plateados,
que a los pobres se ha robado
en la tierra, de cabo a rabo.
Del capital líquido,
tres cuartos de litro.
Mézclese con ardor
y obsérvese el color.*

Como es natural, la bruja conocía la forma de licuar el dinero. A los pocos instantes brillaban en la ponchera de fuego frío tres cuartos de litro. Un resplandor dorado se esparció por todo el recinto.

Luego, Sarcasmo vertió el líquido infernal de la coctelera, y se apagó el resplandor. La poción estaba ahora oscura como la noche; pero de vez en cuando la cruzaban relámpagos que parecían arterias palpitantes y volvían a desaparecer inmediatamente.

La tercera instrucción decía:

Cójanse lágrimas de cocodrilo

*en cantidad más que suficiente,
y déjeselas fluir con mucho tino
mientras en la víctima se piense.
Tras remover con pasión,
añádase el brebaje lloroso
a la anterior poción,
hasta conseguir un caldo rojo.*

Naturalmente esto ya era algo más difícil porque, como ya se ha dicho, los magos y las brujas malos no pueden derramar lágrimas, ni siquiera falsas. Pero también en este caso encontró Sarcasmo una solución.

En efecto, recordó que había almacenado en su bodega varias botellas de lágrimas de cocodrilo de una añada muy aceptable. Se las había regalado años antes un jefe de Estado que figuraba entre sus mejores clientes. El mago bajó a la bodega, cogió las botellas, que eran siete, vertió su contenido en el mejunje negro, lo agitó enérgicamente, y el líquido se coloreó de nuevo y se fue enrojeciendo poco a poco hasta quedar como la sangre.

Y así siguieron adelante: unas veces era Sarcasmo quien sabía lo que había que hacer, y otras Tirania. Impulsados por su mala voluntad común, cooperaban con tanta facilidad como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida.

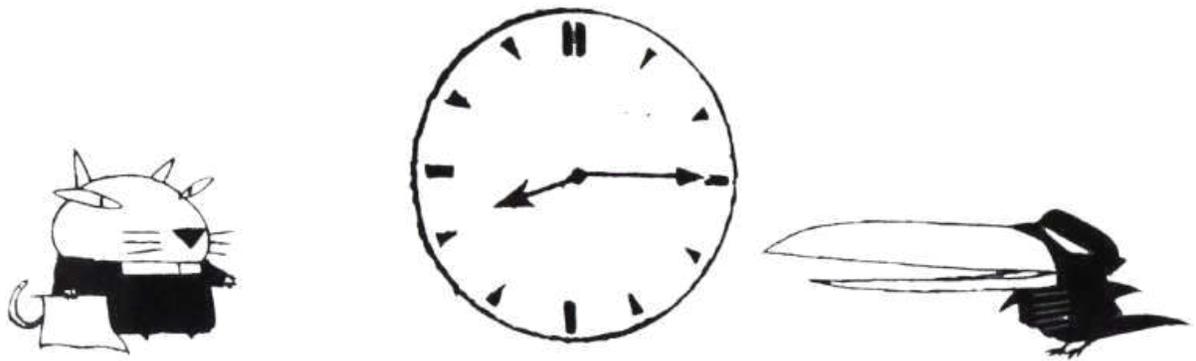
Sólo una vez se produjo un altercado: cuando llegaron a un pasaje que decía así:

*Utilícense sesos en igual número
a la mitad del largo del color preferido.
¡Procúrese que no haya equivocaciones
en el momento de medir las porciones!*

Los dos sabían perfectamente *cómo* se mide la longitud de un color. Ahí no había ningún problema. La divergencia surgió en *qué* color preferido debía regir aquí. Tirania insistía en que tenía que ser el suyo, porque a ella le pertenecía la parte del pergamino en que se encontraba la instrucción. Sarcasmo, por su parte, se empecinaba en que sólo podía tratarse de su

color preferido, puesto que todo el experimento se desarrollaba en su laboratorio. Probablemente no se habrían puesto de acuerdo tan pronto sobre ese punto si no hubieran comprobado con gran alivio que la mitad del amarillo azufre era exactamente igual de larga que la mitad del verde cardenillo. Así se resolvió también este problema.

Pero nadie esperará en serio encontrar impresa aquí la lista de todos los ingredientes necesarios para preparar el ponche genialcoholosatanarquiarqueologicavernoso. La razón de que sea preferible renunciar a ello no reside sólo en que esa lista completa alargaría más de lo debido la presente historia, sino también en una preocupación de mayor peso: no puede preverse de antemano a qué manos irá a parar un libro como éste, y no debemos hacer a nadie caer en la tentación de ponerse a fabricar por su cuenta esta diabólica bebida. Ya hay en el mundo demasiada gente de la calaña de Sarcasmo y Tirania. Por eso pedimos al lector sensato que comprenda que aquí ha sido preciso pasar por alto la mayoría de los datos.



Jacobo Osadías y Félix estaban sentados al pie de la torre de la catedral, que se levantaba en el cielo de la noche como una gigantesca pared rocosa con múltiples salientes. Los dos tenían la cabeza muy levantada y miraban en silencio hacia arriba.

Al cabo de un rato, el cuervo carraspeó.

—Allí arriba —dijo— vivía en otro tiempo una lechuza que era conocida mía. Se llamaba hermana Bubú. Era una anciana simpática. Tenía ideas un poco extrañas sobre Dios y el mundo; por eso prefería vivir sola y no salía más que de noche. Pero sabía un montón de cosas. Si estuviera aún aquí, podríamos pedirle consejo.

—¿Pues dónde está ahora? —preguntó el gato.

—Ni idea. Emigró porque ya no aguantaba la contaminación. Siempre fue un poco melindrosa. Es posible que haya muerto hace tiempo.

—Es una lástima —dijo Félix. Y al cabo de un rato añadió—: Tal vez la molestaban los toques de campana. Allí arriba, tan cerca, tienen que ser increíblemente fuertes.

—No creo —opinó Jacobo—. El toque de campanas no ha molestado nunca a una lechuza.

Y luego repitió pensativo:

—El toque de campanas..., espera..., el toque de campanas.

Súbitamente dio un salto y chilló a voz en grito:

—¡Eso es! ¡Ya lo tengo!

—¿Qué? —preguntó asustado el gato.

—Nada —respondió Jacobo, de nuevo en voz baja, y metió la cabeza entre las alas—. No sirve. No tiene ningún sentido. Era una tontería. Olvídalo.

—¿Qué? ¡Dilo!

—Me acaba de venir una idea.

—¿Qué idea?

—Bueno, he pensado que sería posible hacer que las campanas de San Silvestre sonaran antes, ahora mismo, ¿entiendes? Así el ponche mágico perdería su poder de inversión. Porque ellos mismos han dicho que el primer toque de las campanadas de San Silvestre basta para eso. ¿Lo recuerdas? Así, de sus deseos engañosos no saldrían más que cosas buenas. Eso es lo que pensaba.

El gato miró perplejo al cuervo. Le costó un rato comprender. Pero, luego, sus ojos comenzaron a brillar.

—Jacobo —dijo con admiración—, Jacobo Osadías, viejo amigo, creo que eres realmente un genio. ¡Ésa es la salvación! Por eso puedo entusiasmarme de verdad.

—Estaría bien —rezongó huraño Jacobo—. Sólo que no es posible.

—¿Pero por qué no?

—Bueno, ¿quién va a tocar las campanas?

—¿Quién? ¡Tú, naturalmente! Vuelas ahora mismo a la aguja de la torre y tocas. Eso es un juego de niños.

—¡Sí, diablos! ¡Un juego de niños dice éste! ¡Tal vez de niños gigantes! ¿Has visto alguna vez de cerca una campana como ésas, infeliz?

—No.

—¡Pues entonces! Son tan grandes y tan pesadas como un camión. ¿Crees que un cuervo puede balancear un camión, si encima tiene

reumaticismo?

—¿No hay campanas más pequeñas? No importa cuál sea.

—Escucha, Félix: incluso la más pequeña es más pesada que una cuba de vino.

—Entonces tendremos que intentarlo entre los dos, Jacobo. Entre los dos lo lograremos, no te quepa duda. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

—¿Adónde quieres ir, mentecato?

—Tenemos que entrar en la torre y llegar a donde cuelgan las cuerdas de las campanas. Si tiramos los dos con todas nuestras fuerzas, lo lograremos.

Llevado de su entusiasmo por las grandes gestas, Félix echó a correr en busca de una puerta de acceso al interior de la torre de la catedral. Jacobo voló tras él renegando y protestando, y trató de explicarle que hoy no se tocan las campanas con cuerdas y a mano, sino con motores eléctricos y apretando botones.

—Tanto mejor —respondió Félix—. Entonces sólo necesitamos encontrar el botón.

Pero esta esperanza resultó vana. La única puerta de acceso a la torre de la catedral estaba cerrada. El gato se colgó del enorme picaporte de hierro, pero sin éxito.

—¿Lo ves? ¡Ya te lo decía yo! —comentó el cuervo—. Desiste, gatito. Lo que no puede ser, no puede ser.

—¡Puede ser! —dijo Félix fieramente resuelto, y levantó la mirada hacia la torre—. Si no es por dentro, por fuera.

—¿Qué quieres decir? —gritó Jacobo despavorido—. ¿Pretendes subir a esa torre trepando por la pared? ¿Y con este viento? ¡Te falta algún tornillo!

—¿Tienes alguna idea mejor? —preguntó Félix.

—En todo caso tengo clara una cosa —respondió el cuervo—: que eso es lisa y llanamente una locura descabellada. Y no pienses que yo voy a colaborar en una cosa así.

—Entonces tendré que hacerlo solo —dijo Félix.



Ahora, el gigantesco vaso de fuego frío estaba ya lleno hasta el borde. El líquido que había en su interior tenía una tonalidad violeta. Era una mezcla de los más extraños ingredientes, pero todavía distaba de ser el ponche de los deseos. Para eso había que hechizarlo; es decir, había que someterlo a una serie de procedimientos que lo pusieran en condiciones de adquirir los auténticos poderes nigrománticos.

Esta era la parte principalmente científica del trabajo y le correspondía a Belcebú Sarcasmo. La bruja multiplicadineros sólo podía servirle, en mayor o menor grado, de auxiliar.

El texto de que ahora se trataba estaba redactado en el lenguaje técnico de los magos de laboratorio, e incluso para Tirania era casi incomprensible. Decía así:

Tómense flebos catóticos

*y un políglobo catafálquico,
y déjense ambos suspendidos
en tremuloso vaivén an-atómico.
Por medio de ectopasas laminadas,
purgúese con cismotímica mirta,
previamente alcoholizada
y con antigases aderezada.
Plantado sobre una colmenilla humana
de proclamato no flasteado,
el acífero respiradero se tingama
con el termostato gratinado.
Conjetúrese la unglucótica
según su grado de acidez,
balonícese la esclerótica
en relación a su ingravidez.
La dosis todavía no está empicarada;
por un ganocuarto criminol
permanece la complejidad apatrañada
como inestabilo bromohol.
Vigilar la aparición de fuelles cerebrales
en el momento del diabólico contacto,
pues, si se frotan las fresas quimerales,
se reborta fácilmente el sadofacto.
De ocurrir, se produce de forma tímica
un enceramamiento galaxo-paralajo
en la sal piromática y alquímica,
similar al asdrubálico minimajo.
...*

Y continuaba mucho más, en el mismo tono.

Sarcasmo había puesto en marcha todas sus computadoras mágicas, que estaban conectadas con el ordenador central del infierno, y las alimentaba con las informaciones necesarias. Las computadoras trabajaban a todo gas —si es posible aplicar esta expresión a los aparatos electrónicos—,

chirriaban, piaban, crepitaban, emitían luces intermitentes y escupían fórmulas y diagramas que indicaban al mago lo que tenía que hacer en el momento siguiente con el líquido de la ponchera.

Así, en una ocasión tuvo que crear un campo antigravitatorio para conseguir la ingravidez absoluta. De este modo pudo sacar del recipiente todo el mejunje. El líquido flotó en medio del recinto como un enorme balón un poco gelatinoso, y Sarcasmo pudo bombardearlo con una carga concentrada de partículas perversas que no habría podido atravesar el vaso de fuego frío.

Pero, durante esta fase, él y su tía se vieron afectados también por la ingravidez, circunstancia que dificultó considerablemente el trabajo. Porque Sarcasmo flotaba junto al techo del laboratorio con la cabeza hacia abajo, mientras que Tirania giraba horizontalmente en el aire alrededor de su propio eje. Sin embargo, el mago logró parar el generador antigravitatorio mediante un certero disparo, con lo cual el líquido volvió a caer en su recipiente con un leve chapoteo, pero Sarcasmo y Tirania se dieron un doloroso golpe al chocar contra el pavimento.

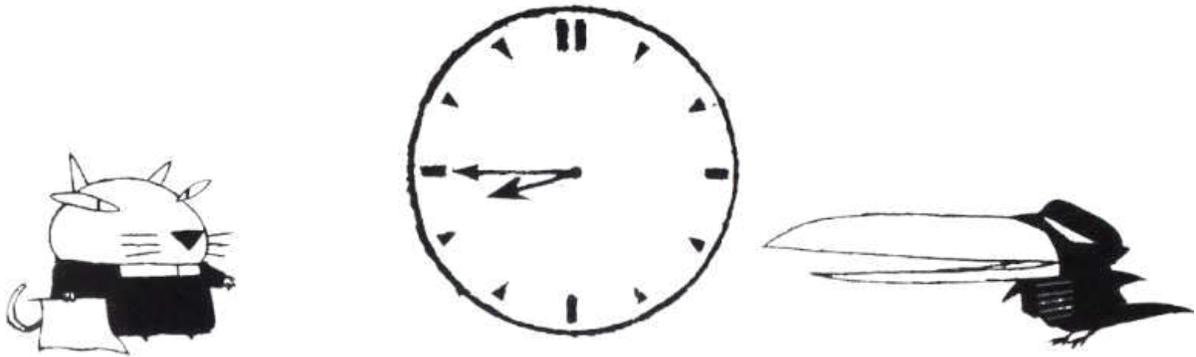
De todos modos, estos sucesos son casi inevitables en experimentos tan arriesgados, y apenas influyeron en el entusiasmo con que trabajaban los dos.

Sin embargo, un poco después surgió un incidente imprevisto y aterrador, incluso para el mago y la bruja: el líquido de la ponchera cobró repentinamente *vida*.

Hay seres vivos unicelulares, llamados amebas, que son tan minúsculos que ordinariamente sólo pueden verse con el microscopio. Pero, en este caso, todo el contenido de la ponchera de cristal se transformó en una sola ameba gigantesca que abandonó el recipiente y se esparció por el pavimento del laboratorio como un gran charco gelatinoso. La tía y el sobrino se apartaron de ella y terminaron por huir en direcciones distintas. Después, el gigantesco unicelular se escindió en dos, y cada parte se deslizó tras uno de los fugitivos, con la evidente intención de fagocitarlos. Sólo con astucia y esfuerzo lograron el mago y la bruja que las dos partes entraran nuevamente en la ponchera, donde, hambrientas, se lanzaron inmediatamente la una

contra la otra y se devoraron mutuamente. Ahora eran otra vez un simple líquido, y estaba conjurado el peligro.

Por fin había concluido el proceso de hechizamiento. La sustancia del recipiente parecía ahora espejeante y opaca como el mercurio. Estaba preparada para absorber cualquier poder mágico, en este caso la misteriosa virtud de hacer realidad todos los deseos.



Félix había saltado a un saledizo bajo que había sobre la puerta lateral; de allí, al tejadillo de la entrada principal. Luego trepó a una torrecilla cubierta de salientes semiesféricos, y desde su aguja, dando un salto arriesgado, se posó sobre un alféizar. Allí estuvo a punto de resbalar, pues el alféizar se hallaba cubierto de hielo y nieve; pero al fin consiguió mantener el equilibrio.

El cuervo aleteaba mirando hacia él.

—¡Basta ya! —dijo con gran vehemencia—. ¡Baja inmediatamente! Terminarás por romperte todos los huesos. Estás demasiado gordo y no tienes condiciones para eso.

Pero el gato siguió trepando.

—¡Oh! —gritó Jacobo furioso—. Debería arrancarme la última pluma por no haber tenido el pico cerrado. ¿No hay un solo gramo de sesos en tu necia cabeza de gato? Te estoy diciendo que no tiene ningún sentido. Las campanas de allá arriba son demasiado pesadas para los dos juntos.

—Eso ya se verá —respondió imperturbable el gato.

Siguió trepando y trepando. Cuanto más subía, más implacablemente le silbaba la tempestad en las orejas.

Ya había alcanzado el extremo superior del rosetón que había sobre la puerta principal cuando sintió que sus fuerzas desfallecían súbitamente. La cabeza le daba vueltas. Nunca había sido de constitución atlética; pero ahora comenzaba a hacerse notar la estancia en el contenedor de productos tóxicos.

Al saltar a una gárgola que representaba un demonio sonriendo sarcásticamente y con orejas puntiagudas, comenzó a resbalar lenta pero irremediabilmente. Se habría precipitado en el abismo —que ahora era mortal incluso para un gato entrenado— si Jacobo no hubiera acudido volando y lo hubiera agarrado de la cola en el último instante.

Jadeante y tembloroso, el pequeño gato se apretó contra la pared para protegerse del helado viento e intentó calentarse las patas, ya insensibles.

El cuervo se posó frente a él.

—¡Bien! —dijo—. Ahora en serio: aunque logres llegar hasta las campanas, y no lo lograrás, no tiene ningún sentido. ¡Usa los sesos una vez en tu vida, amiguito! Supongamos que conseguimos entre los dos tocar las campanas (cosa que, como te he dicho, es totalmente imposible), entonces las oirían también mi *madam* y tu maestro. Y si las oyen, cogen inmediatamente onda de que su poción ha perdido el poder de inversión. ¿Y qué? De ese poder pueden prescindir ahora sin dificultad. Sólo era para engañarnos a nosotros. Y si nosotros no estamos presentes, no necesitan el poder de inversión. Entonces desearán a sus anchas maldades manifiestas, que luego se cumplirán. No tendrán necesidad de violentarse, porque nosotros no los molestaremos. ¿O te figuras que puedes bajar de la torre, desandar todo el camino y llegar a tiempo para asistir a la velada? ¿Cómo te imaginas todo eso? ¿Sabes qué será de ti? ¡Será tu final! Morirás lastimosamente por nada y para nada. Eso es lo que ocurrirá.

Félix no escuchaba. La voz del cuervo penetraba en sus oídos como si llegara de muy lejos; pero él se sentía demasiado enfermo y agotado para seguir unos razonamientos tan complicados. Sólo sabía una cosa: ahora había la misma distancia hacia arriba que hacia abajo, y él quería llegar

arriba porque así lo había decidido, tuviera sentido o no. El hielo le cubría los bigotes, y el viento le llenaba de lágrimas los ojos, pero siguió trepando.

—¡Eh! —gritó irritado el cuervo a sus espaldas—. Tengo que decirte una cosa: a partir de ahora no volveré a ayudarte, hazlo solo. Yo no tengo ningún aprecio a los héroes, tengo *reumaticismo* y estoy definitivamente harto de tu terquedad, para que lo sepas. Ahora me largo, ¿lo oyes? Me evaporo, ya me he ido. ¡Adiós! ¡Hasta la vista! ¡Ciao! ¡Suerte, señor colega!

En ese instante vio que el gato se balanceaba en el aire, agarrado a una canal con las patas delanteras. Levantó el vuelo hacia él, luchó con el viento de la tempestad para llegar hasta el gato, lo cogió del pescuezo con el pico, tiró y, con sus últimas fuerzas, lo metió dentro de la canal.

—¡Disecado querría estar! —balbució—. Al parecer, me caí del nido siendo huevo; por eso tengo un poco tocada la cabeza, no hay duda.

Luego sintió que lo abandonaban sus fuerzas. El efecto de la estancia en el contenedor se hacía notar también en él. Tenía un malestar angustioso.

—Yo no me muevo de aquí —jadeó—. Me quedo aquí sentado. Aquí me quedo. Por mí puede hundirse tranquilamente el mundo entero. No puedo más. Si intento volver a volar una sola vez, caeré como una piedra.

Miró por encima de la orilla de la canal. Abajo, muy debajo de ellos, parpadeaban las luces de la ciudad.



En la fase que tenían que afrontar a continuación, la dirección podía correr nuevamente a cargo de Tirania. Porque la instrucción sobre el modo de introducir en el ponche el poder de cumplir los deseos estaba redactada en la jerga de las brujas. Se trata de un intrincado lenguaje que emplea nuestro vocabulario normal, pero hace de él un uso absolutamente falaz. En él, ninguna de las palabras tiene el significado ordinario. Así, *globo* significa *muchacho*, *cuba* significa *muchacha*, *estallar* significa *pasear*, *maleta* significa *jardín*, *estirar* significa *ver*, *trago* significa *perro*, *ligero* significa *pintado*, *indolentemente* significa *súbitamente*.

Así pues, la frase «Un muchacho y una muchacha paseaban en el jardín y vieron súbitamente un perro pintado» se dice en la jerga de las brujas: «Un globo y una cuba estallaron en la maleta e indolentemente estiraron un ligero trago».

Tiranía dominaba este lenguaje con suma facilidad. Sin este conocimiento, no se descubriría ningún sentido en el texto de la receta. Los no iniciados no habrían podido presumir que se ocultara tras él algo más que simples insensateces:

*Si sois un maestro,
tomad un cabestro
diestro como el que más.
Soplad en un vaso
de raso y de paso.
¡Qué caso tan infernal!*

*¡Menudo trabajo
los majos andrajos
debajo del queso!
¡Qué cuco ese barco,
y el charco con arcos
qué parco y travieso!*

*Sobre la azotea,
la fea corchea
pasea en biplano.
¡Maldita espinilla
que brilla y cosquilla
te pilla en... la mano!*

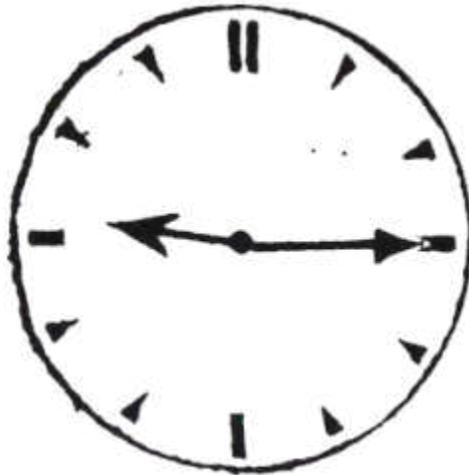
*El actor, con tacto,
en el acto exacto
hizo un pacto con el ratón.
Pero si en la venta
te tienta la renta,
cuenta las cuarenta, que cuarenta son.*

El pasaje entero era unas cinco veces más largo; pero aquí puede bastar este ejemplo.

Cuando Tirania terminó de traducirlo, se apagaron todas las luces del laboratorio. La tía y el sobrino se hallaban enteramente a oscuras y comenzaron a hechizar a porfía. Con el vértigo de un delirio provocado por la fiebre surgieron de las tinieblas apariciones que se desplazaban unas a otras y luego volvían a desaparecer.

Se formaron en el aire torbellinos centelleantes que giraron velozmente y se apilaron unos sobre otros constituyendo una especie de manguera que se encogió cada vez más hasta tener el tamaño de un minúsculo gusano, que luego fue engullido por un pico sin pájaro. En su interior flotó una nube grisácea de la que colgaba por la cola el esqueleto de un perro, cuyos huesos se transformaron en serpientes incandescentes que rodaron por el suelo entrelazadas en un ovillo. Una cabeza de caballo con las cuencas de los ojos vacías enseñó los dientes y piafó una carcajada espantosa. Ratas con minúsculos rostros humanos danzaron en círculo alrededor de la ponchera. Una gigantesca chinche azul, sobre cuyo caparazón se sentó la bruja, compitió en una especie de carrera con un escorpión amarillo del mismo tamaño, sobre el que cabalgó el mago. Goteando del techo cayeron en gran cantidad sanguijuelas rosáceas. Se abrió un huevo del tamaño de un hombre, y salieron muchas manos negras pequeñas que caminaron dando saltitos como las arañas. Apareció un reloj de arena en el que los granitos se deslizaban de abajo arriba. Un pez en llamas cruzó la oscuridad nadando. Un minúsculo robot montado en un triciclo atravesó con su lanza a una paloma de piedra, que inmediatamente quedó reducida a cenizas. Un calvo gigante con el tórax desnudo se aplastó él mismo como un acordeón...

Así continuaron desarrollándose los acontecimientos. Las apariciones se sucedían a ritmo creciente, y todas terminaban por desaparecer en la ponchera, cuyo contenido burbujeaba y siseaba como si hubieran metido un hierro incandescente cada vez que penetraba en él una nueva aparición.



Tras un frenético torbellino de imágenes que no fue posible distinguir, el conjunto terminó en una especie de explosión, con la cual el ponche de los deseos brilló en su vaso de fuego frío con tonalidades rojas y anaranjadas. Sarcasmo volvió a encender la luz.

El mago y su tía estaban totalmente exhaustos después de aquel esfuerzo común. Tuvieron que reponerse tomando unos estimulantes mágicos especiales para resistir la última parte de la preparación, que era también la más difícil. Pero ahora no podían permitirse ningún descanso, porque el tiempo avanzaba inexorablemente.

Esta cuarta y última parte del procedimiento no podía desarrollarse en nuestro mundo, dentro de lo que llamamos espacio y tiempo. Había que trasladarse a la cuarta dimensión. Y así la propia introducción estaba redactada en lenguaje exorbital, absolutamente intraducible para nosotros

porque en él sólo pueden expresarse cosas y acontecimientos de la cuarta dimensión, que en nuestro mundo ni siquiera existen.

Este último y supremo esfuerzo era imprescindible para introducir en el ponche el poder de inversión, el cual hace que se cumpla lo contrario de todos los deseos que uno formula.

La introducción al respecto rezaba así:

*Picamordas furicraso,
tic craca bubula:
locorapo drac odiaso,
¡espitaco sula!
Chivaneno gritidillo
vocifero saño.
Colerargia quilerillo
malapiel, tregaño.
Iramón us artillera
crujimí molares,
espumajo rabillera
horreor calares.
Gargará gluf panzañal
salivor ratado,
felinarra garañal,
¡sanguina mazado!
¿Yerro cuma drama laso?
Eruc gigantula:
Picamordas furicraso,
¡espitaco sula!*

Al principio, ni Sarcasmo ni Tirania pudieron descifrar esta parte de la receta. Pero los dos sabían que sólo en la cuarta dimensión es posible hablar y entender el exorbital y, así, no les quedó más remedio que trasladarse allí.

Pero la cuarta dimensión no está en otra parte, en algún lugar lejano, sino aquí. Lo que ocurre es que nosotros no la percibimos porque ni nuestros ojos ni nuestros oídos están preparados para ello.

La tía Titi no habría sabido cómo seguir adelante en este punto; pero Belcebú Sarcasmo conocía un método para saltar de una dimensión a otra.

Cogió una jeringuilla y una pequeña y extraña botella en la que se movía constantemente un líquido incoloro.

Luciferino
Salto
Dimensional

rezaba la inscripción.

—Hay que inyectarla directamente en la vena —declaró él, y Tirania asintió con un ademán de reconocimiento.

—Ya veo, jovencito, que no te hice estudiar en vano. ¿Has experimentado el producto?

—Un poco, Titi. He hecho algunos viajes con él, en parte por razones de investigación, en parte por placer.

—Entonces, partamos en el acto.

—Tengo que advertirte, querida tía, que la cosa encierra ciertos peligros. Todo depende de la dosis adecuada.

—¿Qué significa eso? —quiso saber la bruja.

Sarcasmo esbozó una sonrisa nada tranquilizadora para ella.

—Significa —dijo— que puedes aterrizar en cualquier otra parte, Titi. Si la dosis es insuficiente, aunque sea por muy poco, caes en la segunda dimensión. Allí serías totalmente plana, tan plana como una proyección cinematográfica. Serías tan plana que ni siquiera tendrías reverso. Y sobre todo, jamás podrías subir a nuestra tercera dimensión por tus propias fuerzas. Tal vez tendrías que ser para siempre y eternamente una filmina bidimensional, muchachita. Pero si la dosis es excesiva, serás catapultada a la quinta o la sexta dimensión. Estas dimensiones superiores son tan desconcertantes que ni siquiera sabrías qué elementos forman parte de ti y cuáles no. Quizá volverías incompleta o mal formada, suponiendo que volvieras.

Durante unos instantes se miraron en silencio.

Ella sabía que, de momento, su sobrino necesitaba perentoriamente su colaboración. Mientras no estuviera definitivamente elaborado el ponche

genialcoholosatanarquiarqueologicavernoso, no podía prescindir de ella. Y él sabía que ella lo sabía.

La bruja esbozó también una sonrisa cargada de presagios.

—Bueno —dijo pausadamente—, supongo que harás todo perfectamente. Confío plenamente en tu egoísmo, jovencito.

Él introdujo en la jeringa el líquido incoloro, se desnudaron los dos el brazo izquierdo, el mago comprobó meticulosamente la cantidad, puso la inyección a la tía y luego se inyectó él mismo.

Los perfiles de los dos comenzaron a vibrar, a desvanecerse y a estirarse grotescamente a lo largo y a lo ancho, hasta que terminaron por no verse.

Pero en la ponchera de fuego frío empezaron a desarrollarse las cosas más extrañas, al parecer espontáneamente...



—¿Que yo soy un genio? —cacareó el cuervo—. ¡Sí, un genio realmente maravilloso! ¡Debería hacerme yo mismo picadillo por mi maravillosa idea genial! Jamás volveré a pensar, lo juro, o caminaré a pie el resto de mi vida. La reflexión sólo da disgustos, nada más que disgustos da eso.

Pero el gato no lo oía. Había trepado ya un buen trecho hacia donde comenzaba el empinado tejado de la aguja de la torre.

—Lo va a lograr —se dijo Jacobo a sí mismo—. Creo que estaba equivocado. ¡Lo está consiguiendo el chaval!

Reunió sus escasas fuerzas y voló en busca del gato; pero no lo encontró en la oscuridad. Aterrizó en la cabeza de la estatua de un ángel que tocaba la trompeta del juicio final y miraba en todas las direcciones.

—Félix, ¿dónde estás? —gritó.

No hubo respuesta.

Desesperado, lanzó un grito hacia las tinieblas:

—Y aunque consigas realmente llegar hasta las campanas, tú, minicaballero, tú..., y aunque consiguiéramos tocarlas entre los dos..., cosa que es imposible..., no tendría sentido a pesar de todo..., porque si las tocamos *ahora ya*, no será la campanada de año nuevo, sino un toque cualquiera. Porque lo importante no son las campanas, sino que tiene que ser precisamente a medianoche.

No se oyó otro sonido que el silbido del viento, que soplaba contra las esquinas de la torre y las figuras de piedra. Jacobo se agarró a la cabeza del ángel de la trompeta y gritó fuera de sí:

—¡Eh, gatito! ¿Sigues existiendo o te has despeñado ya?

Durante una fracción de segundo tuvo la sensación de que en algún lugar muy alto se oía un maullido débil y lastimero. Se lanzó a la oscuridad y voló en busca del sonido, dando tumbos en el aire.

De hecho, Félix había alcanzado —ni él mismo sabía cómo— una ventana ojival por la que pudo entrar en la torre. Cuando Jacobo aterrizó junto a él, lo abandonaron definitivamente sus fuerzas. Se desmayó y cayó rodando, afortunadamente a poca profundidad. En medio de la oscuridad, quedó tendido como un minúsculo fardo de pelos sobre la madera del armazón de las campanas.

Jacobo saltó tras él y le dio empujones con el pico. Pero el pequeño gato no se movía.

—Félix —graznó el cuervo—, ¿estás muerto?

Como no obtuvo respuesta, bajó lentamente la cabeza. Un temblor recorrió su cuerpo.

—Una cosa hay que reconocerte, gatito —dijo en voz baja—. Quizá no tenías mucho juicio; pero, en cierto modo, has sido un héroe. Tus distinguidos antepasados podrían estar bastante orgullosos de ti, si hubieran existido.

Luego se le nublaron los ojos y se desplomó. El viento silbaba alrededor de la aguja de la torre e introducía en su interior la nieve que poco a poco iba cubriendo a los dos animales.

Muy cerca de ellos, gigantescas y fantasmagóricas, las enormes campanas colgaban del maderamen, ennegrecido por el paso de los años, y

esperaban en silencio el comienzo del nuevo año, que debían saludar con sus formidables voces.



En su vaso de fuego frío, el ponche giraba velozmente como en una centrifugadora, pues dentro del vaso daba vueltas, fulgurando y chisporroteando, la cola de un cometa semejante a una dorada gigantesca que hubiera enloquecido.

Sarcasmo y Tirania habían vuelto de la cuarta dimensión y, totalmente agotados, se habían dejado caer en sus sillas. En aquel momento les habría gustado tomarse algunos minutos para relajarse. Pero les era absolutamente imposible permitirse tal cosa: los habría puesto en grave peligro de muerte.

Contemplaban el recipiente con ojos vidriosos.

Aunque, en principio, el ponche estaba a punto y ya no tenían nada que hacer, en estos últimos minutos anteriores a la culminación de su diabólica obra había que vencer aún una dificultad, que resultó ser la mayor de todas. Consistía en *no* hacer algo concreto.

Según la última de las instrucciones del pergamino, ahora sólo tenían que esperar hasta que el líquido estuviera totalmente en reposo y se hubieran disuelto por entero todas las turbulencias. Pero hasta ese momento les estaba absolutamente prohibido *preguntar algo*, y ni siquiera podían *pensar* una pregunta.

Toda pregunta (por ejemplo, «¿Saldrá bien?» o «¿Por qué hago esto?» o «¿Tiene algún sentido?» o «¿Qué saldrá de ahí?») encierra una duda. Y en estos últimos instantes no se podía dudar absolutamente de nada. Ni siquiera podía uno preguntarse mentalmente por qué no podía plantear ninguna pregunta.

Porque el ponche, mientras no estuviera en pleno reposo y fuera claro y transparente, se encontraba en un estado muy delicado e inestable, en el que podía reaccionar incluso ante los sentimientos y pensamientos. La más mínima duda acerca de él podía hacer que todo el mejunje explotara como una bomba atómica y volaran por los aires no sólo el mago y la bruja, sino también Villa Pesadilla y el barrio entero.

Ahora bien, es sabido que no hay nada más difícil que no pensar en algo concreto que se le ha dicho a uno. Por ejemplo, normalmente uno no piensa en los canguros. Pero si se le dice que durante los cinco minutos siguientes no debe pensar en los canguros bajo ningún concepto, ¿cómo se las arregla para no pensar precisamente en los canguros? Sólo hay una posibilidad: es preciso pensar con la mayor concentración posible en algo distinto, sea lo que fuere.

Pues bien, Sarcasmo y Tirania estaban allí sentados, y por el miedo y el esfuerzo de no pensar en ninguna pregunta, los ojos se les salían literalmente de las órbitas.

El mago recitaba en voz baja todas las poesías que había aprendido en su *desierto* de infancia. (Entre los nigromantes, *desierto* de infancia es lo que en el caso de las personas normales se llama *jardín* de infancia).

Monótonamente y sin pausas murmuraba:

*Soy una pequeña sabandija
y ya resulto nauseabunda.
Quiero dejar de ser canija*

para volverme bestia inmundada.

O:

*Cuando el niño se comió la rana
fue tan grande su alegría,
que decidió que el mal haría
siempre que le viniera en gana.*

O:

*Benjamín pone mucho cuidado
al desplumar al viejo gallo,
porque el que desea ser taimado
no puede cometer fallos.*

O, finalmente, hasta las canciones de cuna que su madre solía cantarle cuando era pequeño:

*¡Mi niño dormido está!
El conde, su padre,
ha ido a chupar sangre,
y vuela sin parar.
¡Mi niño dormido está!*

*¡Bebe, mi niño, bebe!
Los colmillos te crecen ya
y podrás tragar como papá:
un mordisco aquí, otro allá.
¡Bebe, mi niño, bebe!*

U otros versos y canciones igualmente edificantes.

Entretanto, Tirania Vampir calculaba mentalmente cuánto habría producido hasta el día de hoy, con todos los intereses de los intereses, un único tálero que se hubiera colocado el año cero en una cuenta bancaria, suponiendo que el banco existiera en la actualidad.

Hizo el cálculo con la siguiente fórmula, conocida por todos los magos y brujas multiplicadineros:

$$K_n = K_0 (1 + i)^n$$

Había llegado ya a una suma de dinero que equivalía al contravalor de varias bolas de oro del tamaño del globo terráqueo, pero todavía le faltaba mucho para llegar a nuestros días. Calculaba y calculaba, pues de sus cálculos dependía su vida.

Pero cuanto más se prolongaban los minutos —el ponche no estaba aún en pleno reposo ni totalmente claro—, mayor sensación tenía Sarcasmo de que todo su largo cuerpo se curvaba para formar un signo de interrogación. Y a Tirania le parecía que todas las interminables columnas de números que veía delante de ella estaban compuestas de miríadas de signos de interrogación, microscópicamente pequeños, que bailaban y se mezclaban unos con otros y no querían estarse en el lugar que les correspondía.

—¡Por todos los genes clonizados! —suspiró finalmente Sarcasmo—. No voy a poder aguantar más. Ya no me sé ninguna poesía más...

Y Tirania musitó despavorida:

—Me he hecho un lío con mis cálculos. Igual..., igual... Creo que es igual a...

¡Plaff!

El sobrino había propinado a su tía una bofetada con toda la violencia de la desesperación.

—¡Ay! —gritó la bruja fuera de sí.

Y le dio a su vez un sopapo tan fuerte a su sobrino que las gafas de éste volaron por el laboratorio.

Y así comenzó entre los dos un intercambio de golpes digno de dos campeones de lucha libre.

Cuando finalmente se detuvieron, se hallaban sentados en el suelo y se miraban jadeantes. El sobrino tenía un ojo amoratado, y la tía, la nariz ensangrentada.

—No ha sido por motivos personales, Titi —explicó Sarcasmo, y luego señaló con un gesto el vaso de fuego frío.

—¡Mira!

El torbellino de chispas de la cola del cometa se había apagado por completo, habían desaparecido todas las turbulencias, y el ponche genialcoholorosatanarquiarqueologicavernoso brillaba claro e inmóvil con todos los colores del arco iris.

Los dos emitieron un profundo suspiro de alivio.

—Lo de la bofetada —dijo Tirania— ha sido la idea salvadora. Eres un gran tipo, muchacho.

—Sabes, tía —comentó Sarcasmo—. Ya ha pasado el peligro. Ahora podemos pensar lo que queramos. Y debemos hacerlo a nuestro antojo, ¿no crees?

—De acuerdo —respondió la bruja, y puso los ojos en blanco.

El mago sonrió sarcásticamente. Naturalmente, había hecho aquella propuesta con segunda intención. La tía se iba a encontrar con sorpresas.



Cuando el cuervo y el gato se recobraron lentamente de su desmayo, al principio creyeron estar soñando. Se había parado el viento, estaba todo en calma y la noche era clara y estrellada. Ahora no sentían frío y el gigantesco armazón de las campanas estaba cubierto de una maravillosa luz dorada. Una de las grandes figuras de piedra que contemplaban la ciudad desde el exterior del ventanal ojival había girado y había entrado en la torre. Pero ahora la estatua no parecía de piedra, sino muy viva.

Se trataba de un anciano elegante con una larga capa bordada en oro, sobre cuyos hombros había un grueso tapiz de nieve. Llevaba una mitra en la cabeza y un báculo en la mano izquierda. Bajo las cejas, blancas y muy pobladas, sus claros ojos azules miraban a los dos animales no con expresión hostil, pero sí con cierta perplejidad.

En un primer momento se habría podido pensar que era San Nicolás; pero no podía tratarse de él, pues no llevaba barba. ¿Y quién ha visto alguna

vez un San Nicolás afeitado?

El anciano señor levantó la mano derecha. Y Jacobo y Félix sintieron repentinamente que no podían moverse ni emitir el menor sonido. Los dos estaban atemorizados; pero al mismo tiempo se sentían, inexplicablemente, en buenas manos.

—¡Caramba, pilludos! ¿Qué hacéis aquí arriba? —dijo el anciano señor.

Se acercó algo más y se inclinó sobre ellos para examinarlos atentamente. Al hacerlo, cerró un poco los ojos, sin duda era miope.

El cuervo y el gato seguían sentados y con la mirada levantada hacia él.

—Ya sé qué os proponéis —prosiguió el anciano—. Habéis hablado bastante alto mientras escalabais la torre. Pretendéis escamotearme mi maravillosa campanada de Año Nuevo. Creo que no es precisamente un buen detalle. Yo tengo sentido del humor y admito las bromas divertidas, porque a fin de cuentas soy San Silvestre. Pero lo que vosotros pretendíais hacer era una broma de mal gusto, ¿no os parece? Menos mal que he llegado a tiempo.

Los animales intentaron protestar, pero aún no habían recobrado el habla.

—Sin duda —continuó San Silvestre—, vosotros no sabíais que yo vengo aquí una vez al año, el día de mi fiesta, para ver durante unos minutos si todo está en orden. En castigo de la mala pasada que pretendíais jugarme, debería transformaros durante un rato en figuras de piedra y colocaros aquí entre las columnas. Sí, lo voy a hacer. Al menos hasta mañana por la mañana; así tendréis tiempo para reflexionar sobre vosotros mismos. De todos modos, antes quiero saber si tenéis algo que alegar.

Pero los animales no reaccionaron.

—¿Habéis perdido el habla de repente? —preguntó sorprendido San Silvestre. Pero luego se acordó—: ¡Caramba, caramba! Perdonad. Había olvidado por completo...

Hizo un nuevo movimiento con la mano.

—Ahora podéis hablar, pero por orden y sin excusas, ¡por favor!

Y al fin los dos héroes incomprensidos pudieron explicar entre graznidos y maullidos qué los había llevado hasta allí, quiénes eran y en qué consistían los malvados planes del mago y la bruja. En su excitación, a

veces hablaron los dos al mismo tiempo, de modo que a San Silvestre no le resultó fácil entender todo claramente. Pero cuanto más escuchaba, más amistosamente brillaban sus ojos.



Entretanto, Belcebú Sarcasmo y Tirania Vampir se habían metido ellos mismos en una situación sin salida.

Cuando el mago propuso dar rienda suelta a los pensamientos, lo hizo siguiendo un plan astuto. Quería sorprender a la tía y cogerla desprevenida. Como el ponche de los deseos estaba preparado, ya no necesitaba su ayuda. Había decidido excluirla para ser el único poseedor del increíble poder de la bebida mágica. Pero Tirania sólo había aceptado la pausa en apariencia y con idénticos propósitos. También ella pensaba que había llegado el momento de deshacerse de su sobrino.

Una vez más, los dos reunieron en el mismo momento todas sus fuerzas mágicas e intentaron paralizarse mutuamente con su mirada mágica. Estalló entre ellos una terrible lucha sorda. Pero pronto se comprobó que, en lo tocante a las fuerzas de la voluntad, eran los dos igual de fuertes. Y así siguieron sentados, sin intercambiar una palabra, sin moverse. Y sus

esfuerzos eran tan grandes que les corría el sudor por la cara. Ninguno dejaba de mirar al otro, y los dos hipnotizaban sin cesar con todas sus energías.

Una rechoncha mosca, que había decidido invernar en algún rincón de la polvorienta alacena, se despertó súbitamente y rompió con su zumbido el silencio del laboratorio. Percibió algo que la atrajo como un rayo de luz intenso. Pero no era una luz, sino los rayos de energía paralizadora que emitían los ojos de la bruja y del mago y que zigzagueaban entre los dos en ambas direcciones como enormes descargas eléctricas. El moscardón se metió entre los rayos e inmediatamente cayó al suelo con un apagado «zas», incapaz de mover siquiera una pata. Y así permaneció el resto de su corta vida.

Pero ahora tampoco la tía y el sobrino podían moverse. Los dos habían sido hipnotizados por el otro mientras hipnotizaban a porfía. Y, precisamente por eso, no podían dejar de hipnotizarse mutuamente.

Poco a poco, los dos fueron vislumbrando que habían cometido un error fatal. Pero ahora era demasiado tarde. Ninguno de los dos podía mover un solo dedo, y mucho menos girar la cabeza en otra dirección o cerrar los ojos para interrumpir la mirada mágica. Además, ninguno *debía* hacerlo antes de que lo hiciera el otro porque, de lo contrario, quedaría a merced del poder del otro sin posibilidad de resistencia. La bruja no podía dejar de hipnotizar antes que dejara el mago, y el mago no podía dejar antes que dejara la bruja. Por su propia culpa habían caído en lo que en medios mágicos se llama círculo vicioso, en un círculo fatídico.



—Nunca termina uno de aprender —dijo San Silvestre—. Aquí se ve cuánto puede equivocarse incluso uno de nosotros. He sido injusto con vosotros, mis pequeños amigos, y os pido perdón.

—No vale la pena hablar de ello, Monsignore —respondió Félix con un elegante movimiento de pata—. Una cosa así puede pasar en las mejores familias.

Y Jacobo añadió:

—Está perdonado, Reverendo. No se preocupe de eso. Yo estoy acostumbrado a que me traten mal.

San Silvestre sonrió satisfecho. Pero inmediatamente volvió a ponerse serio.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó un poco desvalido—. Lo que habéis contado parece realmente horrible.

Félix, al que la inesperada ayuda de una instancia tan alta había llenado nuevamente de entusiasmo heroico, propuso:

—Si Monsignore tuviera la bondad de tocar personalmente las campanas...

Pero San Silvestre movió la cabeza.

—¡No, no, querido; eso no! Es absolutamente imposible. Todas las cosas del mundo han de tener su orden, el espacio y el tiempo, y también el final del año viejo y el comienzo del nuevo. No es lícito cambiar deliberadamente nada; si no, se trastocaría todo...

—¿Qué te decía yo? —comentó el cuervo, apesadumbrado—. ¡Nada que hacer! Ha sido en vano. Tiene que haber orden, aunque se vaya al diablo el mundo entero.

San Silvestre no oyó la impertinente observación de Jacobo, pues parecía tener su mente en otra parte.

—Ah, sí, sí, el mal, recuerdo... —suspiró—. ¿Qué es realmente el mal y por qué tiene que existir en el mundo? Allá arriba discutimos a veces sobre eso. Pero es realmente un gran enigma, incluso para nosotros.

Sus ojos adoptaron una expresión ausente.

—Contemplado desde la eternidad, mis pequeños amigos, el mal presenta un aspecto completamente diferente que en el reino del tiempo. Allí se ve que, a fin de cuentas, siempre tiene que estar al servicio del bien. Es, por así decir, una contradicción en sí mismo. Busca siempre el poder sobre el bien, pero no puede existir sin el bien, y si alguna vez consiguiera el poder completo, tendría que destruir aquello sobre lo que anhela tener poder. Por eso, amigos, sólo puede durar mientras es incompleto. Si fuera pleno, se desintegraría por sí mismo. Por eso no tiene cabida en la eternidad. Eterno sólo es el bien, que pervive sin contradicción...

—¡Oiga! —gritó Jacobo Osadías, y tiró con el pico de la capa dorada—. No me lo tome a mal, Reverendo, pero ahora todo eso me importa un bledo. Cuando usted termine con su *filosofía*, será demasiado tarde.

A San Silvestre le costó esfuerzos visibles volver al presente.

—¿Cómo? —preguntó, y sonrió beatíficamente—. ¿De qué estábamos hablando?

—De que tenemos que hacer algo ahora mismo, Monsignore —explicó Félix—, para evitar una terrible catástrofe.

—¡Ah, sí, sí! —dijo San Silvestre—. Pero ¿qué?

—Probablemente, Monsignore, ahora sólo puede salvarnos una especie de milagro. Usted es un santo. ¿No podría hacer sencillamente un milagro, aunque sea pequeño?

—¡Sencillamente un milagro! —repitió San Silvestre un poco perplejo—. Mi pequeño amigo, eso de los milagros no es tan sencillo. Ninguno de nosotros puede hacer milagros, a no ser que se lo ordenen desde arriba. Yo tendría que comenzar por presentar una petición a una instancia superior, y pueden tardar mucho tiempo en aceptarla, si es que la aceptan.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Félix.

—Meses, años, tal vez decenios —respondió San Silvestre.

—¡Demasiado tiempo! —graznó Jacobo malhumorado—. ¡Que se vaya al diablo! Nosotros necesitamos algo ahora mismo, en el acto.

La mirada de San Silvestre pareció alejarse nuevamente del mundo.

—Los milagros —dijo en tono solemne— no suspenden el orden del mundo. No son hechos mágicos. Proceden de un orden superior, que el limitado entendimiento terreno no puede comprender...

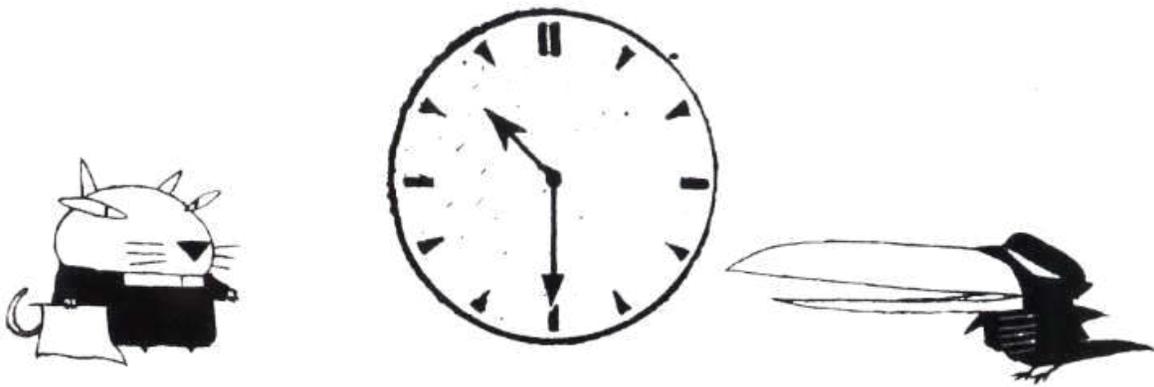
—Muy bien —graznó Jacobo Osadías—; pero, por desgracia, nosotros tenemos que enfrentarnos con hechos mágicos, y además esta misma noche.

—Está bien, está bien —murmuró San Silvestre, que nuevamente tuvo que esforzarse para descender de las elevadas esferas de sus pensamientos—. Francamente, yo os comprendo, amigos. Pero me temo que no es *mucho* lo que puedo hacer por vosotros. Ni siquiera estoy seguro de que me esté permitido actuar por mi propia cuenta. Pero toda vez que me encuentro aquí excepcionalmente, quizá habría una pequeña posibilidad...

Félix le dio con la cola al cuervo y musitó:

—Mira, nos va a ayudar.

—Habrá que verlo —respondió, escéptico, el cuervo.



—Si os he entendido bien —prosiguió San Silvestre—, bastaría un solo toque de las campanadas de Año Nuevo para neutralizar el poder de inversión del ponche arqueolineal...

—Del ponche genialcoholorosatanarquiarqueologicavernoso —le corrigió solícito Félix.

—Exactamente —dijo San Silvestre—. Para neutralizar el poder de inversión de ese ponche. ¿No es así?

—Eso es lo que hemos oído —corroboró el gato, y el cuervo asintió.

—¿Y creéis que eso bastaría para alterar algo el terrible producto?

—Seguro —afirmó Jacobo—. Pero siempre que esos dos engendros del diablo no se enteren de nada. Así desearían bienes para hacer maldades, y sólo conseguirían bienes.

—Bueno, bueno —reflexionó San Silvestre—. Un solo toque de mi concierto de Año Nuevo podría regalároslo. Sólo espero que nadie lo eche en falta.

—Nadie lo echará en falta, Monsignore —exclamó entusiasmado Félix—. En un concierto carece de importancia un toque más o menos, como bien sabe cualquier cantor.

—¿No podría ser un poco más? —suspiró Jacobo—. Lo digo para prevenir cualquier eventualidad.

—De ningún modo —respondió San Silvestre con gesto severo—. En realidad, ya es demasiado, porque el orden del mundo...

—De acuerdo, de acuerdo —le interrumpió rápidamente el cuervo—. Pero no estará prohibido hacer preguntas. ¿Y cómo lo vamos a hacer? Si usted da ahora el toque, lo oirán los dos malvados y estarán prevenidos.

—¿Tocar ahora? —preguntó San Silvestre, y su rostro adquirió otra vez una expresión de arrobo—. No tendría sentido, pues no sería un toque del repique de Año Nuevo. El repique no comienza hasta la medianoche. Y tiene que ser así, porque el principio y el fin...

—¡Efectivamente! —graznó irritado el cuervo—. A causa del orden. Sólo que después es demasiado tarde, es después.

Félix le hizo una seña para que se callara.

La mirada de San Silvestre pareció perderse en la lejanía. De pronto, dio la impresión de que era mucho más grande y majestuoso.

—En la eternidad —dijo— vivimos fuera del tiempo y del espacio. No hay antes ni después, y el efecto no sigue a la causa, sino que los dos constituyen un todo permanente. Por eso puedo entregaros ahora ya el toque, aunque no sonará hasta la medianoche. Su efecto precederá a la causa, como en tantos dones que proceden de la eternidad.

Los animales se miraron. Ninguno de los dos había entendido lo que San Silvestre acababa de decir. Pero él pasó lenta y cuidadosamente los dedos por la impresionante curvatura de la campana más grande, y de pronto tenía en la mano un trozo de hielo transparente. Cogido entre el índice y el pulgar, se lo mostró a los animales, que lo miraron por todas partes. En el interior del cristal de hielo brillaba y centelleaba en forma de una sola nota una lucecita de una belleza supraterrera.

—Aquí tenéis —dijo amistosamente—. Cogedlo, llevadlo inmediatamente allí y echadlo disimuladamente al ponche satánicoetcétera.

Pero no lo echéis fuera ni lo perdáis, porque sólo tengo éste y no puedo daros otro.

Jacobo Osadías cogió cuidadosamente el trozo de hielo con el pico y, como no podía decir otra cosa, hizo «¡hum! ¡hum! ¡hum!» un par de veces con sendas inclinaciones de cabeza.

También el gato hizo una elegante reverencia y maulló:

—Mis más rendidas gracias, Monsignore. Nos mostraremos dignos de su confianza. Pero ¿no podría darnos un último consejo? ¿Hay algún modo de que lleguemos a tiempo?

San Silvestre lo miró, y nuevamente sus pensamientos retornaron de muy lejos, de la eternidad.

—¿Qué decías, amigo? —preguntó, y sonrió como sonríen los santos—. ¿De qué estábamos hablando?

—Perdón —tartamudeó el gato—. Es que yo creo que ya no puedo bajar la torre entera gateando. Y el pobre Jacobo se encuentra también casi sin fuerzas.

—Es cierto, es cierto —respondió San Silvestre—. Bueno, pienso que no hay ningún problema. Volaréis con el toque de campana. Pero agarraos bien el uno al otro. Y ahora tengo que despedirme. Ha sido una gran alegría conocer a dos criaturas de Dios tan valientes y honradas. Hablaré de vosotros allá arriba.

Levantó la mano en ademán de bendecir.

El gato y el cuervo se abrazaron, y ya estaban volando con la velocidad del rayo a través de la noche. Con gran sorpresa suya, a los pocos segundos se encontraban nuevamente en la habitación del gato. La ventana estaba abierta, y era como si no hubieran abandonado el recinto.

Pero el trozo de hielo, con la bella luz dentro, que Jacobo Osadías tenía en el pico, probaba que no había sido un sueño.



Lo que hace que la vida de los nigromantes sea fatigosa y nada confortable es la circunstancia de que han de tener sometidos constantemente a su control todos los seres, incluidos los objetos más simples, de su esfera de poder. En el fondo, no pueden permitirse ni un momento de distracción o de debilidad, porque todo su poder se basa en la coacción. Ninguna criatura, ni siquiera un objeto inanimado, les serviría espontáneamente. Por eso se ven obligados a mantener en permanente esclavitud, mediante sus radiaciones mágicas, todo lo que los rodea. Si se relajaran durante un solo minuto, estallarían un motín contra ellos.

Es posible que a un hombre normal le resulte difícil comprender que haya personas que encuentren placer en ejercer este tipo de coacción. Pero siempre ha habido, y sigue habiendo en nuestros días, algunos que no retroceden ante nada con tal de conseguir y mantener semejante poder, y no sólo entre los magos y las brujas.

Pues bien, cuantas más energías de su voluntad tenía que emplear Sarcasmo para oponer su paralizadora fuerza hipnótica a la de Tirania, menos fuerza le quedaba para mantener sometidos a control duradero los incontables espíritus elementales de su Museo de Ciencias Naturales.

Todo empezó cuando la pequeña y repugnante criatura denominada juzgalibros comenzó a moverse, se estiró y enderezó, miró a su alrededor como despertando y, cuando comprendió dónde se encontraba, se puso tan furiosa en su tarro que salió con él disparada de la estantería. La caída no fue tan grande como para que se lesionara gravemente, pero sí lo suficiente para que su prisión de cristal se hiciera añicos.

En cuanto lo vieron las otras criaturas, que ya estaban dando golpes y haciéndose señas, siguieron su ejemplo. Los recipientes se fueron rompiendo uno tras otro, las víctimas liberadas ayudaron a liberarse a los otros prisioneros y así fue aumentando el cúmulo de liberados. El oscuro pasillo se llenó enseguida de cientos y cientos de pequeñas figuras, de gnomos y duendecillos, de geniecillos del agua y elfos, de salamandras y enanos de todas las clases y formas. Todos corrían sin dirección fija y chocando unos con otros, pues no conocían la tenebrosa Villa Pesadilla.

El juzgalibros no se ocupó mucho de los demás, porque era demasiado instruido como para creer en la existencia de semejantes criaturas. Hinchó las aletas de la nariz y venteó. Llevaba muchísimo tiempo sin poder poner pegas a un libro y estaba realmente hambriento de hacerlo. Su infalible olfato le dijo dónde encontraría el material apropiado, y se puso en camino hacia el laboratorio. Un poco vacilantes, lo siguieron algunos, con la esperanza de que les mostraría el camino hacia la libertad; luego se fueron uniendo más y más criaturas a esta fila, hasta que finalmente estuvo en marcha todo el ejército de millares de unidades encabezado por el juzgalibros, que, sin pretenderlo realmente, había asumido así el papel de caudillo de la revolución.

Ahora bien, todos estos espíritus son de pequeña estatura pero, como es sabido, poseen fuerzas inmensas. Como sacudidos por un terremoto, los muros del edificio temblaron hasta los cimientos cuando aquel ejército irrumpió en el laboratorio y comenzó a golpear todo lo que allí había, grande o pequeño. Los cristales de las ventanas saltaron en pedazos, las

puertas reventaron y las paredes se agrietaron como si hubieran estallado bombas.

Finalmente, los objetos, que estaban aún muy cargados con las fuerzas mágicas de Sarcasmo, comenzaron a cobrar una fantasmagórica vida propia y a defenderse contra los rebeldes. Las botellas, tubos de cristal, retortas y marmitas se pusieron en movimiento, silbaron, soplaron, danzaron un *ballet* y lanzaron contra los atacantes las esencias que contenían. Muchos se hicieron pedazos en este combate; pero también algunos de los espíritus elementales recibieron una lección bien merecida y prefirieron huir, cojeando y lamentándose, al Parque Muerto, y ponerse a salvo.

El juzgalibros se había apartado de este caos y había buscado refugio en el silencio de la biblioteca, para saciar en paz su voracidad. Sacó el primer mamotreto que encontró y empezó a ponerle peros a diestro y siniestro. Pero el libro mágico no toleró ese tratamiento e intentó atraparlo.

Mientras luchaban los dos, comenzaron a cobrar vida los demás libros de la biblioteca. Salieron de las estanterías en formación a centenares y millares.

Ahora bien, es un hecho conocido que, a veces, los libros se tienen entre sí un odio mortal. Aun tratándose de libros enteramente normales, cualquiera que tenga un poco de tacto no colocará *Justine* junto a *Heidi* ni *Las leyes tributarias* junto a *La historia interminable*, aunque, naturalmente, los libros normales no pueden oponerse a eso. Pero el caso de los libros de magos es totalmente distinto, sobre todo cuando rompen las cadenas de la esclavitud. Así, en pocos instantes, los incontables libros formaron, según su contenido, distintos grupos de combate, que se lanzaron unos contra otros con las tapas abiertas e intentaron devorarse. Entonces, hasta el juzgalibros se asustó y huyó.

Finalmente, también los muebles comenzaron a participar en aquel alboroto general. Crujiendo, se pusieron en movimiento armarios pesados, brincaron y bailaron baúles llenos de enseres o de vajilla. Sillas y butacas giraron como patinadores sobre una sola pata, las mesas galoparon, se encabritaron y cocearon como caballos en un rodeo; en una palabra: fue lo que suele llamarse un verdadero aquelarre.

El reloj de pared del mecanismo cruel no se limitó a golpear con el martillo el dolorido pulgar, sino que repartió golpes a diestro y siniestro. Sus agujas giraron como hélices, y el propio reloj se despegó de la pared y dio vueltas como un helicóptero sobre el campo de batalla. Y cada vez que pasó por encima de las cabezas del mago y de la bruja, que seguían sin poder moverse, los golpeó con todas sus fuerzas.

Entretanto, hasta los últimos espíritus elementales habían huido de la casa y se habían dispersado en todas las direcciones. Los libros, muebles y objetos, que hasta aquel momento se habían limitado a luchar entre sí, comenzaron a dirigir contra sus opresores su ira común. Sarcasmo y Tirania sufrieron impactos de libros que llegaban volando, mordeduras de la cabeza de tiburón, chapuzones de matraces de cristal, empujones de cómodas y golpes de patas de mesas que coceaban, hasta que los dos rodaron al mismo tiempo por el suelo. Pero, como es natural, con esto se había interrumpido la hipnosis recíproca, y los dos pudieron recobrase.

—¡Alto! —tronó Sarcasmo con energía.

Levantó los brazos, y de sus diez dedos salieron relámpagos rojos que chocaron contra todos los rincones del laboratorio, penetraron en todas las habitaciones de Villa Pesadilla, atravesaron los tortuosos pasillos, subieron por la escalera hasta el almacén y bajaron hasta el sótano, mientras él bramaba:

*¡Rebeldes criaturas en derredor,
obedeced mis órdenes con temblor!
¡De nuevo estáis bajo mi control
y servís solamente a vuestro señor!*

De todos modos, con esto no pudo lograr que retornaran los espíritus elementales que habían escapado, pues ya estaban a salvo de su acción mágica. Pero todo el frenesí que reinaba dentro de la villa se detuvo al instante. Las cosas que silbaban por los aires cayeron al suelo entre crujidos y chirridos, las que se mordían o estaban entrelazadas se separaron, y todo quedó inmóvil. Sólo la larga serpiente de pergamino en que se hallaba la

receta serpenteaba como una oruga gigantesca, pues había caído en la chimenea abierta y las llamas la estaban reduciendo a cenizas.

Respirando con dificultad, Sarcasmo y Tirania pasearon su mirada por el laboratorio. El panorama era pavoroso: no había más que libros desencuadernados, ventanas y vasijas rotas, muebles volcados y desvencijados, cascos y vidrios. Del techo y de las paredes caían gotas de esencias que formaban en el suelo charcos humeantes. El mago y la bruja no habían salido mejor parados: estaban llenos de chichones, rasguños y cardenales, y tenían los vestidos rotos y embadurnados.

Sólo el ponche genialcoholorosatanarquiarqueologicavernoso seguía intacto en su vaso de fuego frío, situado en el centro del laboratorio.



El gato y el cuervo acababan de llegar de la aguja de la torre a la habitación del gato cuando comenzaron a oírse en el pasillo el tintineo y el estallido de los tarros de cristal. Como no podían sospechar cuál era la causa de aquel fragor infernal, habían salido a la oscuridad del jardín y se habían refugiado en la rama de un árbol seco. Allí estaban sentados ahora, muy apretados el uno al otro, y escuchaban asustados el supuesto terremoto que estremecía la villa entera, y contemplaban cómo se rompían los cristales de las ventanas.

—¿Crees que están riñendo? —murmuró Félix.

Jacobo, que seguía teniendo en el pico el trozo de hielo con la lucecita dentro, se limitó a hacer «hum, hum» y a encoger las alas.

Ahora, el viento estaba totalmente en calma. Habían desaparecido los nubarrones negros y el cielo estrellado brillaba como millones de diamantes. Pero hacía más frío.

Los dos animales temblaron y se acercaron más el uno al otro.

Sarcasmo y Tirania estaban sentados frente a frente, separados por la gigantesca ponchera. Se miraban con odio manifiesto.

—¡Maldita bruja! —rechinó él—. ¡Ha sido todo culpa tuya!

—¡El culpable has sido tú, pérfido impostor! —silbó ella—. ¡No vuelvas a hacerlo!

—Has empezado tú.

—No, has sido tú.

—Estás mintiendo.

—Querías deshacerte de mí para beberte el ponche tú solo.

—Eso es lo que querías hacer tú.

Obstinados, se callaron los dos.

—Jovencito —dijo finalmente la bruja—, seamos razonables. Sea lo que fuere lo que ha pasado, lo cierto es que hemos perdido mucho tiempo. Y si no queremos que la elaboración del ponche no nos sirva de nada, debemos apresurarnos.

—Tienes razón, tía Titi —respondió él con una sonrisa sospechosa—. Así que vamos a llamar inmediatamente a los dos espías para empezar, por fin, la velada.

—Será mejor que vaya contigo, muchacho —opinó Tirania—, para que no se te ocurra otra vez hacer alguna tontería.

Y treparon apresuradamente por los montones de escombros y salieron corriendo al pasillo.

—Han salido —susurró Félix, que tenía ojos de gato y podía ver mejor el interior de la casa—. ¡Ahora, rápido, Jacobo! Sal volando. Yo te sigo.

Jacobo voló de la rama a una de las ventanas rotas del laboratorio con aleteos inseguros. Félix tuvo que bajar del árbol gateando con las patas agarrotadas por el frío, afanarse para llegar a la casa cruzando la gruesa capa de nieve, saltar al alféizar y entrar con cuidado por el agujero de la ventana. Vio algunas plumas ensangrentadas en las astillas del cristal y se asustó.

—Jacobo —musitó—, ¿qué te ha pasado? ¿Estás herido?

Luego tuvo que estornudar un par de veces con tanta fuerza que estuvo a punto de caer. Era evidente que, para colmo de desgracias, había cogido un fuerte catarro.

Echó una ojeada al laboratorio y vio la devastación.

—¡Cielos —quiso decir—, qué panorama hay aquí!

Pero su voz no era ya más que un pitido ronco.

Jacobo estaba en el borde de la ponchera e intentaba una y otra vez echar dentro el trozo de hielo. Pero no lo lograba. Se le había helado el pico.

Miraba a Félix en busca de ayuda y hacia constantemente: «¡Hum, hum, hum!».

—¡Escúchame! —pitó el pequeño gato con gesto trágico—. ¿Oyes mi voz? Eso es todo lo que ha quedado de ella. ¡Se acabó para siempre!

El cuervo aleteó airado en el borde de la ponchera.

—¿A qué esperas? —pitó Félix—. Echa el toque al ponche.

—¡Hum, hum! —respondió Jacobo, e intentó desesperadamente abrir el pico.

—Espera, voy a ayudarte —musitó Félix, que al fin había comprendido. Saltó al borde de la ponchera; pero le temblaban tanto todos los miembros que estuvo a punto de caer dentro. En el último instante, se agarró a Jacobo, que a duras penas logró mantener el equilibrio.

En aquel momento oyeron la voz de la bruja, que decía en el pasillo:

—¿No están ahí? ¿Qué significa eso de que no están ahí? Oye, Jacobito, cuervo mío, ¿dónde os habéis metido?

Y luego la voz ronca de Sarcasmo:

—Maurizio di Mauro, mi querido gatito, ven con tu buen maestro.

Las voces se acercaban.

—Gran Gato del cielo, ayúdanos —balbució Félix, e intentó abrir con las dos patas el pico de Jacobo.

De repente se oyó «plum» y la ponchera comenzó a vibrar; pero no se oía nada. Sólo la superficie del líquido se rizó como si se le hubiera puesto carne de gallina. Luego se alisó nuevamente, y el trozo de hielo con la campanada dentro se disolvió en el ponche de los deseos sin dejar ninguna huella.

Los dos animales saltaron de la ponchera y se ocultaron detrás de una cómoda volcada. En aquel instante entró Sarcasmo, seguido de Tirania.



—¿Qué ha sido eso? —preguntó recelosa la bruja—. Aquí ha pasado algo. Lo noto.

—¿Qué puede haber pasado? —comentó él—. A mí lo único que me preocupa es saber dónde están los dos animales. Si se han largado, habrá sido inútil todo el trabajo que nos ha costado elaborar el ponche.

—¿Inútil? ¿Qué dices? —exclamó la bruja—. Al menos podemos cumplir todas nuestras obligaciones contractuales antes de la medianoche. ¿Te parece poco?

Sarcasmo le cerró la boca.

—¡Chiss! —silbó—. ¿Estás loca, Titi? A lo mejor se encuentran aquí y nos están oyendo.

Los dos escuchaban y, naturalmente, Félix tuvo que estornudar sonoramente en aquel momento.

—¡Anda! —exclamó Sarcasmo—. ¡Jesús, señor cantor de cámara!

Los animales salieron lentamente de detrás de la cómoda. Jacobo tenía una mancha de sangre en las plumas de la pechuga y caminó arrastrando las alas. Félix se acercó renqueando.

—¡Anda! —dijo pausadamente también Tirania—. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Ahora mismo, en este instante, hemos entrado por la ventana —graznó Jacobo—. Allí me he cortado, como puede ver usted, *madam*.

—¿Y por qué no os habéis estado en la habitación del gato, como se os había ordenado?

—Así lo hemos hecho —mintió descaradamente el cuervo—. Hemos estado durmiendo todo el tiempo. Pero cuando han empezado los crujidos y el alboroto, nos hemos asustado tanto que hemos huido al jardín. ¿Qué ha ocurrido? Ha sido terrible. ¡Y qué aspecto tienen ustedes! ¿Qué les ha pasado?

Le dio un aletazo al gato, y éste repitió con voz débil:

—¿... les ha pasado?

Y en ese momento tuvo un fuerte acceso de tos.

Quien ha visto una vez a un pequeño gato sufrir un violento ataque de tos, sabe hasta qué punto es desgarradora esa escena. El mago y la bruja fingieron preocuparse mucho.

—Esa tos no augura nada bueno, pequeño —comentó Sarcasmo.

—Me parece que estás bastante mal —añadió Tirania—. ¿No os ha ocurrido nada más?

—¿Nada más? —gritó Jacobo—. ¡Vaya, muchas gracias! Hemos estado media hora ahí fuera acurrucados en el árbol, y con un frío de perros. ¡Nada más! ¡Yo soy un cuervo, *madam*, y no un pingüino! Siento mi *reumaticismo* en todos los miembros, tanto que no puedo mover las alas. ¡Nada más! ¡Nos hemos librado de la muerte por los pelos! ¡Nada más! Ya lo decía yo, esto va a tener un mal *endesenlace*.

—¿Y aquí dentro? —preguntó Tirania con los ojos semicerrados—. ¿Habéis tocado algo?

—Absolutamente nada —graznó Jacobo—. Tenemos bastante con el susto que nos dio hace un rato la serpiente de pergamino.

—Déjalo estar, Titi —dijo el mago—. Estamos perdiendo el tiempo.

Pero ella negó con un movimiento de cabeza.

—He oído algo, estoy segura.

Echó a los animales una mirada penetrante.

Jacobo abrió el pico para contestar algo, pero volvió a cerrarlo: no se le ocurría nada más.

—He sido yo —logró decir Félix con su voz catarrosa—. Perdonen, pero el hielo me había dejado la cola tan rígida como un bastón y completamente insensible. Así que, por descuido, le he dado con ella a la ponchera; pero ha sido un golpe muy débil, y no ha pasado nada, maestro.

El cuervo miró a su colega con un gesto de elogio.

El mago y la bruja parecieron tranquilizarse.

—Os extrañará —dijo Sarcasmo— que esto parezca un campo de batalla. Y os preguntaréis, mis pequeños amigos, quién nos ha dejado así a mi anciana tía y a mí. ¿No es cierto?

—Sí, ¿quién? —dijo Jacobo.

—Bien, os lo voy a decir —prosiguió el mago en tono patético—. Mientras vosotros dormitabais en la acogedora habitación del gato, nosotros hemos tenido que librar un combate terrible, un combate contra poderes hostiles que querían aniquilarnos. ¿Y sabéis por qué?

—No, ¿por qué? —dijo Jacobo.

—Os hemos prometido una grande y maravillosa sorpresa, ¿no es cierto? Y nosotros cumplimos lo que prometemos. ¿Podéis adivinar en qué consiste?

—No, ¿en qué? —preguntó Jacobo, y Félix dijo lo mismo en voz baja.

—Entonces, escuchad y alegraos, mis pequeños amigos —anunció Sarcasmo—. Mi buena tía y yo hemos trabajado incansablemente por el bien del mundo entero con grandes sacrificios personales —al decir esto echó a Tirania una mirada penetrante—, con grandes sacrificios personales. El poder del dinero —aquí señaló a la bruja— y el poder del saber —en este momento se llevó la mano al pecho y bajó humildemente los ojos— se alían ahora para derramar felicidad y bendiciones sobre toda criatura doliente y sobre la humanidad entera.

Hizo una pequeña pausa y se llevó teatralmente la mano a la frente antes de proseguir:

—Pero los buenos propósitos ponen inmediatamente en pie de guerra a las fuerzas del mal. Y esas fuerzas se han lanzado contra nosotros y han arriesgado todo para impedir nuestro noble proyecto. El resultado lo tenéis a la vista. Pero como nosotros éramos un solo corazón y una sola alma, no han podido doblegarnos. Los hemos puesto en fuga. Y ahí veis nuestra obra común: esa maravillosa bebida que posee el poder mágico y divino de cumplir todos los deseos. Lógicamente, un poder tan grande sólo puede ponerse en manos de personalidades que estén muy por encima de hacer de él el menor uso egoísta, personalidades como tía Titi y yo...

Al parecer, esto era demasiado incluso para él mismo. Tuvo que llevarse la mano a la boca para ocultar que sus labios se contraían con una sonrisa cínica.

Tirania le hizo un gesto de asentimiento y tomó rápidamente la palabra:

—Te has expresado muy bien, muchacho. Estoy emocionada. Ha llegado el gran momento.

Luego se inclinó sobre los animales, los acarició y dijo en tono muy enfático:

—Y vosotros, mis queridos pequeños, habéis sido elegidos para ser testigos de este fabuloso acontecimiento. Eso es un gran honor para vosotros. Os sentís felices de ello, ¿no es cierto?

—¡No sabe usted cuánto! —graznó Jacobo, irritado—. Yo se lo agradezco muchísimo.

También Félix quiso decir algo, pero tuvo un nuevo acceso de tos.





El mago y la bruja buscaron dos copas intactas entre la vajilla desparramada por el suelo, encontraron también un cazo, acercaron sillas y se sentaron a los dos lados del recipiente del ponche.

Llenaron sus copas con el opalescente mejunje y se las bebieron de un trago, sin respirar. Cuando terminaron jadeaban, pues el ponche era muy alcoholorosatánico. De las orejas de Sarcasmo salieron espirales de humo, y las escasas guedejas de Tirania se enroscaron como tirabuzones.

—¡Oooh! —exclamó él, y se limpió los labios—. ¡Qué bien sienta!

—Siii —dijo ella—. Anima bastante.

Y comenzaron a formular sus deseos. Naturalmente, tuvieron que hacerlo en verso, para que surtiera efecto.

El mago improvisó con más rapidez su primera estrofa:

Ponche de los ponches, cumple mis deseos:

*Que diez mil árboles enfermos
vuelvan a brotar,
y los sanos, jóvenes o viejos,
crezcan todavía más.*

Ahora también la bruja tenía preparada ya su estrofa:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Las acciones de «Talar y Hermanos»
comenzarán a bajar
y sólo como papel higiénico
se podrán utilizar.*

Luego se sirvieron otra copa y se la tomaron rápidamente de un trago, porque ya no les quedaba mucho tiempo: tenían que beberse todo antes de la medianoche.

Nuevamente fue Sarcasmo el primero en recitar su estrofa:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Que de todos los mares y los ríos
la contaminación desaparezca,
y repletos de peces y límpidos,
como en el pasado, permanezcan.*

E inmediatamente después exclamó Tiranía:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Todo aquel que deje de ser escrupuloso
y envenene fuentes y manantiales
no podrá degustar vinos y espumosos.
¡Se conformará con beber aguas fecales!*

De nuevo llenaron las copas y se las echaron apresuradamente al colete. Esta vez se adelantó la bruja:

Ponche de los ponches, cumple mis deseos:

*¡Se acabó con la matanza de focas,
fuera el comercio de marfil!
¡Salvemos las ballenas, que quedan pocas!
¡Abajo el tratante vil!*

Y al instante entró el sobrino:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
¡Prohibido exterminar animales,
cualquiera que sea su especie!
Todos son necesarios, todos valen:
vertebrados, aves, peces...*

Vaciaron una vez más sus copas, y la voz del mago retumbó:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Terminemos con la polución
que modifica las estaciones.
¡Que reine de nuevo la razón!
¡Que el clima no sufra alteraciones!*

Y, tras pensar un poco, la bruja canturreó:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Quien le haga al cielo un agujero,
en la batalla por el poder,
al lento fuego del hervidero
expondrá su infame piel.*

Empinaron nuevamente el codo, y en esta ocasión volvió a ser más rápida la bruja:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Aquel que entre pueblos y razas
siembre la discordia y la guerra,
aquel que trafique con armas*

jamás podrá evitar la quiebra.

Y enseguida recitó Sarcasmo con voz estentórea:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Que el océano conserve la vida
y se diluya la marea negra,
que los mares y las costas sigan
dando alimentos a la Tierra.*

Cuanto más bebían y versificaban a todo trapo, más difícil les resultaba contener la risa.

Imaginaban mentalmente la catástrofe que sus deseos, aparentemente tan nobles, iban a provocar en el mundo, y les producía un placer increíble engañar por completo a los dos animales allí presentes y, con ellos, a su Consejo Supremo. Además, la poción alcoholorosatánica influía cada vez más en ellos. Aunque los dos eran buenos bebedores y podían trasegar bastante, la rapidez con que tenían que beber y la diabólica fuerza del ponche comenzaban a dejarse sentir.



Cuanto más tiempo llevaban parlotando, más altisonantes y retóricos se hacían sus deseos. Cuando cada uno se había echado al cuerpo más de diez copas, empezaron a jalear e hipar.

En aquel momento le tocaba nuevamente el turno a Tirania:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
La riqueza, de la que todos alardeamos
y que es motivo de felicidad... ¡Hip!,
no se obtendrá a costa de los despojados,
que sufren abusos sin piedad.*

Y luego volvió a dejarse oír la voz de Sarcasmo:

*Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Las fuentes de energía más peligrosas*

serán suprimidas de cuajo... ¡Hup!
El viento y el sol son otra cosa,
nos ayudarán en el trabajo.

Tras la copa siguiente, la bruja gritó:

Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Sólo lo bueno y real será objeto de venta,
aquello que el trabajo del hombre fomenta.
Con la vida, la justicia y la conciencia,
nadie deseará tener desavenencias... ¡Hop!

Y el mago roncó:

Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Que no aparezcan nuevas enfermedades,
ni de forma natural ni artificiales... ¡Hopla!
Y las viejas tienen que desaparecer
¡a la una, a las dos, y a las tres!

Y cada uno de ellos volvió a echarse al coleteo una copa llena, y Tirania chilló:

Ponche de los ponches, cumple mis deseos:
Los niños se sentirán alegres
y tendrán confianza en el futuro... ¡Hup!
El lema será que sean felices
¡aunque haya que derribar muros!... ¡Hip!

Y Sarcasmo recitó una nueva estrofa, y así siguieron y siguieron. Fue una especie de carrera de rimas y libaciones en la que a veces uno y a veces otro llevaba una ligera ventaja, pero ninguno lograba despegarse definitivamente del otro.

Al cuervo y al gato los llenaba de pavor y temblor lo que veían y oían. Porque ellos no podían comprobar lo que acontecía en el mundo exterior

tras la formulación de aquellos deseos. ¿Habría surtido efecto aquel único toque, hasta entonces inaudible, de las campanadas de Año Nuevo? ¿O tal vez había sido demasiado débil para neutralizar el diabólico poder de inversión del ponche? ¿Y si el mago y la bruja estaban en lo cierto y ocurría exactamente *lo contrario* de los deseos que formulaban? En este caso, habría comenzado a desencadenarse la peor catástrofe para el mundo entero, y ya nadie podría detenerla.



Jacobo Osadías había metido la cabeza debajo de las alas, y Félix se tapaba con las patas alternativamente los oídos y los ojos.

Entretanto, también el mago y la bruja parecían desfallecer poco a poco, en parte porque cada vez les costaba más trabajo versificar y porque ya hacía tiempo que habían cumplido de sobra su tarea contractual de maldades, pero también porque la cosa les resultaba cada vez menos divertida. Tampoco ellos podían ver con sus propios ojos las consecuencias de su deseo-hechizo, y las gentes de su calaña sólo sienten verdadero placer cuando pueden deleitarse directamente con las calamidades que provocan.

Por eso decidieron entonces hacer con el resto del ponche de los deseos algo para su diversión personal y hechizar en su entorno inmediato.

A Jacobo y Félix no les quedó sangre en las venas cuando oyeron eso. Ahora sólo había dos posibilidades: se comprobaría que la campanada de San Silvestre no había surtido efecto, y entonces ya no habría nada que

hacer; o que había neutralizado efectivamente el poder de inversión del ponche, y entonces lo notarían al instante Sarcasmo y Tirania. Lo que en ese caso les esperaba al gato y al cuervo no era difícil de adivinar. Se miraron angustiados.

Pero, entretanto, Sarcasmo y Tirania se habían echado ya más de treinta copas al colete y estaban más borrachos que una cuba. Apenas podían mantenerse en sus sillas.

—Ahora escucha, querida... ¡Hip!, querida tía Tati —tartamudeó el mago—. Ahora vamos a empezar con nuestros encantadores animalitos. ¿Qu... qu... é te parece?

—¡Buena idea, Belcebucito! —respondió la bruja—. Ven aquí, Jacobo, mi impertinente cuervo de cala... ¡Hip!... dades.

—Pero, pero, —graznó Jacobo, asustado—. Por favor, *madam*, conmigo no, no. Yo no quiero. ¡Auxilio!

Trató de huir y se tambaleó por el laboratorio buscando dónde esconderse. Pero Tirania se había soplado ya una copa llena y recitó, no sin esfuerzo, la siguiente estrofa:

*Ponche che los ponches, cumple miz decheos:
Jacobo, se terminaron... ¡Hup!... f tus dolores.
¡Fuera las lesiones, fuera el reumatismo!
Un nuevo traje de be... bellas plumas ponte.
¡Abajo los achaques de tu organismo!... ¡Hip!*

El mago y la bruja (y, en alguna medida, también el cuervo, siempre pesimista) habían esperado que el pobre se quedaría ahora totalmente desplumado como un gallo pelado y que, retorciéndose de dolor, se desplomaría más muerto que vivo.

En vez de eso, Jacobo se vio súbitamente embellecido por un plumaje agradablemente tibio y negro azulado. Era el plumaje más hermoso de toda su vida. Lo ahuecó, se irguió, sacó la pechuga, extendió primero el ala izquierda y luego la derecha y las contempló con la cabeza ladeada.

Las dos estaban íntegras.

—¡Gran Cuervo! —graznó—. Félix, ¿ves lo que estoy viendo yo, o me he vuelto loco de remate?

—Lo veo —musitó el gato— y te felicito de corazón. Para ser un cuervo viejo, casi pareces elegante.

Jacobo agitó sus flamantes alas y gritó entusiasmado:

—¡Hurraaa! Ahora no me duele absolutamente nada. Me siento como recién salido del nido.

Sarcasmo y Tirania miraban perplejos al cuervo. Tenían el cerebro demasiado obnubilado para comprender lo que pasaba.

—¿Có... cómo? —murmuró la bruja—. ¿Qué... qué tonterías está haciendo ese, ¡hip!, estúpido pájaro? To... do es una equivocación.

—Túa Tatitata —sonrió el mago—, habrás hecho algo mal, ¡hip! Siempre confundes todo. Eres un poco chapucera, vieja. Ahora te voy a encañanar cómo hace esas cosas, ¡hup!, un verdadero experto. Fíjate.

Se echó al colete una copa entera y murmuró confusamente:

*Ponche che chos ponches, cumple miz checheos:
¡Transfórmate en un gato apuesto,
de cuerpo sano y peripuesto!... ¡Hip!
Deseo que te cambie la voz,
¡conviértete en un gran tenor!*

Félix, que un instante antes estaba gravemente enfermo y apenas podía emitir un solo sonido, sintió súbitamente cómo su lamentable figura, pequeña y obesa, se erguía, crecía y adquiriría el tamaño de un gato elegante y musculoso. Ahora su piel no era ridículamente estampada, sino blanca como el jazmín y suave como la seda, y sus bigotes no habrían desentonado en un tigre.

Carraspeó y, con una voz que de pronto sonó tan fuerte y armoniosa que él mismo quedó al instante hechizado por ella, dijo:

—Jacobo, amigo mío, ¿cómo me encuentras?

El cuervo le guiñó un ojo y graznó:

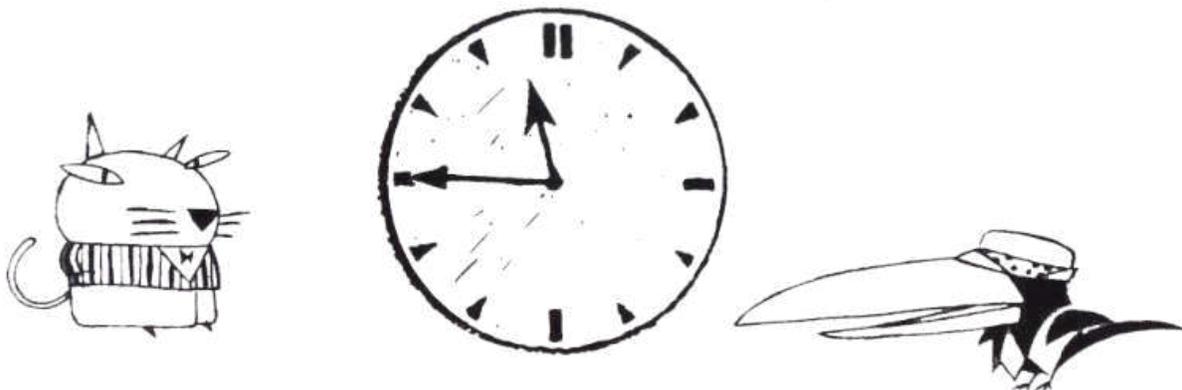
—De primera, Félix, francamente principesco. Exactamente como tú habías querido siempre.

—¿Sabes, Jacobo? —comentó el gato, y se retorció los bigotes—, en adelante deberías llamarme Maurizio di Mauro. Porque este nombre responde mejor a lo que soy, ¿no crees? ¡Escucha!

Hizo una inspiración profunda y comenzó a maullar melodiosamente:

—O *solé mió...*

—¡Chiss! —lo interrumpió Jacobo, y le pidió con un gesto que se callara—. ¡Cuidado!



Pero, afortunadamente, el mago y la bruja no oyeron nada, porque se habían enzarzado en una violenta discusión. Tartamudeando y a gritos, cada cual culpaba al otro de haber hecho algo mal.

—¡Pretendes ser un experto! ¿Un experto zú? Déjame que me ría, ¡ja, ja! Tú eres, sencillamente, ¡hip!, un ignorante ridiculiforme.

—¿Cómo te permites eso? —bramó Sarcasmo—. Precisamente zú, vieja diletante, quieres mancillar mi honor forpe... porfe... profesional.

—Ven, gatito —musitó Jacobo—. Es mejor que nos evaporemos de aquí porque, si no, todavía puede tener todo un mal *endesnlace* para nosotros.

—A mí me gustaría ver cómo termina —susurró el gato.

—Por desgracia —respondió el cuervo—, sigues teniendo tan pocos sesos como antes. Pero, bueno, un cantante tampoco los necesita mucho. Vamos, rápido, hazme caso.

Y mientras el mago y la bruja seguían discutiendo, el cuervo y el gato salieron a hurtadillas por una ventana rota.

Del ponche de los deseos no quedaban ya más que algunos restos. La tía y el sobrino estaban más borrachos que una espita. Y como suele ocurrirles a las personas de mal carácter cuando tienen tanto alcohol en la sangre, se quitaban la palabra con una irritación absurda.

De los animales se habían olvidado y, por tanto, no advirtieron su desaparición. Tampoco se les ocurrió pensar que algo podía haber neutralizado el poder inversor de la bebida mágica. En vez de eso, se dejaron llevar por una ira incontenible y decidieron los dos asestar al otro un golpe claro y definitivo con el poder del propio ponche. Los dos tenían el propósito de endosarse mutuamente las maldades y malignidades más grandes que cabía. Cada uno quería que el hechizo transformara al otro en un anciano decrepito, feo como un demonio y enfermo de muerte. Así que los dos volvieron a beberse al mismo tiempo una copa llena y gritaron al unísono:

*Ponche chechos ponchesss, chumpe miz checheos:
Para ti la belleza, la eterna ¡yuju!...ventud, el mayor de
los gozos.
Para ti la sabiduría y... ¡Hip!..., la sa... salud.
¡Y un corazón bondado... zo!*

Y, con gran turbación de ambos, súbitamente se hallaron frente a frente jóvenes y bellos como el príncipe y la princesa del cuento.



Tirania se palpó en silencio el talle, grácil y esbelto como un junco (aunque el traje de noche amarillo azufre le quedaba ahora muy ancho), y Sarcasmo se pasó la mano por la cabeza y exclamó:

—¡Diablos! ¿Qué ha brotado en mi cabecita? ¡Hip! ¡Ole! ¡Qué maravillosa cabellera! Que alguien me traiga un pejo y un espeine..., digo, un jope y un esneipe..., esto, un espejo y un peine para domar estas melenas.

Y efectivamente, una abundante cabellera negra cubría sorprendentemente su cabeza, antes calva. A la tía, en cambio, le caía por los hombros un cabello rubio y ondulado como a la sirena Lorelei. Y mientras se tocaba con los dedos la cara, antes llena de arrugas, exclamó:

—¡Tengo la piel, ¡hip!, tersa como el pompis de un bebé!

Y de pronto se detuvieron los dos y se dirigieron una sonrisa cariñosa como si se vieran por primera vez (cosa que de algún modo era cierta, pues

nunca se habían visto con aquella figura).

El ponche de los deseos había transformado por completo a los dos, aunque no como ellos querían; pero algo seguía igual o incluso había aumentado: su borrachera. Porque ningún hechizo puede contrahechizar su propia acción. Eso es absolutamente imposible.

—Belbucecito —balbució la tía—, eres realmente un bebé encantador. Pero ¡hip!, de repente te veo doble.

—Calla, preciosa —farfulló el sobrino—. Tú eres para mí un sueño: ahora tienes una aureola, o tal vez dos. En cualquier caso, te adoro, queridísima titatía. Me siento transformado en el fondo del alma. Tengo unos sentimientos tan puros, ¿sabes? Una inmensa ternura y dulzura.

—A mí me ocurre lo mismo —respondió ella—. De repente, me siento tan bien en el fondo de mi corazón que podría abrazar al mundo entero.

—Tatía —logró decir Sarcasmo—, eres una tía enzancadora. Me gustaría reconciliarme contigo para siempre. En adelante podemos tucearnos, ¿de acuerdo?

—Pero, querido niño —replicó ella—, nosotros siempre nos hemos tuceado.

Sarcasmo asintió, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Cierto, cierto. Una vez más tienes muchísima razón. Entonces, a partir de ahora nos llamaremos por el nombre. Yo, por ejemplo, me llamo... ¡Hip!... ¿Cómo me llamo yo?

—N... n...no tiene ninguna importancia —dijo Tirania—. Vamos a empezar una nueva vida, ¿no es cierto? Porque los dos hemos sido, ¡hip!, personas malas y perversas.

El mago comenzó a sollozar.

—Sí, eso es lo que hemos sido. Monstruos repugnantes y abominables, eso es lo que hemos sido. ¡Hup! Yo me avergüenzo muchísimo, tía.



Ahora también la tía comenzó a llorar como un becerro.

—Ven a mi regazo virginal, noven joble... ¡Hip!, joven noble. A partir de ahora todo será distonto. Los dos seremos amables y bondadosos, yo contigo y zú conmigo, y los dos con todos.

Sarcasmo gimió con más fuerza.

—¡Ay, sí, ay, sí! ¡Así será! Estoy tan emocionado de nosotros...

Tirania le acarició las mejillas y gangueó:

—No llores así, por favor, que me vas a romper el... ¡Hip!..., cariño. Y además no es necesario, porque ya hemos hecho un bien enorme.

—¿Cuándo? —preguntó Sarcasmo, y se secó las lágrimas.

—Pues esta noche.

—¿Cómo?

—Porque el ponche ha cumplido al pie de la letra todos nuestros buenos deseos, ¿entiendes? No ha invertido nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno —dijo la tía—, míranos a nosotros. ¡Hip! ¿No somos una prueba?

Sólo en ese momento comprendió Sarcasmo lo que Tirania acababa de decir. La tía miró al sobrino, y el sobrino miró a la tía. A él se le puso la cara verde, y a ella, amarilla.

—Pe... pe... pero eso significa —tartamudeó Sarcasmo— que no hemos cumplido nuestro contrato.

—Peor todavía —gimió Tirania—: hemos derrochado todo lo que antes podíamos apuntar en nuestro haber. Y lo hemos derrochado por completo.

—Entonces estamos irremediabilmente perdidos —bramó Sarcasmo.

—¡Socorro! —gritó la bruja—. ¡No quiero, no quiero que me secuestren! Mira, todavía queda una úl... úlúl... última copa de ponche para cada uno. Si la empleamos para desear algo mu... mumu... muy malo, algo in... infernalmente malo, quizá podamos salvarnos



Con prisa de locos, los dos llenaron sus copas una última vez. Sarcasmo llegó a volcar la ponchera para que saliera hasta la última gota. Luego se bebieron sus copas de un trago.

Intentaron una y otra vez versificar, pero ninguno de los dos logró formular un deseo infernalmente perverso.

—No me sale —lloriqueó Sarcasmo—. Ni siquiera a ti te puedo hechizar, Titi.

—A mí tampoco me sale, muchacho —suspiró ella—. ¿Y sabes p... p... por qué? Porque ahora somos demasiado buenos para eso.

—¡Es terrible! —se lamentó él—. Yo desearía..., yo desearía... ser como antes. Así no habría ningún problema.

—Yo también, yo también —suspiró ella.

Y aunque no era una estrofa rimada, la poción mágica les cumplió este deseo. De golpe volvieron a ser lo que habían sido siempre: tipos de aspecto

horrible y de mal carácter.

Pero no les sirvió de nada, porque ya no quedaba ni una gota del ponche genialcoholosatanarquiarqueologicavernoso. Y la última copa les dio el golpe de gracia. Se cayeron de las sillas y se tumbaron sobre el pavimento.

En aquel instante resonó un imponente toque de campana dentro del vaso de fuego frío, que saltó en pedazos.

Fuera comenzaron a tocar las campanas de Año Nuevo.





—Señores —dijo Maledictus Oruga, que súbitamente estaba otra vez sentado en la vieja butaca de orejas—, parece que ha llegado el momento. Ha expirado su plazo, y yo voy a cumplir mi cometido. ¿Tienen aún algo que objetar?

Un ronquido a dúo fue la única respuesta.

El visitante paseó su mirada sin párpados por el desolado laboratorio.

—¡Vaya —murmuró—, parece que los señores se han divertido de lo lindo! Cuando se despierten, no tendrán tantas ganas de juerga.

Cogió una copa, se la acercó a la nariz, la olió sin especial interés y la retiró asustado.

—¡Puaf! —dijo, y la arrojó con un gesto de asco—. ¡Qué aroma más pestilente! Se huele inmediatamente que en la bebida había algo angelical.

Movió la cabeza y suspiró.

—¡No sé cómo bebe eso la gente! Claro que hoy día ya no hay buenos catadores... Bien, ya es hora de retirar de la circulación a esta gentuza incompetente.

Buscó en su cartera negra y sacó algunos sellos de secuestro, en los que estaba grabada la figura de un murciélago. Los humedeció con la lengua y pegó cuidadosamente uno en la frente de Sarcasmo y otro en la de Tirania. Las dos veces se oyó un leve siseo.

Luego, Maledictus Oruga volvió a sentarse en la butaca, cruzó una pierna sobre otra y esperó a los funcionarios infernales encargados de embalar almas, que llegarían enseguida para trasladar a los dos. Entretanto silbó satisfecho, pensando en su próximo ascenso.

En ese instante, Jacobo Osadías y Maurizio di Mauro estaban juntos en el tejado de la catedral.

Tras huir de la villa, habían vuelto a subir allí; esta vez sin el menor esfuerzo, dada la fortaleza que ahora tenían. Contemplaban felices cómo los hombres se abrazaban tras los millares de ventanas iluminadas, cómo volaban por encima de la ciudad y estallaban en haces de chispas multicolores incontables bengalas, y escuchaban emocionados el impresionante concierto de las campanas de Año Nuevo.

San Silvestre, que ahora era nuevamente una simple figura de piedra, observaba con una sonrisa extasiada el esplendor de la fiesta desde lo alto de la torre.

—Feliz año nuevo, Jacobo —dijo Maurizio di Mauro con cierta emoción en la voz.

—Igualmente —respondió el cuervo—. Te deseo muchos éxitos. Que te vaya bien, Maurizio di Mauro.

—Eso suena a despedida —comentó el gato.

—Sí —graznó sordamente Jacobo—. A la larga es mejor así, créeme. Cuando las circunstancias son nuevamente naturales, los gatos y los pájaros son nuevamente enemigos naturales.

—En realidad es una lástima.

—¡Bah, déjalo estar! —respondió el cuervo. Está bien así.

Se quedaron callados y escucharon las campanadas.

—Me gustaría saber —dijo finalmente el gato— qué ha sido del mago y de la bruja. No lo sabremos nunca.

—No importa —dijo Jacobo—. Lo importante es que todo ha salido bien.

—¿Ha sido así? —preguntó Maurizio.

—¡Claro! —graznó Jacobo—. Ya ha pasado el peligro. Los cuervos percibimos esas cosas. En eso no nos equivocamos nunca.

El gato reflexionó un instante.

—En cierto modo —dijo luego en voz baja—, casi me dan pena los dos.

El cuervo le echó una mirada cortante.

—¡Cierra de una vez la boca!

Los dos callaron y volvieron a escuchar el concierto de las campanas. Ninguno de los dos quería separarse todavía.

En cualquier caso —nuevamente fue Maurizio quien al fin tomó la palabra—, será un año *muy* bueno para todos si en todas partes ocurre lo que nos ha ocurrido a nosotros.

—Lo será —asintió Jacobo, pensativo—. Pero los hombres nunca sabrán a quién se lo deben.

—Los hombres no —corroboró el gato—. Y si alguien se lo explicara, en el mejor de los casos, creerían que es un cuento.

Hubo una nueva pausa, esta vez más larga. Pero ninguno de los dos hacía ademán de despedirse. Contemplaban el cielo estrellado, y les parecía más alto y más ancho que nunca.

—Mira —dijo Jacobo—, ésas son las cumbres de la vida que no habías conocido hasta ahora.

—Sí —asintió conmovido el gato—, ésas son. A partir de ahora podré enternecer todos los corazones, ¿no es cierto?

Jacobo echó una rápida ojeada al gato, apuesto y blanco como la nieve, y sentenció:

—Los de los gatos, sin duda. A mí me basta compartir con mi Elvira el calor del nido. Se le abrirán los ojos cuando me vea así: joven y con una frac de primera.

Luego se arregló con el pico un par de plumas sueltas.

—¿Elvira? —preguntó Maurizio—. Con sinceridad, ¿cuántas esposas tienes?

El cuervo carraspeó un poco perplejo.

—¡Bah! Mira, de las mujeres no puedes fiarte. Tienes que cubrir a tiempo tus necesidades con una buena provisión; si no, al final te quedas sin nada. Y los que no tenemos casa puesta, necesitamos un nido caliente en todas partes. Pero tú no entiendes aún esto.

El gato se indignó.

—¡No lo entenderé nunca!

—Ya veremos, señor *minnesínger* —comentó secamente Jacobo.

El sonido de las campanas se iba apagando poco a poco. El cuervo y el gato guardaban silencio, sentados uno al lado del otro. Al cabo de un rato, Jacobo propuso:

—Ahora deberíamos informar al Consejo Supremo. Luego, volveremos los dos a la vida privada y se separarán nuestros caminos.

—Espera —dijo Maurizio—. Al Consejo Supremo podemos ir más tarde. Ahora me gustaría cantar mi primera canción.

Jacobo lo miró, asustado.

—Lo veía venir —graznó—. Pero ¿para quién quieres cantar? Aquí no hay público, y yo no soy nada aficionado a la música, nada aficionado a la música soy yo.

—Voy a cantar —respondió Maurizio— para San Silvestre y en honor del Gran Gato del cielo.

—Está bien —respondió el cuervo, y agitó las alas—, si te empeñas... Pero ¿estás seguro de que te va a escuchar alguien de allá arriba?

—Esto no lo entiendes tú —respondió el gato, muy digno—. Es un problema de *categoría*.

Se limpió rápidamente el pelo, brillante como la seda y blanco como el jazmín, se alisó los imponentes bigotes, adoptó la postura adecuada y, mientras el cuervo lo escuchaba pacientemente, pero sin entender palabra, comenzó a maullar al cielo estrellado su primera y más bella aria.

Y como, sorprendentemente, de pronto hablaba correctamente el italiano, cantó con su melodiosa voz de tenor gatuno napolitano:

Tutto è ben'quell'che finisce bene...

Que **ENDE** - FIN - itiva significa:

«Bien está lo que bien acaba».



Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital)